

Aurelia

ANNE OSTERLUND

Aurelia

Anne Osterlund

*De todo corazón, se les es agradecido el esfuerzo con el que hicieron este libro, a todas las traductoras y correctoras que daban lo mejor de sí para que quedara perfecto, así también como se le agradece a la administradora **Elizabeth Rose** el habernos permitido seguir adelante con este proyecto.*

Traducido por

- + Gry
- + Genesis_480
- + Virtxu
- + Pilar
- + Abril*
- + Ysperlozi
- + Roo91
- + Cyely Divinna
- + Alejitabb
- + ckony
- + Sookie2125

Corregido por

- + Carol + Ckony
- + Mona + Pilar
- + Maria Jose
- + Efxy
- + Mau

Recopilado por

- + Carol

Diseñado por

- + Haushiinka

Aurelia

Anne Osterlund

Índice

Sinopsis	6
Prólogo	7
Capítulo 1: Intriga en el Palacio	9
Capítulo 2: Protesta	19
Capítulo 3: Carnaval	30
Capítulo 4: Carne de Caballo	45
Capítulo 5: Honestidad	56
Capítulo 6: La Carta	66
Capítulo 7: El Pulso de los Políticos	74
Capítulo 8: Profundidad	83
Capítulo 9: Cortejo Peligroso	92
Capítulo 10: Intensidad	105
Capítulo 11: El Cebo	110
Capítulo 12: La Carrera	120
Capítulo 13: El Duelo	126
Capítulo 14: Confrontación	134
Capítulo 15: En el Jardín	144
Epílogo	150

Aurelia

Anne Osterlund

Sinopsis:

La Princesa Aurelia es la próxima en línea para gobernar el reino de Tyralt, pero ella preferiría ser alguien común, tener la libertad de aprender y vagar y . . . de no casarse con el siguiente príncipe tiránico que venga a cortejarla. Naturalmente, el rey quiere que Aurelia se case por el poder político. Aurelia quiere casarse por amor. Y alguien en el reino la quiere a ella. Muerta. Asignado para investigar y proteger a Aurelia está Robert, el hijo del leal y mejor espía del rey y uno de los más viejos amigos de Aurelia. Mientras Aurelia y Robert poco a poco descubren pistas en cuanto a quién está amenazándola, su amistad se convierte en romance. Con todo lo posible en espera - su vida, su reino, su corazón- Aurelia se ve obligada a arreglar el asunto con sus propias manos, sin importar el costo.

La muerte interrumpió la noche. El sonido de ruedas que chillan fue creciendo, como lo hizo el chasquido de cascos de caballo que chirrían a través de adoquines. Un viejo carro desvencijado, su abordaje simple con una cama mantenida con tornillos oxidados, se detuvo contra la parte trasera del palacio.

Dos criados resbalaron de las sombras, un lacayo barbudo y una criada de cocina bastante grande con una linterna en su mano. El lacayo puso su espalda y hombro con fuerza para intentar abrir una vieja puerta de almacén.

No había sido movida durante algún tiempo. Finalmente, el roce áspero de las astillas deslizándose venció la fricción. Un chillido fuerte resonó en la calma cuando él tiró sus manos lejos de la puerta, satisfecho de que el hueco era bastante amplio.

Mientras tanto la criada se había precipitado hacia el conductor en el asiento de carro y había hecho gestos para que él la siguiera en su interior. Un escuálido hombre de edad se bajó de su lugar, una bota encostrada por el barro a Tiempo que se deslizaba en su hueco para apoyar el pie y aterrizando menos que elegantemente sobre la tierra. La mujer intentaba animarlo para que él se diera prisa pero recibió sólo unas quejas malhumoradas sobre la artritis durante una noche fría.

Su cara apretada por la preocupación, ella condujo a ambos hombres por la entrada, pasando anaqueles de harina, azúcar, y otros ingredientes de cocción en su camino hacia el sótano abandonado. En lo alto de la escalera, ella levantó el postigo de linterna para revelar una vela ardiente, y el grupo comenzó una pendiente en la oscuridad, poniendo sus manos nerviosas en los pasamanos, suelto.

Ellos se cernieron encima de un terrón abultado cubierto con una sábana de lino en el fondo de la escalera. Palabras fueron cambiadas por susurros, aunque nadie estuviera cerca para oír por casualidad la conversación.

La cara del lacayo goteó con el sudor, y las manos de la mujer temblaron, causando que la linterna tiemble y la luz vacilara a lo largo de paredes vacías.

En contraste con los criados nerviosos, el conductor simplemente hacía su trabajo como él lo hizo cada noche.

Él hizo las preguntas necesarias, miró con ceño a la distancia había sido elegido para viajar, y asintió con la cabeza cuando su pago fue aumentado.

Entonces los tres levantaron el objeto torpe, todavía se abrigaban dentro de su sábana, y lo recogieron en la escalera y fuera del palacio, donde ellos lo cargaron en la parte trasera del carro. Aunque en el carro la cama había estado vacía, un hedor persistente de decaimiento hizo que la criada palidciera y alejara el miedo de crecimiento nauseabundo.

El lacayo cavó su mano en un bolsillo y sacó un monedero delgado del dinero para colocar en la palma callosa del hombre más viejo. Habiendo recibido el pago, el conductor saludó con la cabeza, pasando el monedero en el bolsillo bajo de su abrigo raído, negro. Él levantó la tapa del carro y deslizó el pestillo en el lugar.

Entonces, en el mismo paso lento con el cual él se había bajado, hizo su camino atrás hasta su lugar original. Los caballos bien entrenados esperaron con paciencia para que él desenrollara las riendas, y un "arre" graznado puso el carro en movimiento.

Cuando las ruedas golpearon su camino calle abajo, los dos criados exhalaban con el alivio de haber terminado una tarea indeseada. La mujer se estremeció y dijo, - Nunca pensé que estaría realizando estas transacciones cuando emprendí este trabajo.

El lacayo murmuró su acuerdo, deslizándose cerrando la puerta obstinada. Un viento frío corrió, animando a ambos criados a acelerar el camino. Ellos resbalaron por una entrada de piedra y entraron en el interior caliente de una cocina en el medio tumultuoso de servir un banquete real.

Calle abajo, no más que media milla, el conductor andrajoso se encorvó sobre el asiento de carro en la tentativa de parar el frío. Su estómago no dio vuelta cuando él pensó en su carga. Aún si él había estado consciente que era el cuerpo del catador de comida de la princesa, el conocimiento tendría poca importancia para él más allá de su contribución al monedero en su bolsillo. Para él, el cuerpo era sólo otro cadáver, que se rajaba descansando a bordo cada vez que el carro daba tumbos en su camino hacia un no señalado cementerio de masas.

Capítulo 1

Intriga en el Palacio.

Durante la noche de la fiesta de Presentación en Sociedad de su hermana más joven. Aurelia casi murió. De aburrimiento. Su tobillo picaba como si una hormiga sola se arrastrara por causalidad sobre su carne. Ella se retorció y miró fijamente sin expresión el suelo del pasillo del banquete.

Si sólo ella no hubiera llevado la seda violeta con el cordón tieso agitado en el fondo. Ella tenía muchas ganas de alcanzarlo y rascarse, pero años de Formación Real habría sido completamente perdida. Ella no podía permitirse un movimiento tan dramático mientras su padre hablaba.

El rey estaba de pie a la cabeza de la mesa de banquete, sus ojos pálidos contemplando las frentes de los invitados. Su corona de oro aplanaba su prematuramente pelo gris bajo su peso, y sólo su bigote se movió cuando él habló,

- La Lealtad y el respeto son los atributos más altos de una joven mujer...

Por favor. Aurelia levantó sus ojos al techo. La espalda de su silla dorada mordía sus omóplatos, y el calor generado por los cuerpos cercanos hacían pintar un destello en sus mejillas. La criada de su señora le había desafiado a llevar la pintura, y Aurelia nunca había rechazado un desafío en sus diecisiete años.

El pensamiento se hacía un proceso en esta atmósfera sofocada. ¿Cada señor y señora del reino habían decidido acompañar la fiesta de despedida de Melony? ¿Dónde estaba el atractivo en ver a la hermana menor de Aurelia bailar con cada hombre titulado en el cuarto? ¿Y por qué todos los aburridos miembros insisten en participar en la celebración?

Aurelia alcanzó a su plato de postre y aplastó las migas de pastel restantes bajo su tenedor. El olor rico de chocolate se mezcló con la multitud de perfumes que se filtraban de los invitados. Las mangas de brocado y las levitas crujieron cuando el discurso se prolongó, y las ballenas del corsé de Aurelia perforaban su diafragma. Respira, se dijo. Esto va a ser una noche larga, pero entonces finalmente terminará. Durante semanas el personal entero se había precipitado

de acá para allá, preparándose para el debut del Melony. La sala de baile y los pisos de pasillo del banquete fueron encerados, y altas velas carmesíes en candelabros de oro encendidas en cada esquina de los cuartos. Las rosas contenidas mucho tiempo saltaron adelante en ramos de quince, uno por cada uno de los quince años conduciendo hasta este cumpleaños excepcional. La seda verde pálida para el vestido de Melony había sido importada un año de antemano, y los músicos del palacio habían estado practicando mucho tiempo. Al principio Aurelia había disfrutado de los hermosos ritmos de baile que frecuentaban los vestíbulos de palacio, pero ella había empezado a asociar el sonido de afinación con la llegada de un gran dolor de cabeza.

Al menos su hermana se divertía. Sentada a la derecha de Aurelia, en contraste agudo con los oscuros rasgos y el humor más oscuro de su hermana mayor, Melony brillaba. Su pelo rubio relucía a la luz de la vela y sus ojos verdes combinaban con el brillo del collar de esmeralda en su garganta.

Una sonrisa de placer se extendía a través de su cara. Cualquiera otro observador podría haber asumido que la brillante sonrisa era para el rey, pero Aurelia notó los vistazos que lanzaba su hermana hacia el final de la larga mesa. ¿Qué noble joven había capturado el interés de Melony esta vez? Aurelia se inclinó para susurrar la pregunta en el oído de su hermana, pero una onda repentina de las copas de champán interrumpió.

- Por Tyralt, - dijo el rey, su voz sonaba con fuerza, - El Reino más potente en la costa del sur.

- Notando la vacilación en las caras de varios de los invitados extranjeros, Aurelia tomó un sorbo de champán. Dudó que la declaración indiscreta de su padre fuera un accidente. Él prefería usar las palabras más que ejércitos para mantener la herencia de Tyralt de poder dentro de la región.

- Me dicen que vivimos en una Edad de razón, - Siguió el rey, - de la racionalidad, de la aclaración. - Su cara rajó una sonrisa cuando él apuntó su copa en dirección a Melony. - Pero les pregunto a ustedes, señores, ¿de qué sirve la razón ante la belleza? - Una ronda de sonrisitas se rizó a lo largo de la mesa, limpiando el aire de tensión más temprana. - Por Melony, una joya verdadera joya del reino, - el dijo el rey dijo.

- Por Melony, - resonaron los invitados con el entusiasmo.

El reloj de oro sonó las diez. ¡Por fin! Tiempo de que el baile comenzara. El rey anduvo adelante, ofreció su brazo a su hija más joven, y Melony fue conducida por la amplia arcada a la unión del pasillo de banquete con la sala de baile. Cuando los ojos impacientes

de la muchedumbre se concentraron en el par que se colocaba para el vals inicial, Aurelia sabía que su posibilidad había venido. Rápidamente ella alcanzó su diadema para mantenerla segura. Entonces, se flexionó un poco, enganchó la falda, y rascó su tobillo de una manera muy satisfactoria, pero poco digna.

Ahora a la agonía de la sala de baile. Aurelia levantó su copa vacía y giró su tallo delgado entre sus dedos, parándose antes de que las notas finales del vals llegaran al final. Ella admiraba el poder de persuasión de su hermana. El se había opuesto al juego de la música de vals moderna entre los minués habituales y gavotas. Él temió que el baile de vals cercano invitara el escándalo, pero Melony había suplicado con sus ojos inocentes y ganado el día.

Ahora la mirada fija del rey se levantó de la cara de Melony y se unió con la de Aurelia. El deber llamaba. Ella dejó su copa, se levantó, y anduvo hasta la sala de baile que se llenaba rápidamente. Una peluca gris altísima, puntualmente bloqueó su visión.

- Ah, mi querida, has crecido, - salió a borbotones de la dueña femenina de la peluca. - Eras un pequeña muchachita en la boda de su padre, entrenándose la última vez que la vi.

Aurelia miró detenidamente a la mujer menuda, más vieja, identificándola como una duquesa de varios reinos.

- Usted debe confundirme con mi hermana Melony. No estuve presente en la segunda boda de mi padre.

- Quizás no en la ceremonia actual, pero usted era un miembro del tren de boda original. — La duquesa colocó una mano enguantada encima de su boca como si compartiera un secreto. - Recuerdo el ensayo.

Tenías una rabieta porque le disgustaba el vestido con volantes, y usted rasgó los arcos y colmenas directamente lejos. Su padre le quitó de la boda porque su madrastra estaba trastorna. Oh, como usted ha cambiado.

No tanto como usted piensa. Aurelia observó la peluca ridícula de la mujer y la vaporosa falda con repugnancia escondida. Gracias al deseo de la reina de mostrar sus activos naturales, las altas pelucas, abultadas, los cuévanos, y los amplios aros que todavía eran la rabia en reinos vecinos habían desaparecido de moda en el Tribunal de Tyralian. Los invitados extranjeros, como esta mujer eran fáciles de identificarse. En el extranjero los hombres usaban sombreros con plumas y zapatos abrochados que se destacaban al lado de las cabezas desnudas y botas claras Tyralianas.

- Por supuesto su hermanastra asumió su papel en la boda actual. Ella hizo un trabajo encantador para tener tres años. Uno habría

pensado que ella nació para la realeza.

Aurelia puso una sonrisa débil. - Melony tenía dos entonces. Ella todavía no había llegado a los tres, y usted no tiene que referirse como mi hermanastra. Ella es mi hermana verdadera de todos los modos que importan.

- Sí, no estoy sorprendida de que se sienta de esa forma. Estuvo tan bien de su padre adoptar a la niña cuando él se casó con su madre. Fue una bendición tanto para Melony como la reina ha sido para el reino entero.

Aurelia se apartó en una tentativa discreta de retirarse, pero la duquesa dejó caer su voz y continuó. - Y tal vergüenza sobre la muerte de su hermano y la desaparición de su madre. Previo al anuncio sobre la nueva boda, había mucha preocupación. La gente temió que su padre nunca podría reponerse de su pena. - Ella abrió su abanico. - ¡Los rumores! Recuerdo que mi tía me decía que su marido le dijo que el rey de Tyralt se había cerrado con llave en su biblioteca y rechazó declarar por meses. Usted era demasiado joven para recordar nada de esto, estoy segura.

Pero Aurelia realmente recordaba. Ella recordaba la bajada del ataúd de su hermano y el dolor subsecuente en la cara de su padre cuando anunció que su madre le había abandonado y Aurelia recordó la superficie de madera dura de la puerta de la biblioteca cerrada. Sólo un forastero iba a sacar aquellas memorias de esta moda imprudente. - Lo siento, pero debo....

La mujer siguió insistiendo, sumergiéndose en territorio aún más personal. - Bien, mi querida, ¿cuando usted va a encontrar a un marido?

Un señor borracho con un pañuelo blanco decidió ese momento participar en la conversación.

- Sí, su Alteza. Digo usted debería parar de rechazar a todos los caballeros. - Él bizqueó sus ojos rojos a Aurelia y extendió su mano para tomarse muchas libertades hacia su blusa.

Ella retrocedió. ¿Por qué realmente, perfectos extraños insisten en juzgar y hacer comentarios personales? Una criada vino al rescate, volcando el contenido de su bandeja por todas partes sobre el señor como por todas partes en la duquesa. El hombre y la mujer gritaron alarmados por su ropa manchada por el vino. - Ah, lo lamento, - jadeó la criada, luego cubrió su boca con su mano y dio una cabezada discreta hacia el centro de la pista de baile. Reconoció a la muchacha como una de los criados de Melony, Aurelia alzó la vista para agarrar un conspirador guiño de su hermana. La princesa más joven soltó una sonrisa brillante en su dirección, luego se giró para otorgársela a un enjambre impaciente de zagales jóvenes.

Aurelia agarró la oportunidad de escapar de la duquesa y el señor. Directamente a la cara de espera de su padre. - ¿Qué le ha demorado? - Él avanzó.

- La duquesa deseó hablar conmigo. No quise ofender a un invitado. — Su padre ahorró un vistazo para el hombre y mujer que goteaban de vino rojo. -Usted parece que ha fracasado, - dijo, luego giró hacia un grupo de hombres juntos a unos pies detrás de él. - La duquesa tiene poca importancia en comparación con los pretendientes que esperan a encontrarla.

¡Pretendientes, ojo! Aurelia notó las barbas gris en dos de la nobleza rica que venían hacia ella. El sudor se formó dentro de sus guantes blancos largos, y su pecho se apretó. La música cambiada a la gavota, y una mano tocó su codo. Ella levantó su mirada fija de mala gana para aceptar su primera oferta a un baile para la tarde.

Robert Vantage se inclinó cómodamente contra la pared de la sala de baile, sus brazos unidos a través de su pecho, una inclinación garbosa a su cabeza. Él se había ido de la capital durante cuatro años, su padre había elegido mover a la familia a la región inestable del norte del reino. Robert estuvo de vuelta con el pretexto de visitar a su primo Chris. Sin embargo, Chris, que estaba de pie al lado de él, había apenas recibido un momento de atención durante la noche. Los ojos de Robert siguieron a la figura de baile de Aurelia a través del cuarto sin parpadear. Eran de un azul brillante bajo sus rasgos oscuros y pelo castaño ondulado. Muchas de las muchachas cercanas habían observado aquellos ojos pero habían desistido en conseguir su mirada fija.

El estaba en un estado de shock, la muchacha escuálida que él recordaba de su infancia se había transformado en una mujer joven: esbelta, aguda y obstinada. Él podría visualizar su entrada en el pasillo de banquetes antes en la tarde. Ella había andado con confianza su grueso pelo castaño arreglado en un peinado complicado; su diadema de diamante apoyada encima de la media luna oscura de sus cejas; su piel de canela que combina con sus pómulos, barbilla levantada, y la curva de su joyas que sostenía sobre sus hombros desnudos en equilibrio sobre el escote de su caro vestido.

Él la había reconocido apenas y no podría haberla conocido en absoluto si no fuera por aquellos ojos oscuros tan familiares, que brillaban con intensidad. En el primer vistazo él había temido que un personaje pulido había reemplazo a la rebelde testaruda de su pasado, pero no mucho tiempo ese personaje empezó a descolorarse. Ella se había movido hasta el final del discurso del rey, y ahora ella disecaba la cabeza de algún noble que se había acercado. Robert sonrió abiertamente con placer de la impropia demostración.

- Bien, me compadezco de la princesa heredera. - Una voz femenina sonó bajo la música armónica, causando la atención de Robert. La criada de la señora Aurelia, Daria, estaba de pie a su izquierda hablando a Chris, ella llevaba el vestido blanco de la servidumbre, y su cara típicamente pálida brillaba en un matiz atractivo contra la tela. Su primer día de vida casada debe haber estado de acuerdo con ella, a pesar de que su nuevo marido, siendo un mensajero, no había sido invitado a la fiesta.

Robert se unió a la conversación. - Es su compañero del cual usted debería compadecerse. - Él asintió con la cabeza hacia la cara enfurecida de Aurelia cuando ésta desapareció detrás de la pantalla vistosa de parejas girando. Los rizos oscuros de Daria susurraron cuando ella se rió. - Sí, ella le ha dado con su lengua, lo que él sin duda se merece. Todavía me compadezco de ella. La muchacha pobre es atrapada como la carroña entre los hombres en esta sala de baile. ¿Es consciente usted, Robert, ella ya tuvo que rechazar siete ofertas del matrimonio?

- ¿Y quién la obligó a rechazarlos? - Se mofó Chris, que hizo una pausa en la búsqueda sin objetivo de abrochar y desabotonar sus amplios puños de manga. Una extensión de sonrisa satisfecha a través de los huesos finos de su lisa cara, y él holgazaneó contra la alta espalda de una silla con la gracia relajada.

Daria le empujó. — Usted sabe que cinco de aquellos llamados pretendientes eran bastante viejos para ser su padre, o hasta su abuelo.

- ¿Y qué estaba mal con los otros dos? - Robert preguntó. - ¿Además del hecho de que sólo iban detrás de su dinero y su título? - El pelo de Daria se erizó. -Uno era un completo tonto. Él no podía comportarse con su padre, mucho menos ayudar a dirigir un país. El otro era cruel. - Ella se estremeció. - Él le pegó a su propio caballo. Robert hizo una mueca. Él tenía a los animales en una estima más alta que la mayor parte de las personas.

- Ahora, - Daria dijo, - Aurelia sólo puede esperar, sabiendo tarde o temprano que su padre va a seleccionar algún pretendiente y no le dará ninguna otra opción, sólo casarse con él.

Chris afectó a su cabeza. - ¿Realmente piensa usted que Aurelia va a dejar dominarse fácilmente? ¿Cuando ella a alguna vez obedecido una orden? Robert tuvo que estar de acuerdo con su primo. La Aurelia que él recordaba había roto tantas reglas como ella había seguido. Ella había hablado de más castigos que alguien que Robert conocía, excepto Chris.

- No esté tan seguro. - La expresión de Daria se puso seria. — Después de la muerte de su hermano, su padre ha sostenido el reino

sobre su cabeza como un cetro gigantesco con el cual él puede romperla. Si ella rechaza casarse, ella no puede heredar.

- Ella perdería el reino. - Robert frunció el ceño. - Y perderíamos a un líder fuerte. - Su primo segundo, el rey de Montaine, asumiría Tyralt, - refunfuñó Chris.

- Al menos Melony no puede heredar. - Daria hizo señas hacia el magnífico retrato de la hermana de Aurelia colgado en la pared. La princesa más joven no tenía ninguna reclamación en la corona por la sangre. - Puede usted ¿imaginar sus transacciones con una crisis? Chris empujó a su amiga. - Vamos, Dar, Melony no está mal. Ella sólo no es Aurelia.

En este punto, Robert no estaba seguro de estar de acuerdo con su primo. Él nunca había conocido bien a la princesa más joven, pero él había observado como le decía a una persona una cosa y a otra lo contrario a fin de mantener a ambos felices. No le gustaba la idea de confiar en una persona así la toma de decisiones del reino entero. Su padre y su madre le habían enseñado a valorar a la gente que estaba en desacuerdo con él. - Mucho mejor esto, que colocar su confianza en alguien quien le negará su apoyo en una situación peligrosa, - había dicho su madre. Una cosa de Aurelia es que ella nunca tenía miedo de discutir con él, o alguien más en realidad.

- Si Aurelia realmente amara a alguien, — Daria siguió, no haciendo caso del comentario de Chris, - Ella habría corrido probablemente lejos para casarse con él tanto si su padre lo aprobara o no. Ella es así, no se preocupa nada por ninguno de aquellos pretendientes, y ella no ganaría nada enfureciendo al rey.

- Ni Robert ni Chris discreparon. - Rechazando casarse, ella lograría sólo la pérdida de lo que es más precioso para ella. - En este momento, - Robert dijo, asintiendo con la cabeza hacia la princesa, - pienso que ella sostiene su intimidad como lo más precioso, porque ella no ha tenido a ninguno toda la tarde. - Daria sonrió, con un destello en sus ojos violetas.

Tampoco ha tenido un momento de separación de aquellos titulados aristócratas. Le desafió, Robert, para ir al rescate de ella.

- ¿Y cómo haría yo esto? - él preguntó. - Vaya le pide bailar, por supuesto. Entonces baile el vals bajo el ojo vigilante de su padre.

- No lo hagas. - Chris agarró el codo de Robert. - Cada hombre que habla con ella estos días es puesto en la lista de vigilancia del palacio. Ellos tienen la intención de preparar una boda dentro de un año.

Cualquiera que sea un marido potencial es requerido para hablar con su padre, y luego se convierte en un objeto de escrutinio del palacio.

Consciente de no hacer caso del sabio consejo, Robert sacudió la

mano de su codo y dio un paso hacia delante. - Ah, cálmate, - bromeó. - Ella ya bailó con diez o quince hombres hasta ahora esta noche. Cuando alguien se ponga a preocuparse por mí, estaré de vuelta sin peligro en la frontera. De acuerdo, aceptaré el desafío de Daria. Usted obviamente no está para el desafío, y si no lo hago ahora, Aurelia podrá asfixiarse antes de que consiga una oportunidad de hablar con ella.

De alguna manera él logró maniobrar por los remolinos giratorios de las sedas, tafetán, y terciopelo desbordados en la pista de baile. Él esquivó a varias parejas justo a tiempo para evitar ser golpeado por una bota mal puesta o un zapato de tacón alto y surgió, con los pies intactos, detrás de su vieja compañera de clase.

Aurelia afectó a su cabeza en la demanda de un compañero insistente de un segundo baile y pudo resbalarse de sus brazos que se querían adherir. Ella retrocedió, por suerte, en la dirección de Robert. Otro acechador alcanzó colocar una mano en su codo, pero para el compañero aspirante era demasiado tarde. Robert la tenía en su sitio, la giró a ella alrededor para estar enfrente de él.

- ¡Cómo se atreve! - La cólera llameó, transformando el paisaje de su cara. Líneas agudas y ángulos sustituyeron las curvas lisas de su barbilla y mandíbula. Los músculos se apretaron alrededor de sus pómulos, y sus cejas se clavaron cuando ella trató de tirar su mano derecha de su apretón. Sus ojos marrones se hirvieron con indignación y, debido a un tirón feroz, su arreglo de pelo cayó a mitad de camino abajo su cuello.

- No enloquezca, - Robert reprendió, rodeando su cintura en la posición de vals.- Usted atraerá la atención de su padre, y nunca nos escaparemos.

- ¿La atención de mi padre? - El tono desdeñoso avisó a Robert que ella tenía la misma opinión en este punto. Ella logró liberarse del baile sostenido, pero no del apretón en su derecha mano. Robert tiró de su espalda, cuchicheando, - Usted todavía es un halcón, uno camuflado en seda, con pintura en la cara, y horquillas, pero un halcón sin embargo.

- Él esperó a ver si los viejos insultos la pararían de darse a la fuga. Las emociones chasquearon a través de su cara, primera cautela, luego sorpresa, y finalmente, reconocimiento.

- ¡Robert Vantage! - Sus ojos se encendieron. - ¿Cuándo llegó usted? Pensé que usted se había marchado a hacerse un héroe fronterizo y vivir en la tierra. Usted iba a volver con un paquete lleno de pieles y las historias sobre como usted los había coleccionado. - Ella observó el atuendo apropiado del cual él había tomado a préstamo de Chris, haciendo clic en su lengua. - Debo decir que como

un hombre de la frontera, usted es una abismal desilusión. ¿Dónde están las cicatrices, el cuchillo de caza, y la chaqueta de ante? - Ella podría ser siempre filosa con su lengua así como él podría con una espada.

- Tengo miedo de que coleccioné más contusiones que cicatrices. Mi cuchillo está en mis alforjas, y mi chaqueta está colgada de la puerta en el cuarto de Chris. Yo vine para una visita y tuve la desgracia de llegar la última noche, demasiado tarde para asistir a la boda de Daria y demasiado temprano para evitar este ejercicio en elitismo.

La cara de Aurelia se oscureció.

- Y, - él añadió, poniendo una voz enérgicamente alegre, - rescatarla justo a tiempo. Yo he sido enviado en esta misión, arriesgado a su ira, para llevarle a sus compañeros.

- Él meneó la cabeza. - Esto es una vergüenza. Parece que usted los ha abandonado anhelando su presencia lejos también, por mucho tiempo Aurelia se levantó de un salto para ver a sus amigos más allá de la muchedumbre de cabezas.

- ¡No, no, no! - Robert la abrazó en la posición de vals. -No queremos generar innecesaria atención.

Ella brilló con la anticipación y le adornó con una sonrisa. En aquel momento él sabía que él estaba en problemas.

- Usted ha sido malo, - dijo ella, -llegando al palacio anoche y no molestándose en avisarme que usted estaba aquí.

- No pediré su perdón. - Él sonrió abiertamente. - Estaba agotado cuando llegué. Hasta Chris apenas recibido tres palabras de mí, 'Hola. Buenas noches.' Entonces hoy el palacio estaba tan agitado que yo no podía haber tenido un minuto de su tiempo si yo sostuviera a la criada de su señora en la punta de mi espada.

- ¡Ah! - ella afectó a su cabeza, haciendo caer varias horquillas ligeramente colocadas. - Sólo perdonaré a usted si usted promete esperarme mañana por la noche antes de usted y Chris se vayan.

- ¿Mañana por la noche? - Su amenaza burlona era demasiado lejana del contexto para él manejar una elegante respuesta. Ella se rió de su confusión. -Sí, es el Carnaval, la Noche de las máscaras. Recuerda todas aquellas bromas repugnantes donde solíamos aprovecharnos de nuestros instructores, ¿cómo la vez que pasamos toda la noche pintando el aula negra?

Robert realmente recordó la noche con la pintura. Él y sus amigos habían sido agarrados, finalmente. Su padre había tomado dos meses para destapar los nombres de cada estudiante implicado. Ser la hija del rey no era ninguna manzana de caramelo, pero ser el hijo del espía real del rey tenía sus inconvenientes también. Robert había

Aurelia

Anne Osterlund

pagado aquella broma pesada mucho después de muchos de sus compañeros de estudios habían olvidado que esto había ocurrido alguna vez.

- Somos bastante mayores para salir disfrazados ahora, - dijo Aurelia. - Usted debe esperarme antes de que vaya.- Ella frunció el ceño. - No es divertido ir sola. Un rastro de tristeza de su voz hizo prometer a Robert a pesar de sus dudas. - Bien, parece que puedo rechazar la orden de la princesa.

Su voz dijo. - No es una orden, Robert, pero aun si fuera, espero que mis amigos tengan bastante coraje para rechazar una invitación.

Nada había alargado su carácter durante los cuatro años pasados. Él recurrió al humor, la única defensa disponible, y la hizo girar en un arco burlón. - Seré su amigo de toda la vida entonces, ya que no voy a ser empujado alrededor.

- ¿De verdad? - Sus ojos bailaron. Ella extendió sus manos contra su pecho y empujó, con fuerza. Robert sostuvo su equilibrio sin caerse.

- Sí, y gracias por la invitación. - Él rodeó su cintura de sus manos y giró a ella hacia sus amigos que esperaban ansiosamente. Su mente giró cuando él miró abajo a su cara risueña. Él no podía imaginar por qué alguien tenía la intención de matarla.

Capítulo 2

Protesta

- ... Demasiado peligros. - ... es consciente del peligro.

Fragmentos de voces, retenidas en volumen pero no intensidad, filtrada por la pluma de ganso del edredón. Robert se metió más en su santuario, agradecido que as voces venían del otro lado de la puerta cerrada. El sonido de su propio nombre lo despertó. - Robert demostró anoche que él podría conseguir un acercamiento íntimo con ella, - el tío

Henry dijo a su hijo. - Es más de lo que sus guardias personales han logrado conseguir.

- No hablamos de escoltarla a las fiestas, - discutió Chris. - No sabemos con quién han estado tratando, y Robert no ha estado en el tribunal durante años. - Él creció aquí.

Él conoce a los jugadores principales bastante bien, y es una ventaja eso, quien sea que está detrás del complot puede no recordarle. Aún si ellos lo hacen, es improbable que sospechen por exactamente los motivos que usted indicó.

Robert se rió de las palabras familiares. Él había usado la misma manera de pensar con su padre.

- Puedes ser su fuente de información, - continuó el tío Henry. - Dile lo que sepas sobre cada uno. Contesta a sus preguntas. Él puede mezclarse e investigar donde no puedo, y usted puede proveerle de la perspicacia de la cual él carece.

Chris pareció escéptico. - Él no tiene ninguna formación. ¿Cómo sabrá él que hacer?

- Su padre fue el espía real durante quince años. Él debe haber pensado que Robert sería bastante provechoso. Si no le usamos, podemos no averiguar con quién tratamos hasta que sea demasiado tarde. Nosotros no tenemos ninguna opción. No hay tiempo.

- Anoche se dejo dolorosamente claro, - Chris de mala gana estuvo de acuerdo. Con las protestas de su primo, Robert se sentó.

- ¿Qué pasó anoche? - exigió.

Inmediatamente la puerta se abrió de golpe. Chris fulminó con la mirada el cuarto, luego arrojado sus manos en un gesto de rendición.
- Al menos él tiene la parte de escuchar a escondidas aprendida.

El tío Henry anduvo por la entrada. La tensión de ser el consejero del rey había añadido años a su aspecto. El pelo de gris derramado alrededor de su cara en hilos salvajes, y tensión rayaba la piel curtida encima de su barba larga y ligeramente se inclinó.

- Hubo otro intento de asesinato anoche, - dijo él, dirigiendo sus palabras a Robert.

- Usted tenía razón sobre lo que me dijo ayer. Escribí a su padre porque necesito un Investigador encubierto. Si él no puede estar aquí, le necesitamos para espiar para nosotros. Pasa tiempo con Aurelia, y escuche por algo sospechoso. Debemos destapar este complot pronto. Su vida está en grave peligro.

- ¿Le han hecho daño a ella? - los pensamientos Robert giraron, la verdadera razón de su vuelta al palacio centelleo en la realidad.

- Ella no sabe sobre el peligro. - Chris dejó de lado la pregunta, dando puntapiés a una vaina rota en una esquina. El tío Henry miraba con ceño la vaina.

- Usted podría querer recoger esto, Christopher, ahora que su primo está en necesidad de nuestra hospitalidad. - La criada lo levantará. - Robert apoyó la vaina rota contra la pared. Él había estado lejos del palacio también mucho tiempo para sentirse cómodo aprovechando el personal de palacio, pero él lo sabía mejor que discutir con su primo. Chris había parecido lejano de dormir cómodo en el sofá de salón la última noche, y Robert no tenían ningún deseo de tomar partido entre su primo y su tío.

- Debo marcharme, - dijo el tío Henry, dando la vuelta hacia su hijo. - El rey requiere mi presencia para una declaración pública esta mañana, y tengo que informarle de mi decisión de usar a Robert en su nombre. Provee a tu primo de los detalles.

Cuando su tío se marchó, Robert trepó a la cama y metió la mano en sus alforjas para apear el pantalón de lana. - Usted no querrás llamar la atención llevando aquella ropa fronteriza, - dijo Chris, tirando un par de bombachos de un cajón y sacudiéndolos hasta su primo. - Puedes tomar prestado los míos mientras estás aquí.

De mala gana, Robert puso la lana duradera aparte. - Háblame sobre la intención del asesinato.

- Vístete, - contestó Chris, arrancando una espada de práctica embotada de un gancho en la pared, - vamos a tener esta conversación en la yarda de práctica.

- ¿Es un desafío? - Si vas a invadir mi cuarto durante un período

prolongado, al menos merezco el placer de avergonzarte en un combate. Dentro de unos minutos, ambos hombres jóvenes aporrearon abajo una escalera de unos criados. Para cada ruta formal en el palacio enorme, otro pasillo o escalera permitieron que criados conectaran los tres pisos de la vieja estructura cuadrada en la espalda y las alas del este y de Oeste modernas en el frente. Las rutas de los criados, siendo los caminos más directos en todas partes, eran el modo preferido de Chris y Robert de viajar. Las paredes de piedra débiles destellaron, y Robert sintió que su pecho se apretaba. Los espacios estrechos lo ponían nervioso.

Él abrió la puerta en la yarda de práctica. El aire fresco limpió sus pulmones cuando su primo tiró de él hacia el piso, con la superficie arenosa. Las paredes de piedra del palacio y ventanas esculpidas estiradas en dos lados, y el cuartel lindaron con el borde sur de la yarda. Un puñado de hombres se cruzaba con espadas cerca de la pared de cuartel. Chris mostró el camino hacia el centro de la yarda, bastante lejos de los otros hombres para evitar ser oído por casualidad.

- En guardia, - él dijo. Robert obedecido. - ¿Bien, qué pasó anoche? - él exigió. La espada de Chris saltó en la acción. - El catador de comida de Aurelia murió por veneno.

- ¿Veneno? - Robert bloqueó el empuje de su primo.

- Sí. - Chris cambió la posición. - Estaba en el pastel de banquete, sólo la porción puesta aparte para la princesa. El asesino usó demasiado, sin embargo. Por otra manera el catador de comida no habría mostrado las señales de la enfermedad hacia el final cuando el pastel alcanzara la mesa.

- ¿Quién podría haber tenido el acceso al pastel después de que fuera cortado y antes de que el catador de comida lo probara?

- La persona que puede contestar a aquella pregunta está muerta. Robert bloqueó otra oscilación en la frustración. El viaje largo y la noche última habían tomado más de él que él había realizado. Él no debería sudar temprano en una práctica. - La primera intención con veneno complicado también. ¿Han hablado los guardias con los boticarios en la ciudad?

- Ellos lo hicieron. Cualquier boticario podría haber mezclado el veneno. Los clientes habituales lo compran para matar a ratas. El comprador podría haberlo transferido al pastel sin el conocimiento del boticario.

- ¿Los guardias detectaron a los clientes que compraron el veneno? - Había cientos, y la mayor parte de los nombres no fueron anotados. - Chris saltó atrás cuando el borde embotado pasó su estómago. - ¡Maldita sea, Rob! ¿Cuándo encontraste el tiempo para practicar?

Pensé que los enfrentamientos de espada fueron considerados un arte frívola en la frontera. - No por mi padre. Una espada es más exacta que una pistola. Además, todavía pretendo derrotarte.

- Uno siempre puede soñar. Ellos dieron vueltas a la derecha, tasando el uno al otro. El cuerpo magro de Chris no dio ninguna señal de cansado. Sus pies anduvieron suavemente en la arena blanca, y sus ojos marrones pasaron rozando sobre su primo, no dudaba que notaba las cuentas de sudor en la frente de Robert.

- Ah, pero no tengo nada que perder, - Robert discutió. - Se necesita sólo un triunfo para desafiar la reputación del mejor esgrimidor del palacio. Si no gano hoy, hay siempre un mañana. Prefiero practicar a las siete, sin embargo, así sales del camino temprano.

- Entonces usted puede encontrarse otro compañero. - Chris se movió a la izquierda. - No me despierto temprano para poner en peligro mi reputación. Las espadas sonaron y durante un momento la conversación se paró. Chris barrió su espada en un rápido arco, luego lo rebajó con la fuerza. Robert apenas logró subir su propia arma en la defensa. - Dos intentos de asesinato en pocos meses. - Él gimió, sus brazos que tiraban contra el peso apremiante. - Tenemos que intentar algo.

- Tres.

- ¿Qué?

- Tres intentos de asesinato. - Chris golpeó la espada de la mano de Robert. - Hubo otro la semana pasada.

Aurelia miraba el patinazo de la espada de Robert a través de la arena y la paró girando en un floreo veinte pies delante de ella.

- Él ha mejorado. - Daria dijo, saliendo a la entrada en el camino de mármol que rodeaba el palacio.

- Por lo visto no bastante, - contestó Aurelia, levantando su mirada fija para estudiar a Robert.

Sin notar su presencia, él estiró un brazo desnudo para recuperar su arma. Demasiado absorto en su objetivo, supuso. Hasta en bombachos negros tradicionales y una camisa de seda suelta, él no parecía adecuado en los alrededores de palacio. Él no llevaba ni un abrigo, ni guantes y se movió con una urgencia rápida ajena para la facilidad fabricada de la vida del tribunal.

Aunque él compartiera la misma media estatura y estructura de hueso escasa como su primo, Aurelia notó un poco de la gracia felina

de Chris. Había demasiada vida en la cara de Robert.

- Ahora sé por qué usted decidió salir por esta puerta en vez de la delantera, -Daria bromeó, mirando a su amigo lejos de la yarda de práctica y alrededor del ala del este. Este lado del palacio andaba ajetreado con sonidos. Los criados al aire libre se rieron y charlaron cuando ellos se recorrieron a pie por las amplias dependencias de los criados. Los martillos y los yunques palpitaron forjados por el herrero en los cobertizos de construcción, más lejos en la distancia, los terneros gritaron en los graneros de animal.

Aurelia anduvo por la mayor parte de los edificios externos sin un vistazo, pero sus ojos se demoraron afectuosamente en los arcos que dan la bienvenida de las cuadras de palacio, luego fue a la deriva hacia la pared de piedra en los alrededores de la arena real. Ella no tenía tiempo para montar a caballo hoy. En cambio las dos muchachas doblaron en la esquina de nordeste y se apresuró a través del patio de tierra en su camino a la puerta delantera. Ellas pasaron una casa del guarda y se pararon en la apertura arqueada en la pared externa que rodea el palacio. Un hombre joven con una cara oblonga y pelo negro pajoso estuvo de pie bajo el arco.

- ¿Quisiera que le consiguiera un carro, su Alteza? - él preguntó. Aurelia miró con ceño el uso del trato formal. - ¿Cómo te sentirías, si yo me refiriera a ti como Micae y en privado, Filbert? - Ella reprendió. Un rubor rojo brillante asaltó la cara del hermano mayor de Daria. La criada de la señora se rió. - Él no sentiría cariño por ello en absoluto, especialmente como su padre le promovió al cabo la semana pasada.

De ser posible, las mejillas rojas de Filbert se pusieron más brillantes.

- Usted debería haber oído que nuestro padre continúa sobre ello, - Daria siguió. - El hijo del cabeza de establo, ¡un cabo de la guardia! Pensé que cada uno en el palacio debe saberlo ya. Aurelia sonrió abiertamente. - Felicitaciones. Filbert logró ganar bastante control de su lengua para repetir su pregunta más temprana. - ¿Le gustaría qué le convoque un carro? - Él evitó usar su nombre.

- Sólo viajamos al mercado, - dijo ella. - Podemos llegar allí a pie más rápido que hasta lo que tu padre podría preparar un carro. Además, usted sabe que prefiero andar o montar a caballo al aire libre. Yo puedo ver a la gente y la ciudad de esa forma.

- Muy bien, su Alteza,- Filbert dijo con una inclinación.

Él estaba realmente desesperado. Ella nunca podía persuadirle a tratarla como un conocido común. Cuando las muchachas pasaron por delante de los lados metálicos que se rizan de la entrada abierta, cuatro guardias salieron de la casa del guarda y se pararon en una línea no deseada. Aurelia no hizo caso de su presencia, en cambio permitiendo sus ojos magrear la vista cuando ella anduvo debajo de

la colina de palacio hacia la Ciudad de Tyralt.

El camino de adoquín liso marcaba su camino debajo de la cuesta escarpada al amplio valle en su base. A mitad de camino abajo, el río Tyralt elegante se afiliaba al camino, y fluía a lo largo del borde del camino, entonces rodeando el borde inferior de la cuesta, en formación serpentina alrededor del centro de la ciudad, y fue a la deriva al este en la bahía verde. Los puentes dispersados arquearon a través de las aguas del río, y los sauces cubrieron sus hojas y ramas sobre el banco en parasoles que se refugian.

Un puñado de edificios de piedra blancos con azoteas de arcilla rojas en el palacio moteado, pero en la base, ellos se dominaron. La ciudad más poblada en la extensión de Tyralt en un admirador arrollador, sus bordes se conservaron en la bahía abierta y una pared de piedra gruesa. La carretera, rayada por dos filas de los plantados arcos, cortados en un camino directo de la base de la colina a la puerta al final del norte lejano. Calles de ciudad, demasiado estrechas hasta para un carro solo. Las viviendas atestaron la esquina noroeste entre la puerta occidental y la principal, y un borde animado de casas de huéspedes y tabernas rayaron el puerto y la bahía profundamente en barrios del este de Nueva York de la ciudad. Las tiendas de los comerciantes y los lugares de trabajo de trabajadores expertos se llenaron en la esquina del sudeste, y lejos a la izquierda estirando el collage vistoso del mercado.

- Pobre Filbert. - Daria se rió. - Tengo miedo de que él esté tan locamente enamorado de usted como cuando tomábamos clases. Les he presentado, a muchas muchachas más apropiadas, pero usted conoce a mi hermano. Él ve a alguien con un vestido y él no puede ni sacar la lengua de su boca.

- Filbert es dulce, - dijo Aurelia. - Tal vez yo debería escaparme con él y privar a mi padre de la tarea de descubrir un marido.

- ¡Ni se atreva! - los ojos de Daria chispearon.

- Pensé que usted estaba por encima de las distinciones de clases, Dar, - embromó Aurelia. - No me digas que tu hermano no es un partido bastante bueno para mí. - Ella arrugó su nariz. - Al menos él es sólo unos años más viejo de lo que lo somos nosotras, en vez de unas décadas como los hombres que mi padre prefiere.

- Mi hermano es bastante bueno para cualquier mujer. - Daria se enderezó. - Pero usted es la última persona con la que él debería casarse. Usted es tan...

- ¿Tan qué? - Aurelia sabía lo que su amiga quería decir, pero quiso ver si Daria seguiría con la declaración.

- Tan todo. Demasiado cabezota, demasiado variable, demasiado testaruda. Usted sería la muerte de mi hermano agradable. - Adivino

que tendré que dejar cualquier esperanza de hacerme su hermana, entonces, si esa es la forma que sientes sobre mí. - Daria sonrió, apretando la cintura de Aurelia. Un carro blanco traqueteó por delante, sus cortinas de seda atadas atrás, y la mujer elegante dentro miró con ceño a la presunción de la criada de la señora. Aurelia levantó la barbilla y unió sus brazos con su compañera. - Gracias por ganar tiempo para mí hoy.

Ellas se adelantaron, cogidas del brazo, el mercado expandido, de pronto las envolvió en pirámides altas llenas de remolachas, nabos, y patatas, algo bastante robusto para haber sobrevivido el invierno y a principios de primavera en almacenaje. - Todavía no puedo creer que usted se vaya a mudar ahora tan lejos. ¿Qué voy a hacer sin tí? - Aurelia gimió cuando ella recogió una cebolla, luego con su mano alisó la superficie de la piel.

- Estoy segura que usted podrá, - Daria dijo, arrancando la cebolla de la mano de su amiga y devolviéndolo al carro de productos. La cara del vendedor se cayó cuando la criada de la señora tiró a la princesa lejos. Los sonidos de vida y muerte impregnaron el mercado: los gritos de hombres en delantales pesados que se mueven con truchas gruesas y las tiran por balanzas; la palpitación de los cuchillos de los carniceros que se parten por hueso, músculo, y tejido; las quejas de animales amarrados por las afueras, gritando y ladrando, graznidos y chillidos.

Y por los sonidos, los olores: subiendo en cada esquina, cada carro, cada capa. Olores ricos de canela de tierra y polvo de chile, el dulzor que te pone enfermo de melaza enladrillada, el aroma polvoriento de roble esculpido y cedro presionado. Savia y ajo, pétalos y polvo, plumas y piel. Daria tiró a Aurelia por delante de comida hacia la mercería. - Estoy seguro que no podré, - Aurelia dijo, recogiendo la conversación donde ella había acabado. - ¿Como iba yo ser capaz de ir al mercado hoy sin su ayuda? Cada uno en la ciudad reconocería mi máscara de Carnaval si yo no hubiese podido enviarte para comprarla para mí. - Daria dejó caer su voz, echando un vistazo atrás a las guardias detrás de ellos. - Nosotras dos sabemos como usted se pondría alrededor de esto. - ella levantó su voz.- La verdad es que usted podría haber hecho hacer la máscara en el palacio si usted se hubiera molestado en planear para el futuro.

- No si quiero que esto permanezca en secreto. Varios criados lo intentan, pero uno de ellos no puede resistirse a una buena conversación. Ellos comenzarían a insinuar sobre los materiales, y dentro de media hora el disfraz entero sería del dominio público.

- De todos modos, usted no tiene que haberlo dejado hasta el día que me vaya.

- ¿Por qué no? Necesitó una posibilidad de decir adiós. Además, yo no

había decidido participar en el Carnaval hasta la noche pasada. - Daria guiñó, deslizando dos dedos a lo largo del cabo suelto de su faja. - ¿Conveniente de Robert que llegara cuándo yo me marchó, verdad? Aurelia empujó a su amigo amablemente. - No es lo mismo. Él está sólo por visita.

- Bien, puedo pensar en compañeros de clase peores para tener de visita. Él se ha ido durante cuatro años. Usted debería tener muchas cosas para decirse uno al otro. Imagine si su madre no había insistido en una escuela y una educación de calidad para todos los niños de palacio. Ninguno de nosotros podría haberse hecho amigos.

Aurelia no quiso hablar de su madre. Si su madre realmente se hubiera preocupado por los niños, ella no se habría marchado. Ella se habría quedado en el palacio bastante tiempo para ver a su hija crecer.

- Lamento que su marido trabaje para Señor Lester, - Aurelia dijo a su amiga. - Su estado está a mitad de camino a la frontera. El hombre no viene hasta al tribunal.

- Afortunadamente para mí, — Daria dijo cuando ella anduvo alrededor de un cajón. — El Señor Lester es célebre por rechazar asistir a acontecimientos de palacio. Él está seguro de enviar otro mensaje garrapateado que se perdona no asistir a la siguiente función estatal. Mi marido tendrá que entregarlo, y no seré tímido sobre la conexión a él.

- ¿Con qué frecuencia puede esto pasar? - Aurelia esquivó una cesta de hierbas que cuelgan de un puesto bajo un dosel.

- Ya es bastante para Thomas y para mí para encontrarse, cáigase enamorada, y cátese.

- ¿Y si Thomas es promovido como mensajero? - Aurelia suspiró. - Además, usted tendrá una nueva vida, nuevos amigos, y finalmente niños. La última cosa que usted querrá es gastar semanas viajando a venir a visitarme.

- Tonterías. - Daria quitó la declaración de sentido común. - ¿Quién no querría cruzar caminos fangosos, bosques montados por la niebla, y cruces lavados para el honor de acompañar a una persona real en una función?

- El Señor Lester.

- Bien, quizás el Señor Lester. Aurelia apretó a su amiga en un abrazo feroz. - No estoy segura de que pueda sobrevivir sin usted. Cuando ellos se rompieron aparte, Aurelia dirigió sus ojos sobre los puestos cercanos. Esta sección del mercado tarareado tan afanosamente como el que las muchachas acababan de marcharse. Los vendedores sacudieron mantas tejidas para mostrar modelos

brillantes. Los artesanos extienden muñecas de tela, jarras de cristal, y cordón bordado. La mirada fija de Aurelia pasó rozando sobre tallas de madera finas y vidrió la arcilla. El carro de un vendedor amontonado alto con artículos de Carnaval llamó su atención. Varitas de madera pintadas derramadas de una cesta profunda. Los cinturones de cuero y los pañuelos coloreados colgaron de ganchos. Cabos adornados con cuentas, las faldas, y las capas cubiertas sobre los lados, y máscaras llenaron los anaqueles: cinco filas de ellos. Caras de genios y gitanos, ratones y magos, ranas y pescadores. Aurelia se heló. - La máscara en el carro, segunda fila.

- ¿Cuál? - Adivina. Dentro de unos momentos, Daria saludó con la cabeza. - La conseguiré. ¿Dónde la encuentro? Aurelia hizo señas hacia un cuadrante de paredes de piedra en el corazón del mercado. Dejando a su amiga detrás, ella salió para el cuadrado. Cuatro guardias la siguieron ella, sus uniformes trenzados y las vainas pulidas que dibujan la habitual mirada fijamente. Ella hizo una pausa fuera de la tienda de un modista, pero no entró. Hasta el mejor modista no podría aceptar una orden completa con menos de un día. Tan pronto como Aurelia había descubierto la máscara elegida, ella había seleccionado mentalmente un vestido de la reserva de vestidos de bailes nuevos y ropa de fiesta que llenaba su guardarropa. Al menos podría evitar el uso de las costureras entusiastas con intenciones de ayudarle a atraer a un marido.

Su mente todavía se concentraba en su traje, ella anduvo en un túnel arqueado que conducía al centro del cuadrado. Las guardias de repente siguieron adelante, bloqueando su camino. Agarrado de improviso, ella miró fijamente por delante de ellos a hombres, mujeres, y niños que atiestan la plaza interior. Una multitud de puños temblorosos, revolviendo pies, y empujando codos llenó el espacio. Los ojos destellaron.

Los labios llamearon. Los gritos cayeron el uno sobre el otro como perros viciosos. La cólera de la muchedumbre creció tangible, hinchándose y alimentándose, todos dirigidos hacia la pieza central del cuadrado,- una estatua de su padre.

Los guardias se retiraron para marcharse, pero Aurelia rechazó retirarse, sus ojos pegados a la cara de la estatua. Su padre miró fijamente atrás de ella, no con la cansada mirada que ella reconocía, pero con lo orgulloso que ella supuso que él debe haber estado en su infancia temprana, - antes de que su hermano hubiera muerto y su madre se hubiese marchado. Ella no podía permitir que la estatua fuera destruida.

Una presa de rocas y palos voló por el aire, golpeando en la estatua. Cuerpos movidos como si fueran a volcarlo.

- ¡Esperen! - Aurelia forzó su camino por las guardias. - Hablen

conmigo. Díganme por qué ustedes hacen esto. Díganme lo que ustedes quieren.

Un silencio sumergió de la muchedumbre cuando ella salió del arco. Los puños se cayeron, los hombros se cayeron, y las bocas se cerraron. La gente esperó en un anillo de tensión suspendida. Ella anduvo por aquel anillo, los pasos en el centro del cuadrado y poniendo su mano en la talla ampliada de su propio padre. Estando de pie delante del pueblo, ella podría sentir que el peso de expectativas se decidía por sus hombros, las esperanzas de la gente de un mejor futuro, su fe en ella como un líder, su propio temor de que ella los defraudaría.

- ¿Usted, señor?,- dijo ella a un hombre con un chaleco negro rasgado.- ¿Por qué está usted aquí? - Él frotó una mano a través de las patillas en su barbilla como si tratara de decidirse por una respuesta, luego dijo.- Soy un vendedor, su Alteza. Dirijo un puesto en el mercado y hago sólo bastante dinero para mi familia. Calculo que es la misma verdad para la mayor parte de esta gente. - Las cabezadas se dispersaron entre la muchedumbre.- Pero esta mañana el rey anunció un nuevo impuesto sobre cada puesto y carro en el mercado. -¿Por qué no se lo había dicho su padre? No hubo ninguna mención de un nuevo impuesto en la última reunión del consejo.

- Yo no me opondría si el dinero fuera hacia la ciudad o probablemente ayudara a mi familia en algún camino,- el vendedor dijo.

- ¡Pero no lo es! - una mujer gritó.

El hombre siguió.- Su padre lo llamó un impuesto de mercado, pero esto es para pagar las funciones estatales. Es para que puedan permitirse más espectaculares fiestas como la que tuvieron anoche en honor a su hermana. Él ya ha drenado los cofres de ciudad para arreglar el palacio.

- ¡Y no parece que ninguno de nosotros fuera invitado alguna vez a esa monstruosidad!- añadió la mujer.

- No podemos ninguno de nosotros permitirnos perder nuestros puestos,- dijo el vendedor, - pero tenemos derecho a decidir como nuestro dinero debería ser gastado.

- Hablaré con mi padre, - Aurelia dijo a la muchedumbre. - Quizás él no entiende como el impuesto les afectará.

- Él sabría, - contestó el hombre,- si tuviéramos a alguien para decir nuestra parte en el palacio. Así, no podemos controlar nuestro propio futuro.

El entendimiento cruzó por el corazón de Aurelia. El hombre tenía un punto, uno mucho más fuerte que el peso de su propio monedero. -

Aurelia

Anne Osterlund

Compartiré sus preocupaciones, - dijo ella. - Usted tiene mi palabra. La gente merece una voz en el palacio. Los refunfuños de aprobación se rizaron por el cuadrado. Bueno, ella pensó, tal vez ahora ellos van a disolverse en paz. Un nuevo silencio descendió, roto sólo por el crujido de una combinación de Daria andado en la muchedumbre y moviéndose al lado de su amiga en apoyo. Aurelia soltó un aliento lento.

Entonces una perturbación burbujeó detrás de la muchedumbre. La gente cambió, protestas gruñonas. Una capa negra forjó su camino adelante, rasgando una costura por la onda de cuerpos. Más cerca y más cerca con velocidad. Entonces un grito. El acero áspero llameó; cuatro espadas destellaron. Las voces levantadas en cólera reavivada. El silencio fue volando con furia, y manos fuertes forzaron a Aurelia a la tierra.

Capítulo 3

Carnaval.

-¿Qué estabas pensando?- la voz fría de la reina cortó a través del corazón de Aurelia. Elise no se molestó en pararse o dar la vuelta para hablar a su hijastra. En vez de eso, sus fríos ojos azules y una frígida mirada se reflejaron en el espejo de la vanidad. El pálido cuello de Elise mostró desnudez bajo un apretado moño de cabello negro, y su espalda y hombros rígidos permanecieron congelados y erectos contra el fondo blanco del tocador y las ventanas del vestidor.- Los guardias me dijeron que casi causaste un disturbio esta mañana.

-Ellos casi causaron un disturbio esta mañana.- Protestó Aurelia desde la entrada. Ella quería hablar con su padre. No quería defenderse ante su madrastra.- Si ellos no hubieran levantado sus espadas, Daria hubiera reconocido al chico entre la multitud y el conflicto había terminado.

-¿Qué muchacho?- La reina levantó un joyero con un corazón en la tapa.- Él sólo era un niño utilizando una túnica negra. Daria le pagó más de lo debido por un artículo que ella compró en el Mercado y el padre del muchacho mandó a su hijo a devolver el dinero. El hombre no necesitaba molestarse, pero era la cosa honorable que debía hacer. Excepto que el muchacho quedó atrapado detrás de la multitud y, cuando se calmó, él trató de venir hacia delante a darle el dinero a Daria.

- Gracias al cielo que esa muchacha finalmente se ha ido con su nuevo esposo. Espero que selecciones una doncella más adecuada para reemplazarla.

El temperamento de Aurelia de encendió. Se había perdido la partida de sus amigos por la convocación de su madrastra.

-Daria no está para ser culpada. Si los guardias hubieran esperado, el muchacho se habría explicado y no habría habido ningún problema; pero ellos levantaron sus espadas y espantaron a toda la multitud. Los guardias son los que deben ser reprendidos.

-Tienes suerte de que más guardias llegaran cuando lo hicieron.- Elise levantó sus afiladas cejas.- O el episodio podría haber sido desastroso, no sólo para ti, sino para tu padre.

-Déjame verlo. Si lo que los protestantes decían es verdad, ellos tenían un buen argumento. Padre debería oírles.

-La plebe de la ciudad causa suficientes problemas sin tu ayuda. No se puede esperar que ellos entiendan de política. Pero tú, Aurelia, deberías saber mejor. Tu padre no tiene tiempo para discutir esto contigo ahora. Él se está preparando para un invitado importante. Podrás hablar con él en la próxima reunión del consejo.- La reina removi6 un colla de carámbaro de la caja.- Entre tanto, deberás permanecer en el palacio.

-iPero esta noche es carnaval!

-Al cual no vas a acudir.- Elise cerr6 la caja.

-Tú, en verdad, no me detendrás.- Aurelia se gir6 y sali6 de la sala.

Tapices adornados y filigrana dorada se mofaban de ella mientras se movía por el pasillo. La enojaba pensar que el gusto caro de la reina había dañado la reputación de su padre en la ciudad. Los brillantes muebles, paredes de tela bordada y pinturas en el techo, todo reflejaba la propia extravagancia de Elise.

Algunas veces, Aurelia deseaba que su padre nunca hubiera conocido a Elise, pero era no era completamente justo. Si la madre de Aurelia nunca se hubiera ido, él no habría tenido que casarse. Y, entonces, su hija nunca tendría que caminar en el guante de desprecio de su hermana. Además, Elise no podría ser culpada por fallar en amar a una niña a la que su propia madre había abandonado.

Al menos, con el segundo matrimonio del rey, Aurelia había ganado una hermana.

El silencio cay6 en la sala compartida de las princesas cuando Aurelia entr6 al cuarto. La banda de criadas de Melony se levant6 a la vez de sus asientos y sali6 hasta que s6lo quedaron las hermanas.

-El chisme del palacio debió de haber viajado rápido.- Aurelia se arroj6 en el sofá.- Honestamente, Mel, algunas veces pienso que tú deberías ser la princesa de la corona.

Su hermana soltó una risa suave y retorci6 un brazaletes de jade que tenía en la muñeca.

-¿Sin un rastro de sangre real en mis venas? Sospecho que tu primo Montaine podría estar en desacuerdo.

Aurelia gimi6.

-Él, probablemente, haría que descendiéramos en picada y nos enterraría en una guerra antes de que se acabe el mes.

-Y él ganaría. Los otros reinos nunca apoyarían una interrupción para socavar la línea de la herencia.

-Lo sé.- Aurelia levant6 una almohada de seda y la apret6 contra su

pecho.- Y la verdad es que yo amo a mi reino, pero tú eres la que tiene el don de la vida de la corte.

-Sí, bueno.- Melony se sentó junto a ella.- Nuestro padre es bastante aficionado a la tradición.

Aurelia le dedicó una suave sonrisa, después, pasó sus dedos a través de la mano de su hermana.

-Tú eres la única persona que entiende la presión que supone ser su hija.

Melony tocó el borde del sofá, después se levantó.

-Hay algunas ventajas.- Declaró, abriendo la puerta de la sala de estar.- ¡Salgan, muchachas!

La inundación de doncellas entró de nuevo a la sala. Dos niñas se apresuraron hacia la banca del piano. Otras cuatro regresaron al tablero de juego y tres se amontonaron en el asiento de la ventana. La más joven, que no tenía más de once años, se escondió detrás de las faldas de su señora.

La anticipación brillaba en el rostro intachable de Melony mientras ella miraba a su hermana mayor.

-Sé que perdiste a Daria esta mañana y pensé que te gustaría seleccionar a una de mis doncellas como tu nueva asistente personal.

La mandíbula de Aurelia cayó. Como si pudiera remplazarla tan fácilmente.

Su hermana pareció leer su expresión y se acercó a abrazarla.

-Sé que tuviste un día terrible hoy y quiero ayudar. La mitad de las chicas están, técnicamente, asignadas a ti, de todas maneras.

Por supuesto que Melony tenía buenas intenciones.

Aurelia arrugó la frente.

-Prefiero una comitiva pequeña. No puedo imaginar cómo las puedes mantener a todas ocupadas.

-Oh, ellas van en misiones para mí.- Melony dio vueltas alrededor.- Le informan al chef de mis preferencias para el día y chequean el estado de mis nuevos vestidos.- Bajó su voz.- Le entregan papeles a mis instructores e inventan excusas para mí para poder evadir clases. La mayoría del tiempo, sin embargo,- susurró en el oído de Aurelia.- Ellas llevan mensajes de ida y vuelta a hombres jóvenes.

Aurelia gimió. No tenía ningún deseo de comandar a una unidad de adolescentes risueñas. En vez de eso, se centró en la niña que había escondida detrás de las faldas de su hermana. Grandes ojos avellana abrumando la pálida cara. Pecas de color rosa salpicaban los pómulos afilados y una franja de pelo castaño ratonil rizado y suelto de su

peina de concha.

Si tengo que perder a mi mejor amiga, podría muy bien seleccionar una doncella que pueda intimidar para dejarme sola.

-¿Cuál es tu nombre?- preguntó Aurelia, en cuclillas al nivel de la niña.

-Min-minuet.

-¿Crees que puedes asistirme, Minuet?

Los grandes ojos de la niña crecieron aún más y, por un momento, Aurelia pensó que la niña podría huir.

-S-sí, su alteza.

-Maravilloso.- Aurelia miró para ver la expresión encantada de su hermana, después regresó su atención hacia la doncella.- Voy a estar dentro toda la noche.- Mintió, no queriendo involucrar a Minuet en sus planes de rebelión del carnaval.- Así que no requeriré tu ayuda hasta mañana. Si quieres permanecer aquí, entre tanto, eres bienvenida a hacerlo.

-Gra...gracias, su alteza.

Sin compromisos, Aurelia salió de la sala y se apresuró a través de su sala de estar hacia su dormitorio personal. Sonrió ante el espejo mientras retiraba las dolorosas horquillas. Tiempo de vestirse para la aventura de la noche. Hondas suaves cayeron sobre sus hombros. Cabellos marrones, piel marrón. A nada valía tomar nota comparada con los rasgos impresionantes de su hermana; pero esta noche, en fin, eso no importaba.

Removiendo la blusa y su falda, Aurelia agachó la cabeza en las profundidades de su armario. Con las yemas de sus dedos en vez de con sus ojos, reconoció el material de plumas y sacó el vestido de la oscuridad. Tela suave fluyó hacia la luz. Barras de color marrón negruzco moteado con un fondo blanco.

Aurelia levantó el vestido sobre su cabeza y deslizó los brazos a través de las estrechas correas. La falda aleteaba por encima de su enagua y colocó la blusa en su lugar. Se abotonó la parte delante de la cintura hasta el escote y ató la cuera delgada alrededor de su centro. Dejando su garganta desnuda, se calzó las zapatillas doradas con suela dura, luego cepilló su enmarañado cabello hasta que quedó suave. Cubrió su vestido con un manto azul oscuro y tiró para abrir el cajón de la mesa.

La máscara estaba amenazadoramente en el interior, rogándole que se la pusiera en desafío a las órdenes de su madrastra.

Voy a salir esta noche y este disfraz me va a permitir hacerlo por la

puerta delantera.

Aurelia recogió la máscara y la miró un momento antes de esconderla bajo los pliegues de su capa. Al menos, una persona apreciaría su elección.

Robert se rió del traje de su primo.

Chris se sentó en el centro del taburete a menos de diez pies de distancia, sus piernas se cruzaban alrededor de las patas del taburete, sus ojos fijos en la puerta del pasillo. La intensidad de su rostro y la posición incómoda ya eran graciosas, pero el traje de Chris hacía la escena entera ridícula. Plumitas blancas cubrían su túnica y un abanico drapado de plumas blancas y verdes brotaban de su espalda. Llevaba pantalones blancos ajustados por encima de las medias de peluche en botas de color naranja y su máscara de gallo con tres pulgadas de cresta roja colgaba de su cuello.

-¿Puedes graznar?- bromeó Robert.

-¡Garabato de gallo!- su primo tomó un cojín de terciopelo de la silla de mimbre del tío Henry y se lo lanzó.

El objeto de terciopelo pasó en espiral a través del aire. Robert se agachó. Y éste rebotó en el sofá en el que estaba sentado, pasó sobre la desnatada en el stand de madera de cerezo y se detuvo al lado de un jarrón de porcelana encima de la mesa. Ésta se balanceó hacia delante y hacia atrás en la superficie antes de establecerse en un chapeado lugar.

Mirando la base, Chris sugirió:

-Vamos a pasar al segundo intento de asesinato.

El rostro de Robert se oscureció.

-¿También hubo veneno?

-No, una silla de montar. Aurelia tuvo que cancelar su viaje en el último minuto. Dejó su silla de montar sobre la yegua y uno de los mozos de cuadra sacó al caballo para hacer ejercicio. Una correa se rompió a lo largo de la costura. El mozo salió en medio de una carrera y se rompió la clavícula. De acuerdo, con el padre de Daria, la silla debe de haber sido manipulada.

-¿El mozo estaba montando la silla?

-Aurelia sólo pasea en la silla de montar bajo coacción.- Chris se rió.- Era una silla regular.

Chris movió su pulgar por el borde de una pluma de su camisa.

-Tú puedes, si quieres, mirarla sin atraer la atención de Aurelia.

-¿Todavía la tiene?

-Los sirvientes no podían quitársela sin explicar que había ido mal. En vez de eso, la repararon y la volvieron a colgar como si nada se hubiera dañado.

La molestia se instaló sobre los hombros de Robert. ¿Cómo podía mantener a Aurelia a salvo si ella permanecía inconsciente del peligro? Se levantó, caminó hacia la parte posterior de la sala y se volvió.

-Deberían decirle lo que está pasando.

-No pueden.- Chris saltó de su asiento.- Y tú tampoco. El rey es inflexible sobre eso. No quiere a su hija asustada. Por eso es que el tío Henry arregló una funeraria para, secretamente, recoger el cuerpo del probador de leche anoche. El rey no quería que Aurelia hiciese preguntas.

La cabeza de Robert se levantó.

-¿Cómo se supone que voy a permanecer cerca de ella si no puedo decirle por qué estoy aquí?

-Tú no eres su guardaespaldas. No puedes protegerla de esa manera, Tienes que estar libre para investigar.

Robert se estremeció. La voz de su padre hacía eco en su mente. *Tú tienes que empezar con la víctima. La llave está ahí, si tú puedes...*

Un golpeteo interrumpió el pensamiento. Chris se abalanzó hacia el pestillo y Aurelia entró, cerrando la puerta tras ella.

Se quitó su manto y se puso su máscara. Los ojos oscuros brillaban con círculos de oro, cada anillo rodeaba un esquema de forma almendrada de un dorado más profundo. Con plumas arqueadas sobre su cuero cabelludo y un pico ganchudo curvado desde el puente de la nariz hasta la punta fina, justo por encima de su barbilla. La parte superior brillaba dorada también, mezclada con un tono plata brillante.

La cara de Robert se arrugó con aprobación.

-Un halcón.- dijo.- Siempre te dije que el sobrenombre encajaba.

-¿Y eso por qué es?- preguntó ella.

-Porque tienden a atacar al adversario con rapidez y velocidad.- él le hizo una reverencia cómica y luego se acercó más, dirigiendo una mirada a su atuendo completo. Era casi tan alta como él, la parte superior de su máscara llegaba a su frente.- Mi señora.- dijo, tomando su mano en su guante blanco.- Claramente tendremos que trabajar duro para ser tus escoltas esta noche.

Aurelia analizó los trajes de sus compañeros.

-Puedo ver que Chris es un gallo, completo con peine y plumas que

estoy segura que planea mostrar esta noche.- ella hizo un guiño.- Pero, ¿qué eres tú?- miró la corbata blanca y el abrigo negro de Robert con disgusto.- Seguramente, no tienes la intención de mascararte como un caballero.

Chris hizo una mueca y Robert levantó la mano para detener la acusación.

-Ah, pero todavía no has visto todo mi disfraz.- se retiró a la habitación de su primo, desde donde tomó un paquete de cartas y una máscara en una cadena. El rostro del hombre de la máscara sonrió con un bigote negro y rizado. Robert se puso la máscara y volvió a la sala.

-¡Un jugador!- proclamó Aurelia, chasqueando los dedos con aprobación.

-No es sólo un jugador.- Chris agarró las cartas de la mano de Robert para mostrarlas.- Si miras de cerca, te darás cuenta de que la cubierta está apilada.

-Sí, me asombra mi falta de honradez.-Robert colgó las cartas alrededor de su cuello.

Aurelia se escondió de nuevo bajo su manto y sus compañeros hicieron lo mismo con los suyos.

-Tus trampas no me sorprenden.- ella entrelazó un brazo con cada joven, tirándoles hacia la puerta.- ¿De qué otra manera podrías haber recibido las mejores notas de la clase?

Robert levantó una ceja, incapaz de dejar caer el comentario.

-Según recuerdo, estabas tan a menudo en la parte superior como yo.

-Sí.- ella sacudió su cabeza alegremente.- Pero eso tenía sentido.

-Me siento insultado.- Robert puso una mirada simulando estar ofendido.- Podrías recibir mi perdón sosteniendo la puerta para mi primo y para mí.

Chris estiró la mano hacia la cerradura y Robert la abofeteó. Su primo pretendió alejarse de la fuerza de la bofetada recostándose contra la pared.

-Yo no haría eso si fuera tú, Aurelia.- se burló Chris, entrando en el espíritu de la conversación.- Con un amigo como él, podrías no volver de una pieza.- las palabras se metieron como una sombra en la mente de Robert.

Aurelia abrió la puerta.

-No hago esto por tu perdón, sino porque no tengo ningún deseo de

discutir hasta que las festividades se terminen. Sigamos, ¿de acuerdo?

-¡Vamos, vamos!-campaneó Chris.

Aurelia esperaba que Chris la ayudara a escapar del palacio sin convertirlo en una actuación. Cuando se aproximaron a la puerta principal, él se quitó la máscara y se la colgó en la mano en un saludo formal.

-Ey, Filbert, ¿has visto a algún personaje misterioso pasar por aquí esta noche?

Filbert sonrió, fallando en preguntar la identidad de los compañeros del gallo.

-No tan aterradoras como tú.- extendió una mano para agarrar una de las plumas de la cola emplumada de Chris.

-¡No pruebes mi ira de ave!- Chris se alejó, empujando a Aurelia y a Robert delante de él y llevándolos a la seguridad. Después, los tres amigos salieron hacia el camino sin un escolta armado.

-¿Quién era el de la puerta?- preguntó Robert.- Me pareció muy familiar.

-El hermano de Daria.- explicó Aurelia.- Podrías no haberlo conocido bien, se unió a nuestra clase después de que te marchases.

-Pero, ¿él no es un par de años mayor que nosotros?- preguntó Robert.

-Tres años.- dijo Chris.- Y, aún así, apenas logró completar su curso de trabajo. Tenía buena puntería con el rifle y es fiel. No podías hacer que criticara a su majestad incluso en broma. Pero no es el colega más brillante que se presentara en un puesto.

Justo el tipo de hombre que mi padre promueve, pensó Aurelia, alguien que hace lo que se le dice sin hacer preguntas.

-Fue una suerte para nosotros, entonces, que él estuviese en la puerta.- dijo Robert.

Chris se dio una palmada en el pecho en agonía burlona.

-Cuestionas mis habilidades, primo. Yo podría habernos pasado por esa puerta con el mismo rey haciendo guardia. Filbert sólo me permitió reservar mi ingenio para retos más importantes.

Los tres compañeros se detuvieron al pie de la colina del palacio para mirar la fiesta. El anochecer se arrastraba sobre la ciudad y la emoción en el aire creció con la aproximación de la oscuridad. Faroles pintados colgaban de los árboles en una gama de colores brillantes. Juerguistas en trajes incluso más variados que los faroles. Jueces con túnicas negras rozaban codos con ladrones con joyas falsas y relojes

de bolsillo. De vendedores ambulantes a príncipes, de amas en pena a murciélagos, de ruiseñores a personajes de canciones infantiles, nada con imaginación estaba fuera de los límites. El único factor común era que cada cara usaba una máscara: máscaras de telas, de semillas, lumas, papel maché y docenas de otros materiales. Unos apenas rodeaban los ojos. Otros cubrían completamente los rostros.

Tal vez nadie quería permanecer tan anónimo como Aurelia. Disfrazada, ella era simplemente otra persona disfrutando de la magia de la noche. Hombres y mujeres le daban la bienvenida como a una igual, poniéndole bebidas azucaradas y brebajes alcohólicos en sus manos. Bebió el ponche y le pasó el alcohol a Chris.

La multitud crecía a medida que se acercaban al corredor que conducía al centro de la ciudad. Las familias más ricas eran dueñas de los edificios que rodeaban la carretera y la más exquisita de las casas se iluminaban. Pañuelos colgaban de los balcones y guirnaldas de flores adornaban los cuellos de las estatuas del jardín. Ventanas y puertas se abrieron, haciendo una mezcla de ricos colores y música: chocolate al horno con cuerdas de violín, cáscaras de naranja con solos de flauta, jarabe de arce con cuartetos de cuero, un remolino de oleadas de emoción.

Aurelia, Chris y Robert pasaron de casa en casa, bailando en fiestas, lanzando anillas y dardos en juegos de azar y tomando muestras de pasteles dulces y salados mojados en chocolate caliente.

Eventualmente, se unieron a un grupo de cantantes siguiendo una pequeña banda de músicos andantes y artistas tumbadores. Este grupo se abrió camino a través de varias cuerdas de la ciudad, después formaron un largo círculo bajo las flores de cerezo por la gran fuente de mármol. El canto se hizo más fuerte cuando una multitud que ya estaba en la fuente se les unió. Los artistas guiaron a todos a través de cinco o seis canciones más antes de guiar a todo el grupo a una taberna.

Mientras Aurelia y sus amigos esperaban para que los miembros de la multitud pasaran frente a ellos, una chica que usaba un vestido negro y elegante y unas alas de estornino se estrelló contra Chris. Su máscara consistía en poco más que unos parches de corazones morados alrededor de sus ojos. Reconociéndola como una de las amigas de Melony de la corte. Aurelia esperó que el reconocimiento no fuera mutuo. Afortunadamente, el estornino no miró en su dirección. Riéndose con Chris, la chica le dio un golpecito en el hombre.

Chris rodeó la pequeña cintura del estornino con su brazo desnudo.

-¿Cómo me encontraste?- Preguntó él.

Se rió otra vez, el sonido chirriando en los nervios de Aurelia, el

estornino dijo:

-Te conozco lo suficientemente bien como para no caer por ese disfraz. Me temo que tú no fuiste criado para mezclarte.- Ella deslizó su mano para acariciar el rostro de Chris.

Oh, por favor. La falsedad detrás de la voz y las acciones del estornino hizo que Aurelia quisiera atacarla con una garra o dos.

Disparándole a Chris una mirada concedora, ella tiró de Robert, gritando sobre su hombro.

-Vamos a dejar a estos dos tortolitos solos.

Juntos, ella y su compañero restante, lucharon para salir de las calles atestadas. Contemplaron los puestos de los vendedores por un tiempo, pero Aurelia había agotado la bolsa delgada que se había tomado la molestia de llevar consigo y Robert no tenía la necesidad de bolas de cristal o tejidos decorativos. La apretada multitud y el olor combinado de comidas y bebidas empezaron a ser sofocante.

Se detuvieron para recuperar el aliento al lado de la gran fuente que representaba la cría de caballos. Robert se arrodilló como si la fuera a ayudar a montarse en uno de los caballos de magnífica piedra. Ella tomó su mano y subió para caminar sobre el borde circular de la fuente.

-¡Fuera, fuera!- Gritó un hombre que llevaba un bigote negro y que sostenía una paleta de pintor.

Aurelia se dio cuenta de que ella había interferido en el retrato de un par de juerguistas que posaban al lado de la fuente. Él agitó su pince con ira y salpicó gotas rojas por todo el tejido blanco de los clientes que le estaban pagando.

Disculpándose y asfixiándose de la risa, Aurelia dirigió a Robert lejos de las multitudes, de vuelta hacia el río.

-He tenido suficiente.- suspiró ella cuando iniciaron su recorrido a lo largo de la orilla al lado de una cortina de unas ramas de sauce.

Asintiendo con aprobación, Robert caminó a su lado sin hablar. Los sonidos de la celebración se atenuaron y el número de linternas de papel disminuyó a puñados iluminando su camino. Él se acercó sobre el puente tallado y se inclinó sobre el borde. Las personas que hacían eso, siempre conseguían que Aurelia se pusiese nerviosa, pero se obligó a morderse la lengua, habiendo aprendido que sus protestas sólo le animaban.

Él se retiró lentamente, sin dejar de mirar el agua oscura y el reflejo de una única linterna de luz.

-Esto es lo que más extrañaba.- Dijo, sorprendiéndola al romper el amigable silencio. Él rió.- Siempre me sentí tan conectado a él,

conectado con el mundo aquí, en este puente.

El oírle expresar sus sentimientos la hizo sentir incómoda.

-Pero ahora tú has visto el mundo.- dijo, incapaz de mantener la envidia fuera de su tono.

-Sólo otra esquina de él y la ruta hacia allí.- se giró, descansando sus codos sobre la barandilla y mirando el trozo de cielo sobre su cabeza.- Creo que, mientras más ves, más te das cuenta de que todavía no has visto nada.

-Suenas como nuestros viejos instructores.- ella arrugó su nariz.- Mientras más se aprende...

-... más te das cuenta de lo que no sabes.- terminó Robert por ella.- Chris me dijo que tú ya no tomas clases. Siempre asumí que asistirías a la universidad o, al menos, que harías que los profesores vinieran a ti.

Ella se ahogó con las palabras de su padre mientras hablaba.

-Aparentemente, puedo servir mejor a mi reino si comprometo con cosas más útiles.- sabía que la oscuridad no podía ocultar la amargura y decepción de su voz. Una variedad de amenazas, sobornos y frecuentes recordatorios sobre su deber habían conspirado para mantenerla mirando mientras otros compañeros de clases iban a unirse a las filas universitarias.

Para crédito de Robert, trató de cambiar a un tema menos sensible.

-¿Quién era la muchacha que se acercó a Chris allí? Parecías tener prisa por evitarla.

-Uhhmm....- esto no era un tema más agradable, pero alentadoramente menos personal.- Tedasa. Ella es una amiga de Melony y una de las jovencitas más codiciadas de la corte.- Aurelia no se molestó en mantener el sarcasmo fuera de su voz.

Él se rió.

-Yo he estado disfrutando de la compañía de una jovencita codiciada toda la noche.

-Ah, estás equivocado.- Le corrigió Aurelia.- Una cosa que no he sido en toda la noche es una dama. Es por eso que ha sido divertida.

-Sin embargo,- él se negó a abandonar el tema.- Tú no parecías dispuesta a pasar más tiempo con la presencia de nuestra inesperada compañera.

Aurelia estaba incómoda compartiendo su honesta opinión cuando sabía que podría terminar en oídos de Chris.

-No fue a la escuela en el palacio con nosotros.- dijo Robert.

-Su padre es un dignatario extranjero. Pasa su tiempo viajando. Cuando su madre murió el año pasado, él rescató a su hija de sociedad de una pensión de ricos donde se estaba quedando y la trajo a la corte.

-Todavía no me has dicho por qué no te gusta.- Robert golpeó la barandilla del puente con la palma de la mano.

Exasperada, Aurelia prosiguió.

-Vive y respira el dinero de su padre. Si tu primo no se cuida, descubrirá que ella ha construido su nido en la parte superior de su herencia. Ella no es sólo otra doncella que puede bambolear sin consecuencias.

-¿Celosa?- había un tono extraño en la voz de Robert.

-Difícilmente.- Aurelia le reprendió con la mirada.- No me gusta que la gente sea usada, especialmente los que me importan.

Robert se inclinó hacia atrás para mirar el cielo.

-Yo no me preocuparía por Chris. No puedo imaginármelo haciendo algo tan respetable como cortejar a una debutante de ricos.

-No parecía tan preocupado extendiendo sus plumas por ella esta noche.- el sarcasmo estaba de vuelta en su voz. *Un hábito poco atractivo*, pensó ella. *Debo corregirlo.*

Robert sonrió.

-Ah, pero ahora ves, él no lo hizo, un gallo lo hizo. Tú no eres la única capaz de caminar vagante por esa cuerda floja.

-Si te quedas el tiempo suficiente en la cuerda floja, tarde o temprano vas a caer.

-Suficiente. Cuando la conversación se ha reducido a metáforas, es hora de encontrar un nuevo tema.

-Dices eso porque te estabas quedando sin argumento.

-¿Quién dice que cada punto en una discusión tiene que ser un argumento?

-Nadie.- sonrió ella.- Pero contigo siempre lo es.

-Sólo cuando hablo contigo.

Estaba diciendo la verdad. La mayoría de sus recuerdos incluían un debate verbal, ya sea durante las discusiones en clase, en sesiones de estudio en profundidad o conversaciones casuales. Ella y Robert eran muy parecidos: competitivos, intrigados por nuevas ideas y determinados a no rendirse cuando sentían que tenían la razón. Lo que les salvaba de odiarse mutuamente era que podían ser persuadidos a cambiar de bando cuando se enfrentaban con un

argumento lo suficientemente fuerte. Tal vez por eso era que disfrutaban tanto debatiendo. Siempre había una oportunidad de que uno pudiera persuadir al otro de tomar el caso de él o él el de ella.

-Bueno, entonces vamos a hablar de ti.- sugirió ella, por dos cosas: porque sentía curiosidad sobre su nueva vida y porque no quería que la conversación se volviera hacia ella.- ¿Cómo es la vida en la otra frontera?

Él se encogió de hombros.

-Es un trabajo muy duro, pero me gusta. No mucho la agricultura. Padre y yo también entrenamos caballos. Los tercios disfrutaban tratando de tirarme al suelo y por eso yo tengo los moretones que mencioné anoche. Aún así, siempre hay una necesidad en la frontera por una buena cantidad.

Ella asintió para demostrar que estaba escuchando y que no quería interrumpir.

-La vida les encaja a mis padres,- continuó.- Creo que son más felices teniendo su propio lugar, algo por lo que trabajaron para construir. Puede que no sea un rival para el palacio en gloria y confort, pero ellos se tienen el uno al otro.

-Y el control sobre sus propios destinos.- ella no pudo mantener el anhelo fuera de su tono de voz.

-Exactamente.- dijo él.- Creo que era por eso que se querían ir. Nunca regresarán. No estoy seguro de que, incluso, puedan ser convencidos a hacer una visita.

Eso la sorprendió.

-¿Ni siquiera para ver a la familia? ¿No crees que tu padre vuelva a visitar a tu tío otra vez?

-Supongo que mi padre piensa que el tío Henry es capaz de ir a verlo y dudo de que alguna vez se le ocurra a él viajar a la frontera.

Aurelia se sonrojó. Suponía que Robert tenía razón. Viajar sin carreteras era muy difícil y muy poco poblado para asegurar la seguridad del viajero perdido y cansado. Nadie que la conociese consideraría el viaje a menos que él o ella tuvieran planes de vivir allí. Nunca se le había ocurrido que las personas en la frontera pudiesen sentirse igual de reacios a hacer el mismo viaje al revés.

-Pero tú viniste.- dijo ella.

-Sí.- La respuesta recortada indicaba que no iba a dar más detalles sobre eso.

-¿Crees que querrás quedarte ahí? En la frontera, quiero decir.

-No lo sé. ¿Cómo sé yo si ahí es donde de verdad quiero vivir cuando

hay tantos lugares a los que no he ido?

La envidia se congeló en su interior. Se podía imaginar en sus venas un ácido verde, morado y feo apretando su corazón y sus pulmones.

No lo hagas, pensó ella, intentándolo empujar. No piensas en las cosas que no puedes tener. Eso sólo te hará miserable.

-Entonces, ¿te gustaría viajar?

-Si puedo encontrar la manera de vivir de eso por un tiempo,- él sonrió con ironía.- No estoy dispuesto a ser un soldado y no puedo imaginarme siendo un vendedor ambulante viendo que no me gusta pedirle a nadie una moneda por sus esfuerzos.

Ellos se quedaron en silencio y Robert inclinó su cabeza hacia atrás, hacia el cielo nublado.

-Eso no lo extraño.- dijo suavemente y ella sospechó que las palabras eran más para él que para ella.

-¿Qué?

Él se tomó un momento para responder.

-El cielo aquí siempre está cubierto, como si no pudiera dejar salir al sol una vez más.

-Ya es pasada la medianoche.- observó ella, confundida.- De todas maneras, no habría luz solar.

-Cierto, pero en la frontera hay suficientes estrellas para restringir un alma rota.- él dejó caer de nuevo su mirada sobre ella.- Debe de sonar tonto para ti, estando acostumbrada a esto, pero las nubes me hacen sentir encerrado ahora. Echo de menos ver el cielo y la sensación del espacio que tengo ahí fuera.

-Desearía poder verlo.

Sus palabras parecieron sorprenderlo, sacándolo de su ensimismamiento.

-Entonces, ¿por qué no vas? Todo estará bajo tu liderazgo algún día. ¿No deberías averiguarlo?

-Sí, debería.-las palabras salieron entrecortadas y duras. ¿Debía mencionar todo sus fracasos en una noche?- ¡La vida no es siempre como la imaginaste, Robert!- ella pasó junto a él, caminando a través del puente.

Él se movió para seguirla, pero ella se volteó hacia él, su alma extendida ordenándole que se detuviera. Algo debería haberlo convencido de obedecer. Se volvió hacia la barandilla, mirando a las aguas sin voz de río. Ella lo dejó ahí y cruzó el puente hacia la noche, permitiéndole a su ira y frustración derramarse en la noche, donde

podrían arder sin quemar a nadie más.

Robert permaneció en la barandilla menos de un minuto, dándole tiempo a Aurelia para bajar el puente, aunque sin perderla de vista. Obviamente, estaba peor de lo que ella aparentaba, Sabía que él era capaz de incendiar su temperamento, pero había estado molestándola toda la noche sin ganar más de un rayo de su temperamento. Esta vez él no había estado molestándola para nada, sólo haciéndole una simple pregunta.

Si él esperaba hasta que se calmase, ella podría decirle algo; pero la oportunidad se había ido por esa noche, la cómoda conversación se diseminó como restos del carnaval en el suelo. Además, ¿realmente quería ser el confidente de Aurelia? La parte de su vida manejando los problemas de la aristocracia ya había pasado. No quería involucrarse en los problemas menores de la princesa. Su trabajo era hacerle frente al principal.

El recuerdo del intento de envenenamiento de la noche anterior pasó por su mente. No podía dejarla caminar sola, no importaba cuán molesta estuviera con él. Impulsándose de la barandilla del puente, empezó a caminar tras ella mientras ella hacia su camino en la curva del borde opuesto de la carretera.

Acaba de cruzar hacia el mismo lado cuando un sonido de gritos llamó su atención. ¿Caballos? Robert levantó la cabeza con asombro, buscando la fuente. Era el mismo sonido que el que los potros hacían en la frontera cuando venía una fuerte tormenta. ¿Qué debajo de las nubes...?

En ese momento, los inquietos caballos se deslizaron por la esquina, seis de ellos tirando de un carruaje. La luz brilló en varios pares de ojos. Piedras rotas rebotaban hacia afuera de las chirriantes ruedas y un hombre sentado inmóvil en el asiento del conductor. El carruaje, los caballos y las ropas del hombre eran negras, perdiéndose en el manto de la noche. Robert observó la escena, llegando más allá de su temor para registrar los detalles más finos incluso mientras su cuerpo rompía en movimiento.

Aurelia ya se había girado y estaba corriendo hacia él. Lo que pasó después era instintivo. Él la agarró de la mano, arrastrándola hacia la orilla del acantilado. En algún lado de su mente registró que los caballos también se estaban saliendo de la carretera, viniendo tras ellos. En rápidos movimientos, montó a Aurelia sobre el banco. La vio asegurar su agarre y se deslizó por el borde.

Los caballos líderes se levantaron, gritando tan agudamente como para congelar las venas. Los cascos golpearon la tierra, enviando unas cascadas de pequeñas piedras sobre los dos humanos que colgaban del acantilado. Robert cerró sus ojos y presionó la cara

Aurelia

Anne Osterlund

cerca de la tierra. La tierra quemaba sus pulmones, pero él se mantuvo en su posición hasta que el bombardeo cesó.

Cuando abrió sus ojos, los caballos se habían ido. Se giró inmediatamente hacia la presencia a su derecha. El pecho de Aurelia caía y subía con el suyo. Su respiración era muy áspera y sus dedos se aferraban a la orilla rocosa tanto como los suyos. Todavía estaba viva. Pero el miedo en golpes a través de su cuerpo era demasiado abrumador, no había lugar para una sensación de alivio.

Capítulo 4

Carne de caballo

Robert caminaba dando vueltas por el práctico patio de arena, sus botas trazaban y volvían a trazar sobre sus propios pasos. Frunció el ceño ante las nubes grises que bloqueaban la mayor parte de luz de la mañana, aunque, al menos, aquí había espacio para pensar. Las visiones del ataque del coche había inundado su mente desde que había trepado la orilla del río la noche anterior, al lado de Aurelia.

Un equipo de seis caballos. Todos negros, pero sin ser iguales. Su padre le había enseñado que nada era idéntico. Un espía debe mirar más allá de las similitudes. Los detalles y las diferencias, eran las claves para la identificación. No había un cuchillo, ni una espada, ni un transporte que fuese exactamente igual a otro.

Robert había tomado nota de la altura, el peso aproximado y el estilo del coche. Al ritmo que había estado viajando, era lo suficientemente grande como para invadir otro vehículo en la carretera. Se podría seguir la pista al carruaje o a su fabricante, pero Robert no había visto la cresta o los signos distintivos. Pero esperaba que si veía el vehículo exacto, pudiese identificarlo. Sin embargo, dudaba de que el transporte fuera el mejor lugar para concentrar su atención.

Iba a tener más suerte con el seguimiento de los caballos. Seis negros. Robert había pasado los últimos cuatro años trabajando con los caballos en la granja. Amaba su personalidad, había pasado horas estudiando sus rasgos y aprendiendo a apreciar a cada uno individualmente. Cuando el carruaje estuvo a la vista, la atención de Robert se había centrado en los caballos. La pareja que los encabezaba era grande, uno con una cicatriz debajo de la rodilla, el

otro con un largo cuello y abundante pelaje. Sólo alcanzó a ver un poco a los cuatro restantes, pero había sido suficiente para reconocer dos yeguas en la parte trasera y dos sementales, más pequeños que los que dirigían el carruaje, en el centro. La yegua del lado derecho tenía una raya blanca en su melena. Alguien había trabajado duro para juntar ese equipo. Los caballos habían corrido a toda velocidad hacia Aurelia y Robert, olvidándose de la proximidad del acantilado. Ningún animal correría voluntariamente ese peligro, aunque, aparentemente, el conducto hubiera perdido el control.

Los caballos habían estado siguiendo instrucciones, obedientes hasta el punto de ponerse en peligro a sí mismos. Era un equipo terriblemente bien entrenado. Robert encontraría a todos los caballos juntos. Y si estaban juntos, él estaba seguro de que podría identificarlos.

También pensaba que podría reconocer al semental de la cicatriz, incluso sin la compañía de los otros caballos. Había llevado el mando y parecía ir deliberadamente a por Robert y Aurelia. Un escalofrío recorrió su cuerpo. No podía evitar la fría sensación de que el caballo ya había hecho eso antes, atacar y pisotear la vida de su víctima. Había conocido a muchos caballos durante su vida: amigables, amables, tímidos, arrogantes, orgullosos y salvajes, pero nunca antes había visto a uno que fuera cruel. Eso era el caballo que había estado a punto de alcanzarle anoche. Lo reconocería si lo veía de nuevo.

Y él sabía que un caballo y un equipo como ese podrían ser reconocidos por alguien con experiencia en los caballos.

¿Quién de aquí podría? Por supuesto, no era el mozo de cuadra, porque preguntar en el palacio sería arriesgado. Fuera de Chris, tío Henry y el rey, nadie sabía en el palacio el propósito real por el que Robert estaba allí. Una cuestión principal en el barrio equivocado y su secreto podría salpicar como el agua para lavar.

No, él no podría pedírselo al padre de Daria. Robert necesitaba a alguien en la ciudad, alguien que tuviera acceso a las casas de los ricos y a sus caballos. Se lo podría pedir a Chris, pero él nunca se había preocupado demasiado por los caballos. Y Robert dudaba de que su primo estuviera aún despierto tan tarde después de la noche de carnaval.

-Su Alteza Real, la Princesa Aurelia, desea verle, señor.- una voz femenina rompió sus pensamientos.

Robert se estremeció, sorprendido por la presencia de una criada joven de pie, a menos de diez metros delante de él. Sus ojos marrones miraban a través de él como si pudieran leer sus pensamientos.

-¿Sucede algo? - preguntó, preocupado porque Aurelia se hubiera

dado cuenta de que el accidente de transporte no fue en realidad un accidente.

-El médico real ha restringido a su Alteza a sus habitaciones durante todo el día y ella está en busca de entretenimiento.

Robert alzó las cejas. En verdad, no tenía la intención de pasar el día en la habitación de Aurelia. Tenía que encontrar a los caballos.

Por otra parte, tenía que admitir que la quería ver, ver por sí mismo que aún estaba viva esa mañana, sin cambios. Había estado apurado la noche anterior por volver al palacio, tenía demasiada prisa como para consolarla, pero él sospechaba que debajo de su urgencia había tenido miedo.

Él asintió y buscó su levita.

-Supongo que puedo verla unos minutos.

-Venid conmigo, señor.- La muchacha lo llevó a través de una puerta tallada y por la larga vía forma hacia las salas de Aurelia.

El viaje parecía durar una eternidad. Pasaron a multitud de hombres y mujeres que se detenían para ofrecer un saludo. Robert trataba de identificar el rango de cada persona, sus ojos buscaban los emblemas, las cintas y la ropa que le dirían la respuesta correcta. Se puso a recordar los títulos y las formas de dirección, al mismo tiempo que tenía miedo de ofender a alguien. No era de extrañar que Aurelia hubiera preferido viajar disfrazada la noche anterior.

Y, ahora, Robert se quedó con la culpa de haber colaborado en la aventura secreta.

Nada sobre el ataque de la noche anterior tenía sentido. ¿Cómo había sido reconocida? Había sobreestimado la fuerza de su disfraz.

Debería haber informado a la seguridad del palacio.

Debería haber advertido a su tío.

Tendría que haber... el ruido de los nudillos de la criada en la puerta del cuarto privado de Aurelia contuvo su auto-infligida flagelación. Había pasado por la "sala de princesas" sin ni siquiera darse cuenta.

-Mi señora, regresé con Robert Vantage.- Dijo la muchacha.

-¡Adelante!- exclamó Aurelia, viendo, al instante, cómo Robert entraba en la sala de estar.

Entró y dejó que su energía se deslizara como su tío le había dicho. Sus diversos intentos de hablar con su padre sobre el accidente de la noche anterior habían provocado una escasez de respuestas, un exceso de preocupación y, después, su confinamiento en el nombre de una buena salud. Se la mantenía fuera de la investigación por alguna razón y Robert debía saber más que ella.

Sus ojos azules la estudiaron con intensidad.

-¿Estás bien?- preguntó.

A ella le vino de forma repentina a la mente las fuertes manos de él levantándola desde el acantilado y tirándola hacia él.

Un calor natural se precipitó hacia sus mejillas.

Trató de deshacerse de la idea señalando, dramáticamente, la mesa para que se sentara en una silla vacía.

-¿Te importaría ponerme a prueba?- levantó una baraja de cartas con dibujos azules sobre la superficie de la mesa de juego y la barajó.

Él se deslizó sobre la dorada silla vacía.

-Mantenga su ingenio en usted, señor,- oyó murmurar a la criada.- He oído que su Alteza nunca pierde en un juego de cartas a propósito.

-Tendré eso en mente.- respondió Robert.

Aurelia repartió las cartas. Entonces, con la esperanza de que pudiera bajar la guardia, facilitó la conversación sin problemas hacia el tema de los caballos. Un breve resumen de las experiencias ecuestres recientes de Robert se convirtió en un camino sinuoso hacia la cría de caballos, las técnicas de formación y la relación entre caballo y jinete.

Con el tiempo, tuvo que admitir su sorpresa por su experiencia con los caballos y las cartas, ya que le había derrotado en tres manos directamente con corazones dobles.

Ella usó el cumplido como una oportunidad para lanzar su interrogatorio.

-Pensé que estaba familiarizada con los equipos más fuertes de la ciudad, pero no conocía al que nos topamos la noche anterior. Dime, Robert, ¿qué se sabe acerca del carruaje? ¿Ha sido identificado el conductor?- le miró para medir su reacción.

Robert, torpemente, se encogió de hombros mientras una carta de diamantes caía bocarriba sobre la mesa.

-¿Por qué lo tendría que saber?

Ella le dedicó una mirada penetrante.

-Porque tu tío es el asesor del rey, tu padre era un espía y tú estabas allí anoche. No me digas que no has preguntado.- se deshizo de una tarjeta.- ¿Qué dijo Chris?

-Dudo que Chris vaya a decir nada durante unas cuantas horas. Todavía está dormido.

La mentira era tan inesperada que Aurelia no tenía ni idea de cómo reaccionar. Es cierto que ella temía que Henry le hubiera dicho a su

sobrino que no discutiera el accidente con ella hasta que la investigación estuviera completa, pero ¿por qué Robert mentía en algo tan trivial como el paradero de Chris? Sin embargo, era una mentira. Había visto a Chris por la mañana, riendo con Tedasa en la sala.

-¿Dormido?- le dio a Robert la oportunidad de corregirse.

-Como un gallo borracho.

- No hagas juegos verbales conmigo.- aporreó otra carta más sobre la mesa.- Ese conductor en el camino de la noche anterior dio la vuelta de una manera imprudente. Él o ella deberían de haber denunciado el incidente a las autoridades.

Robert cogió la tarjeta con una dolorosa lentitud y comenzó una nueva ronda.

-Pienso lo mismo, pero nada se ha divulgado. Aparentemente, el conductor no quiso ser identificado.

La duda agujereó a través de su pecho. Si Robert la había mentido acerca de Chris, podría estar mintiendo en ese momento.

-Entonces, tenemos que ver dónde se encuentra el conductor.- replicó ella.- No se le debe permitir poner en peligro otras vidas.

-Estoy de acuerdo. Sin embargo, dudo que los guardias del palacio tengan el tiempo suficiente para investigar la desaparición de un conductor de transporte imprudente. Tal vez, yo mismo debería preguntar en la ciudad. Creo que podría describir a los caballos lo suficientemente bien como para que alguien que los conozca pudiera reconocerlos.

-Supongo que sería un buen comienzo.- reconoció a regañadientes.

-¿No conoces a nadie en la ciudad que pudiera ser un buen jinete o amazona para que le pueda preguntar?- probó Robert.- ¿Tal vez alguien familiarizado con las clases altas, así como los caballos que entran y salen de las puertas de la ciudad?

Ella fracasó al no poder llegar a encontrar un motivo oculto detrás de su oferta.

-Hay varias personas.-dijo finalmente, luego le dio la mejor sugerencia que podía.- Pero me gustaría empezar con el padre de Drew Fielding. Daria le pide asesoramiento para la caría y sé que asesora a muchas familias de clase alta en busca de equipos fuertes. Dirige la gama de carne de caballo. Pasa mucho tiempo desplumando a los comuneros en el hipódromo de la ciudad, también. Y, probablemente, quisiera hablar contigo de todos modos. Le gusta oír hablar de la cría de caballos en otras regiones del reino.

El reloj dio las once y Robert se puso de pie.

-Escucha, si voy a buscar a ese tal Fielding, tendré que irme.-puso la carta de triunfo en la mesa. Un as de corazones.

Ella le miraba, aturdida, incapaz de librarse de la sensación de que había ganado más que el juego.

Veinte minutos más tarde, un plebeyo salió por las puertas del palacio.

Por lo menos estaba vestido como tal. Llevaba una cómoda chaqueta encima de su propia camisa y pantalones de cuero. Robert guió a su personal de montaje por un camino de tierra, bordeando la mitad occidental de la ciudad de Tyralt. De acuerdo con su charlatán mozo de cuadra, era el lugar de las ferias de caballos y Robert asumió que Fielding estaría allí.

El recinto ferial se encontraba en la esquina noreste de la ciudad, no lejos de la puerta principal.

Robert podría haber caminado hacia allí tan rápido como podía montar alrededor de la circunferencia de la ciudad, pero prefirió evitar el tráfico de los vagones de carga y de los carruajes que abarrotaban la carretera principal.

El famoso muro de Tyralian se levantaba a su izquierda, sus capaz de protección de la piedra llegaban tan arriba como la torre del palacio. El muro pasaba por detrás del palacio, trazaba su camino cuesta abajo y, alrededor de la parte frontal de la ciudad, desaparecía junto a las aguas de la bahía y volvía a subir la colina para completar el círculo. Los campesinos de Tyralian habían construido el muro hacía más de quinientos años y Robert se compadeció de los ejércitos invasores que se habían roto a sí mismos y sus armas sobre la impenetrable piedra.

Su caballo, Horizon, se echó a galope al borde del muro y Robert permitió a su caballo de tres años de edad que disfrutara de la carrera por la ladera donde había menos gente antes de llevarle a una caminata a paso ligero más segura por el borde del mercado. El poderoso caballo frenó a regañadientes y Robert mantuvo un firme control durante los siguientes cien pies. Horizon no se oponía a depositar a su jinete en el suelo cuando le obligaban a hacer algo desagradable.

Finalmente, el mercado dio paso a los edificios multifamiliares. Caras sombrías miraban desde las escaleras desvencijadas y vitrales. Robert guiaba a Horizon cerca de la pared de Tyralian con la esperanza de evitar el empinado montón de basura o las cuñas vaciadas. Carros rotos y pedazos de vagón llenaban los pasillos y todo estaba manchado de tierra, incluso la ropa mojada que

conectaba cada fila de edificios con la siguiente.

-Disculpe, señor, ¿tiene una moneda de sobra?- Un niño harapiento extendió una mano hacia Horizon. El caballo retrocedió y Robert se inclinó hacia delante para presionar unas monedas en la sucia palma de la mano.

Una inundación repentina de cuerpos flacos con las manos extendidas apareció desde detrás de las esquinas y de las puertas. Los niños le rodeaban, presionando, sin tener en cuenta su propia seguridad frente a las afiladas pezuñas del caballo. Robert luchaba por calmar a su caballo mientras agudas voces planteaban sus motivos de mendicidad.

-¡Una de cobre! ¡De cobre!

-Para mi familia, señor.

-Para mi hermanita hambrienta.

-Por favor, señor.

-¡Por favor, por favor!

Él se despojó de su bolsillo y les gritó una advertencia a los niños antes de instar a Horizon hacia delante.

Robert se sintió agradecido cuando las posadas y tabernas, cerca de la puerta principal, sustituyeron a las viviendas. Había visto la pobreza antes. Nadie en la frontera tenía muchos bienes materiales, pero aquí estaba la pobreza en estado puro, la vida de los pobres de a pie en un agudo contraste con los de la cercana aristocracia.

Horizon silbó con entusiasmo al pasar los establos de la ciudad y se acercó a la Feria del Caballo.

Una acordonada frontera quedó a la vista y Robert desmontó, acortando las riendas.

No tenía la intención de proporcionar a un ladrón de caballos con el levantamiento de toda una vida.

Robert descendió en el cambiante mar de la feria empujando con los codos y pisando fuerte con las botas. Engatusantes voces de comerciantes de caballos se deslizaban en las preguntas exigentes de los compradores potenciales. Los precios oscilaban como péndulos muertos, la distancia entre ambos extremos se estrechaba hacia el centro. Los niños sin freno crecían salvajes con el abandono de sus padres, se golpeaban los unos a los otros, inclinándose peligrosamente por igual bajo los caballos y seres humanos, a continuación, saltaban hacia arriba el tiempo suficiente para detectar a sus compañeros, depredadores y presas. Cubiertos sobre todo por el olor húmedo de la paja, el estiércol y la carne de caballo.

Robert se esforzó por identificar a un caballo que mereciera la atención de un genuino caballero. Filtrándose a través de decenas de envases y caballos en venta, se centró en un equipo completo atado a un poste único. Esto, al menos, era un buen lugar por el que empezar.

Pasando junto a un anciano inundado con preguntas de los clientes interesados, Robert se acercó a una chica flaca de pie en el fondo. El vestido de la niña estaba manchado de tierra y los zapatos cubiertos de estiércol, pero su cabeza estaba hacia arriba y los ojos vigilantes. Le había visto aproximarse antes de que él abriera la boca y ella le miró como si pensara que podría estar planeando acusarla de robo.

-Disculpe, señorita.- Le dijo.- ¿Podría decirme dónde podría encontrar a un hombre llamado Drew Fielding?

-¿Drew?- ella arqueó una ceja.- Bueno, no le hemos visto mucho esta mañana, pero no debería ser difícil de encontrar. No se mezcla con la multitud, ¿verdad?- sus ojos bailaban.

-¿No lo hace?- el comentario despertó la curiosidad de Robert.- Me temo que no le conozco. ¿En qué destaca?

La muchacha sonrió descaradamente.

-Bueno, sino le ha conocido, no sirve de mucho que le explique. Está frente a la tienda de ciruelas, en el centro del campo.- hizo un gesto hacia una tienda púrpura y brillante a unos cien metros detrás de ella.- Lleva un sombrero negro con una pluma roja. Debería de ser suficiente información para que pueda encontrarlo.

Con un agradecimiento por su ayuda y un renovado sentido de la curiosidad, Robert se hundió entre la multitud.

Salió lo suficientemente cerca de la tienda púrpura como para ver un desigual grupo reunido alrededor de una mesa. A un lado de la mesa, seis o siete personas recolectaban monedas y anotaban la información de la multitud que había al otro lado. Un centro de juegos de azar, sentenció Robert.

La vista de un miembro de la multitud arrancó todos los otros pensamientos de su mente. La cabeza del hombre se alzaba de ocho a diez pulgadas por encima de la multitud y sobre ella descansaba un sombrero negro, pícaro, agraciado con una pluma roja ostentosa. Ése, entonces, debía de ser Fielding.

Robert tuvo que reír al pensar en el comentario burlón que la chica había hecho sobre que ese hombre no se mezclaba con la gente. Ciertamente no lo hacía.

De hecho, se parecía mucho a la impresión que tenía Robert en su infancia de un caballero pirata. Su piel era negra como el carbón y brillaba, destacando por encima de una camisa de seda, un chaleco

ajustado y pantalones leonados. Con la excepción de un par de botas manchadas de hierba, el traje brillaba impecable a pesar del caótico entorno. Atado firmemente a la espalda, el cabello oscuro del hombre colgaba por debajo de los hombros y un único pendiente de rubí brillaba en su oreja izquierda.

Robert se encontraba concediendo una nueva ronda a Aurelia. Ya que ella podría haber mencionado que el hombre se encontraba fuera de la población general como un ave del paraíso en un campo de margaritas.

De repente, el jinete extravagante apareció al lado de Robert, o, más bien, apareció directamente frente a Horizon. Los ojos del hombre evaluaron al semental, deslizándose por la negra crin, a la deriva a lo largo del brillante cuello rojo, deteniéndose en el pecho de gran alcance y en los músculos de sus hombros, deslizándose por los suaves antebrazos sobre las negras patas.

-Yo diría, joven, fresco de la frontera, ¿eh?- dijo Fielding.

Robert se irritó por el apodo, pero adoptó un ligero acento de la frontera y respondió.

-Suficientemente fresco.- el jinete no podía ser ni quince años mayor que él.

-Interesante montura la que tienes aquí. ¿Pensando en comerciar con él por algo mejor?

No te gustaría.

-De hecho, he visto un semental interesante. Pensé que, tal vez, alguien aquí me podría dirigir a su propietario.

La cabeza de Fielding espetó.

-Alguien como yo, ¿verdad? Y que pensaba que era el que había empezado esta conversación...

-Uhhh...- respondió Robert.- Pensé que un buen caballo era lo único que podía comenzar una conversación con un jinete.

La mirada cautelosa desapareció de los ojos del otro hombre y una estruendosa carcajada salió fuera de sus pulmones. En el hombro de Robert, Horizon resopló en respuesta y dio un paso hacia atrás. Fielding dio un paso hacia delante, manteniendo su distancia con el semental.

-Ahora, eso es una verdad que no puedo negar.- Captó la mirada del caballo.- Usted es el que ha iniciado esta conversación.

Sin romper con la mirada de Horizon, habló de nuevo con Robert.

-Muy bien, muchacho, te dirigiré al semental que ha capturado tu interés a cambio de que me des un poco de información acerca de tu

montura. ¿Qué dices?

-Muy bien.

-No aquí, sin embargo.- señaló con un gesto hacia la izquierda.- He estado el tiempo suficiente en este entorno lleno de gente. Vamos a tomar una copa a mi tienda y así compartimos nuestra información en un lugar más cómodo.

Robert miró vacilante a Horizon.

-Yo no me voy solo, ni le dejo a cargo de ninguna persona respetable.

Dio una palmada en la espalda de Robert.

-No puedo decir que te culpe, muchacho. Tengo que admitir que yo estaría tentado de hacer lo mismo con él. Si quieres controlarle, llévalo a la tienda de la derecha contigo. Es lo suficientemente grande y no podemos excluirle de la conversación de todos modos, ¿verdad?

La ruidosa muchedumbre se separó como por arte de magia cuando Fielding se abrió paso hacia la tienda de lona blanca apoyada en diez palos de pie. La lona cubría el suelo en tres lados y medio, con una esquina levantada para proporcionar una puerta.

Horizon se opuso a entrar por la puerta de la tienda. Los músculos de su poderoso pecho se alzaron por encima de la cabeza de Robert cuando el caballo relinchó, amenazando toda la estructura. Drew se dispuso a ayudar, pero Robert le detuvo.

-Mantente alejado. No confía en los extraños.- cuando el caballo se dejó caer, Robert tomó el lado de la rienda y miró a su montura. El insolente caballo hizo todo el camino a través de la multitud, pero eligió ese momento para atraer la atención.

Confiando en que Horizon hubiese terminado con su pequeña pataleta, Robert le guió al páramo casi estéril. Varias sillas de madera dobladas se apoyaban en el lado de la puerta y un cuadro pintado de blanco, había dos metros de altura en el centro de la carpa, como un monumento de marfil.

Fielding creó su propia silla en un lado de la caja y le indicó a Robert que hiciera lo mismo. No lo demasiado caballeros como para hacer su propio trabajo y no lo suficiente caballeroso como para hacer el trabajo de los demás.

Mientras Robert luchaba para encontrar una superficie lisa para su propia silla, su anfitrión puso una mano en la caja y sacó una botella de vino blanco barato.

Robert movió la cabeza.

El hombre llegó de nuevo y sacó una botella de Favinoit. Robert luchó por no sonreír. Drew puso un vaso delante de su invitado.

-No, gracias.- dijo Robert, plenamente consciente de que estaba rechazando el mejor vino del reino.- Es muy temprano para mí.- no bebía alcohol, pero consideraba que esa respuesta obtendría menos comentarios.

Fielding arqueó una ceja, pero puso el vaso más lejos e hizo un gesto hacia Horizon.

-Pues bien, muchacho, a nuestro debate. ¿Dónde encontraste esta obra maestra de temperamento?

-Lo crié yo mismo, en la frontera.

Robert lanzó su propia pregunta sin hacer una pausa.

-Estoy buscando un caballo negro y grande, lo vi dirigiendo equipo de seis.- dejando de lado todas las circunstancias de su observación, pasó a describir el semental de la cicatriz, los otros miembros del equipo y el transporte.- Parecía que el semental haría cualquier cosa por su chofer.- dijo Robert.- Poner en peligro su vida cargando hasta el borde de un precipicio, sólo cambiando de dirección en el último momento.

A lo largo de la explicación, Drew permaneció en silencio, sentado en la silla.

Ahora empujó la silla hacia tras, lejos de Robert.

-Te diste cuenta de eso, ¿verdad?- dijo Drew.- ¿Y de que la devoción al conductor es lo que atraía a ese caballo?- tomó una respiración profunda.- Bueno, muchacho, te puedo decir aquí y ahora que no vamos a hablar del propietario de ese semental. Puede sonar duro, pero hay más de un buen caballo que es obediente. Si piensas que la obediencia sin sentido común hacer que sea una buena montura, nunca serás un buen jinete.

Haciendo caso omiso del comentario, Robert le incitó:

-¿Cómo puedes estar tan seguro de que no puedo obtener el caballo si no sabes quién es el dueño?

-Un momento.- el anciano se echó hacia atrás, apoyando sus botas contra el cuadro blanco.- Yo no he dicho que no conociera al propietario. Es porque sé quién es por lo que te dije eso. Este equipo pertenece a la propia cuadra de la reina. No la del palacio, sino la de sus establos personales de Midbury. Nadie más que la propia reina selecciona esos caballos.

iCrash!

Un estruendoso ruido cortó a través de la tienda. Drew y Robert se pusieron en pie, dando vueltas para hacer frente a la entrada. Dispersas a los pies del poste de la tienda, estaban el resto de sillas plegables que habían caído de su lugar. De pie, encima de ellos y en

la puerta abierta, estaba Aurelia Lauzon, princesa de Tyralt, con la cara vacía de color a excepción de la franja de una vena roja abultada que iba desde la mandíbula hasta la clavícula.

Capítulo 5

Honestidad.

El equipo pertenece a los propios establos de la reina.

Estas palabras se repetían en la cabeza de Aurelia, penetrando en sus pensamientos, su consciencia, su propio control. Era algo siniestro sobre el equipo. No podía sacarse de la cabeza la imagen de esos grandes y negros pechos y esos fuertes latidos de las patas. Nadie excepto la misma reina selecciona esos caballos.

-¿Aurelia?- dijo Robert.

-Bueno, si esto no es Su majestad en persona o algo disfrazado.- retumbó Drew, refiriéndose al gorro blanco, la ancha camiseta y los gastados pantalones que adornaban su cuerpo.

Robert la miró largamente como si estuviera en shock. Sin duda era él, pero estaba claramente impactado en comparación con ella. Ella se había intentado convencer de que su mentira sobre Chris no era importante; pero ahora lo vio como lo que realmente era, un pequeño desliz en un intento de ocultar la verdadera realidad, que el accidente no había sido un accidente. Su instinto estaba en lo correcto. Los caballos habían sido cargados. Y esos caballos pertenecían a la reina. Aurelia no pudo dar con las consecuencias, no mientras Robert estaba mirándola. Ella se dio la vuelta y huyó.

-¡Aurelia, espera!- pudo escuchar a Robert yendo tras ella.- ¡Espera!

Su ágil cuerpo se deslizó entre la multitud, y se aprovechó del caos que llenaba el corredor. Esquivando los abrevaderos de agua, fardos de heno fresco, suministros de picnic, ella zigzagueó entre la feria. En dos ocasiones pensó que lo había perdido, sólo para encontrarse con su oscura cabeza entre la multitud.

Tal vez él la dejase en la maraña de calles laterales. Se deshizo de la

multitud, evadió el obstáculo que suponía la escalera de cuerda y se precipitó hacia el callejón, donde su estrategia se deshizo.

Una vez estuvo libre de la multitud, la velocidad y resistencia de Robert se convirtieron en un factor. El ruido sordo de sus pasos aceleró y, pasados cinco edificios, una mano fuerte agarró con fuerza su brazo izquierdo y la detuvo. Ella luchó por un segundo, después se rindió y apoyó las manos sobre sus caderas.

Por unos minutos ellos simplemente respiraron, sus ojos midiéndose mutuamente, ella luchó por mantener constancia de sus sentidos.

-Muy bien, me has detenido. Ahora habla.- él era el único que debía tener algo que decir. No sólo le había mentado, pero juzgando por lo que había oído, también había mentado a Drew.

Robert miró hacia la calle vacía, como si buscara una respuesta, después preguntó lo obvio con voz controlada.

-Quiero saber por qué te fuiste corriendo ahora.- aún esquivando la verdad.

Bueno, él no se debería haber tomado la molestia de ir tras ella, entonces.

-¿Y pensaste en perseguirme calle abajo y detenerme para podértelo explicar?-gruñó ella.

Dando patadas a un trozo de cristal roto, él se encontró con su mirada.

-Soy más paciente que tú, Aurelia. Puedo esperar aquí todo el día.

El comentario la picó. Él esperaría allí, pretendiendo ser el único que no sabía lo que estaba pasando. Ella iba y venía sobre el empedrado, las emociones debatiéndose en su pecho. Muy bien, entonces. Si él insistía en exponer lo obvio, ella también podía.

-Corrí porque estaba enfadada.

Él esperó.

Ella tomó aire sonoramente.

-Contigo.

-¿Sólo conmigo?

Otra respiración. La frialdad de su pregunta era enloquecedora.

-No lo sé. Quizás algún día te decidas a decírmelo.- la acusación se deslizó en el tenso aire.

Por un momento, su rostro parpadeó como si estuviera perdiendo su sentido del control, pero las palabras que salieron de su boca emanaban una exasperante tranquilidad.

-Vamos a repasar nuestro día. Te vi esta mañana. Hablamos. Me dijiste que le preguntara a Drew Fielding sobre los caballos. Busqué al Sr. Fielding. Llegaste, escuchaste algunos comentarios, y te lanzaste hacia la feria por los callejones.- él esperó de nuevo.

¿Cómo se atrevía a tratarla con condescendencia?

-¿Por qué no lo intentas de nuevo? Tal vez consigas tu meta de hacerme sonar como el problema.- todavía él no dijo nada. Ella se dio la vuelta y comenzó a caminar.- Avísame cuando tengas ganas de decir la verdad. De lo contrario, disfruta de tu estancia en la capital.

Al principio, caminó lentamente, intentando hacer lo mejor posible para mantener un aura de calma, con la esperanza de que él la detuviera y admitiese que había mentido. Que se disculpara y le dijese lo que realmente sabía sobre la pasada noche.

Pero no lo hizo. Y la decepción y la ira por el sentimiento de decepción fueron demasiado. Se puso en marcha, golpeándose en las esquinas poco iluminadas y bajando por las calles húmedas. Tabernas y posadas pasaban a su lado, un fuerte olor a alcohol emanaba de ellas. La superficie irregular de las calles puso en tela de juicio la fuerza de sus tobillos y los ásperos bordes del empedrado se clavaban en su calzado de cuero.

Un irregular dolor en su costado la hizo frenar. Su vuelo anterior la había costado. No debería ponerse a correr. Por otro lado, no debía esconderse y disfrazarse. Era la futura gobernadora de la ciudad. Ella era libre para pasear por sus calles cada vez que quisiera. Aurelia le dio una patada a una piedra rota en el arrollo y la vio deslizarse sobre los agujeros de la rejilla antes de caer en picado en la alcantarilla.

¿Y ahora? No era el palacio. No era la prisión dorada de su madrastra, con su barrera tapizada y sus cerraduras de filigrana. El muelle parecía el refugio ideal, su puerto lleno de barcos listos para partir a tierras exóticas, tales como los reinos exteriores. Al pensar, si viajaba a escondidas en uno de esos casos, ella podría poner pie en un país extranjero. El atractivo del agua tiraba de ella como un gancho atrapado en el tejido de su pecho. Sus pasos aceleraron y levantó la cabeza.

Lejos. Ella debía salir de su asfixiante vida, la presión por casarse, y la gente en la que no podía confiar. Cada vez que pensaba que podía confiar en alguien...

Aurelia desechó ese pensamiento y el dolor que venía con él. Debía escapar.

Robert quería saltar tras ella, decirle que no iba a ganar por irse. Pero la verdad le ató al callejón. Claramente, ella sabía que le había estado ocultando información, y todo lo que ella sabía era que había un largo camino hacia toda la verdad. Sí la detengo, ¿qué podría decirle?

Había sido ordenado de no informarla de la trama del asesinato. Ordenado por el rey. ¡Por el rey!

Su ira no le molestó, pero sí el daño que vio en su rostro. Esa misma mirada se había apoderado de él antes, en la tienda. No estaba seguro de si podía o no... de si debía o no... ¡Maldición! De repente, no sabía nada.

Entonces, un escalofrío le recorrió el cuerpo. Mientras él había estado de pie, pensando en su reacción ante el argumento, ella se había perdido entre las calles de la ciudad sola, sola en una ciudad en la que casi había perdido la vida la noche anterior.

Corrió hacia el final del callejón. Paredes libres y extraños arrastrando los pies se encontraron con su mirada. La búsqueda al azar sería una estupidez. Él no tenía ni idea de por dónde empezar a buscarla y ella no quería ser encontrada, al menos no por él. Teniendo la esperanza que ella no estuviese tan bien disfrazada como creía, se lanzó de nuevo hacia el recinto ferial, en dirección a la tienda de Fielding.

El jinete le estaba esperando, o mejor dicho, estaba en su tienda, hablando con un semental inquieto de la bahía. Horizon resopló cuando la cabeza de Robert pasó por debajo de la pesada tela que hacía de puerta. Drew se incorporó hasta su altura.

-Cuando te invité a entrar aquí, muchacho, no sabía que estaba firmando para ver un caballo.

Robert se encogió de hombros.

-Mis disculpas.- supo que las esperanzas de pasar desapercibido ante ese hombre fueron destruidas. Aurelia confiaba en Drew. Eso estaba claro, y basándose en la información que el jinete había compartido sobre el caballo, había muy pocas posibilidades de que Drew pudiese estar involucrado en el complot del asesinato. Robert decidió abrirse todo lo necesario, si eso le ayudaba a encontrar a la princesa.

Manteniendo una mano en las riendas de Horizon, Fielding se sentó, colocó sus pies en la caja blanca, y le hizo un gesto a Robert para que tomase asiento en la otra silla.

-Tenemos una discusión que continuar. Hasta ahora, yo he sido el único que ha hablado, algo que noté cuando te fuiste.

Decidido a no perder tiempo, Robert dijo:

-Necesito saber adónde podría ir Aurelia en la ciudad. Puede estar en peligro.

-¿Esa chica?- se burló Fielding.- Si alguna vez está en peligro, lo único que tiene que hacer es anunciar su verdadera identidad. La gente de la ciudad prefiere verla a ella en el trono que a su padre. Sin

ella como su heredera, habría perdido su poder hace ya muchos años. Le robó el corazón al pueblo cuando se arrojó sobre el ataúd de su hermano con tres años en el funeral de Estado. Además, puede mezclarse con cualquiera.

Robert asimiló los comentarios de Drew, preguntándose cómo había hecho Aurelia enemigos en su no deseada búsqueda de la popularidad.

-¿Estás diciendo que ella hace esto a menudo, disfrazarse en la ciudad? Drew rió.

-Ella conoce las venas de esta ciudad mejor que un niño callejero.

-Pero, ¿cómo es que sale del palacio?

-Muchacho, no puedo decirte eso.

-Muchacho, no puedo decirte eso. Puedo decirte que ella fue criada por el personal del palacio. Su majestad nunca tuvo tiempo para ella. Por cada guardia protegiéndola, hay tres manos estables o cocineras o jardineros fuera para ayudarla a salir de contrabando.

-¿Puedes decirme adónde podría ir?-suplicó Robert.

Drew jugueteó con las riendas de Horizon.

-Quizás, si yo comenzase a recibir algunas respuestas.

-Realiza tus preguntas.

-Muy bien. Apareces aquí vestido como un plebeyo, pero tu montaje vale una pequeña fortuna. A juzgar por tu reacción anterior, conoces la diferencia en Favinoit y el vino blanco normal. Y conoces a su alteza real lo suficientemente bien como para llamarla por su primer nombre. ¿Quién, en el nombre del rey, eres tú?

Robert se lo dijo.

-¿Vantage?- el hombre pronunció el apellido.- ¿Estás relacionado con el asesor del rey?

-Es mi tío. Vine a verle.

-Y los demás, supongo.- los ojos de Drew brillaban.- No he visto una persecución de un muchacho joven a una chica con tanto entusiasmo en mucho tiempo.

Robert esperó a la siguiente pregunta.

-¿Y por qué debería decirte dónde puede estar la muchacha cuando ella no quiere estar cerca de ti? Ella se merece sus momentos de libertad. Estos días son bastante raros.

-No la voy a exponer. Ojalá me hubiese preguntado para venir con ella.

-Por supuesto que sí, muchacho.- el tono de broma pesó sobre la voz de Drew.- Quizá no te lo preguntó porque no confía en ti. Ella ha estado pasando por un momento difícil durante estos últimos años. Todo el mundo la observa a través de un catalejo, viendo cómo ella puede ayudarles y perder la perspectiva de la persona.

-Todo el mundo excepto tú, quieres decir.- Robert se olvidó de tener tacto. La palabra confianza le había golpeado duro.

-Bueno, la chica me gusta lo suficiente, pero estoy en deuda con ella. Cuento con su apoyo en la superficie. Hay quienes, incluso en la familia real, que me encuentran- le guiñó un ojo.- menos que admirable.

Robert reformuló su última pregunta.

-¿Adónde podría haber ido?

Drew envolvió las riendas con sus manos y las soltó, entregándoselas a Robert.

-Todavía estoy esperando conocer a esta belleza.- el jinete acarició el pómulo de Horizon.- Pero veo que tendré que esperar hasta más tarde. La muchacha quería escapar de ti, mi chico. Y yo no debería enviarte tras ella ahora. Yo ya he perseguido a mi parte de chicas, y supongo que la señorita Aurelia podría tener una buena persecución antes de ocupar su puesto por el bien del reino. Puede haber ido a los muelles. Tiene una imaginación de ensueño con los lugares lejanos.

Robert llevó al caballo fuera de la tienda y el jinete les siguió.

-He escuchado hablar de este caballo.- dijo Drew cuando Robert se subió a la desgastada silla de montar.- Tiene un espíritu que me gusta. No es, en absoluto, de los que obedecen a su amo sólo porque lo dice.

Horizon rompió en movimiento y se dirigió a la multitud disminuyente, a lo largo del muro Tyralian, posadas y tabernas pasando, y salió hacia el amplio muelle. El agua verde-gris se ondulaba en el muelle, su profundidad disfrutaba de cierto renombre por la profundidad de sus aguas, que eran navegables por grandes buques. Un grupo bullicioso de hombres vestidos con trapos sacaban y metían mercancías dentro de un buque, pero la gorra que no era blanca se quedó fuera.

Tras desmontarse, Robert caminó por la orilla de la bahía hacia una sección más tranquila del muelle. El aire frío cargado de sal se filtraba a través de los altos mástiles y las velas recogidas. El penetrante olor a pescado oscuro inundó sus fosas nasales. El agua abofeteaba a un ritmo lento y los tablones crujían como acompañamiento.

Ver a Aurelia sentada en un barril, una rodilla colgando sobre la otra, alivió su mente. Ella estaba a salvo por el momento. Un anciano de

espesas cejas y una gorra azul marino tenía la atención de la princesa. Sus rubicundos dedos componían una red de pesca, y su voz envolvía un hipnotizante ritmo alrededor del único oyente.

Robert se deslizó sobre un barril vacío al lado de Aurelia. Ella le miró, después volvió los ojos hacia la bahía. Se esforzó por conciliar las órdenes del padre de ella con sus propias emociones, pero el sonido de la voz del hombre del mar pronto superó los pensamientos de Robert.

La historia del hombre se desenrollaba, fina, y a la vez una fascinante curva. A pesar de haberse perdido el principio, Robert capturó rápidamente la esencia del cuento, porque coincidía con los hechos históricos. Dos décadas antes, un barco con personas de los Reinos Exteriores había desembarcado en el puerto. La gente, que no hablaba Tyralian, había luchado para explicar su necesidad de ayuda. Entonces, el capitán presentó el cuerpo de un hombre muerto que llevaba las marcas de la enfermedad. Ante el temor de una epidemia, el rey había negado asistencia a los refugiados, ordenándoles salir de las aguas de Tyralian.

En la historia del hombre del mar, sin embargo, un joven de los Reinos Exteriores llamado Andrew escapó rápido de los guardias y convenció a un capitán de otro buque para que le ayudara. Después de la salida forzada de los refugiados, el capitán del buque perseguido, paso de contrabando a todos los pasajeros de manera segura a suelo de Tyralian.

-Y cuando veas a un hombre o mujer de talla especial, existe una buena probabilidad de que él o ella provenga de aquel barco de refugiados.

El marinero hizo un nudo.

-Todo gracias a un muchacho con el valor de una gaviota en una tormenta.

-¿Esto te incluye?- preguntó Aurelia, mirando el rostro arrugado del hombre.

El marinero se enderezó de su asiento y se incorporó. Para asombro de Robert, la cabeza del hombre se estiraba sobre él casi tal como lo había hecho la de Drew antes del atardecer.

-No, muchacha,- el hombre le guiñó un ojo.- Pero sé que la historia es verdadera.

Aurelia rió.

-Sabes que todas las historias son verdaderas, incluso esa sobre un monstruo marino que se tragó a la sirena.

El hombre rió y luego extendió su palma enrojecida hacia Robert.

-¿Y quién es este?

-Un amigo.- mascullo ella.

-Disfruté de la historia, señor, de lo que he oído de ella.- Robert tomó la mano curtida del marinero, sorprendido por su fuerte adherencia.

-Sí, supongo que os tendréis que ir antes de que el sol se ponga.- el hombre inclinó su cabeza hacia un resplandor hundido en el cielo. Un tenue velo de nubes oscurecía el lento descenso de la luz hacia el borde occidental del borde de la muralla de la ciudad.

-Sí, deberíamos.- Aurelia estuvo de acuerdo.- Gracias de nuevo.- Mientras abrazaba al tambaleante marinero, Robert pensó en la historia. La ley impedía a cualquier hombre, mujer o niño de los Reinos Exteriores entrar en **Tyralt**. Se preguntó si aquel niño llamado Andrew era real, si un niño había desafiado, realmente, la ley.

Por otro lado, la joven mujer que estaba a su derecha estaba desafiando a ese mismo rey en ese momento. Robert dudaba que alguien hubiese desafiado más al rey Lauzon que ella. Pese a todos los intentos de su Majestad por proteger a su hija, ella estaba allí ahora, de pie en el muelle con ropa de niño, completamente lejos de la supervisión de su padre. Robert nunca iba a ser capaz de protegerla si seguía las órdenes del rey.

-Horizon nos puede llevar a los dos si no te importan unas pocas travesuras.- Robert le ofreció a Aurelia su mano.

Ella le dirigió una mirada crítica.

-Prefiero caminar.

-Entonces caminaré contigo. Necesito decirte la verdad.

Ella levantó los ojos, pareció aceptar la declaración como una promesa, y no discutió cuando él comenzó a caminar a su lado. El olor a pescado fue desapareciendo a medida que avanzaban por una tranquila calle lateral. Los cascos de Horizon sonaban a lo largo de la superficie de piedra y un silencio incómodo se instaló entre ellos. Robert luchó por cómo empezar.

-Antes tenías razón con lo de que no era completamente honesto.- dijo.

Ella resopló, cogió su ritmo, y se alejó, un movimiento que él había hacerlo demasiadas veces.

-¿Podrías dejar de correr?- la frustración se dejó ver en su voz.- No quiero llegar al palacio demasiado pronto. Tengo mucho que decir.

-Manos a la obra, entonces.- se volvió, el desprecio torció su rostro cuando él camino cerca de ella. Sus ojos oscuros miraron hacia arriba, la profundidad de ambos llenos de distintas emociones: ira y

dolor, y en el fondo una capa de miedo.

Sosteniendo su mirada, él captó sus palabras.

-Hace un mes, el tío Henry envió una carta pidiendo volver al palacio. En ella alegó que la vida de la heredera estaba en peligro.

Ella se quedó inmóvil.

-¿Mi vida?- las emociones en su cara cambiaron drásticamente.

-Sí.- él la vio alejarse de él con un cuidadoso paso, después giró la esquina lentamente. Ya no corría.

Mientras caminaban el uno al lado del otro, él volvió sobre los acontecimientos de las últimas semanas, diciéndole lo que sabía acerca de los cuatro intentos de asesinato. Ella escuchaba sin comentarios, guiándole de una calle a otra, dejando atrás los mesones y tabernas que bordeaban el muelle y pasando a las estrechas callejuelas que cubrían la parte posterior de los almacenes y las tiendas de comerciantes. Los barriles de suministro y las cajas de madera atestaban el camino, y el olor de barro cocido se mezclaba con el del pan recién horneado.

Los carros no iban por los callejones, pero el pueblo de Tyralt sí. Un trío de limpiabotas iban a la deriva, mordisqueando el pan de centeno. Un hombre de mediana edad cargaba con una pesada carga de polvo de carbón y un grupo de mujeres se apresuró, portando paquetes envueltos en papel marrón. Ninguna de las explicaciones de Robert fue interrumpida por los transeúntes. Cada uno de ellos se dedicaba a su negocio, sin prestar atención al chico de la gorra blanca y, lo más común ahí, el traje fronterizo.

Los músculos del rostro de Aurelia permanecían inmóviles. En cualquier caso, sus emociones se volvieron muy difíciles de leer hasta que Robert le relató su conversación con Drew. Después se estremeció.

-Tenía miedo cuando me enteré de- dijo ella.- lo del caballo de los establos de Elise.

-¿Por eso corriste?- preguntó Robert.

-Sí y porque estaba enfadada contigo porque me mentiste.

-Pero tú me sugeriste hablar con Drew. ¿Cómo sabes que no estaba siendo honesto contigo?

Ella dejó escapar, lentamente, un suspiro.

-Esta mañana, cuando jugábamos a las cartas, me dijiste que no le podías preguntar a Chris sobre el accidente porque estaba durmiendo. En ese momento supe que estabas mintiendo. Vi a Chris esta mañana. Estaba en mi sala media hora antes de que fuese a

buscarte.

De todas las maneras estúpidas de ser pillado en ese engaño.

-¿Qué podría haber motivado a Chris a levantarse tan temprano?

-Un estornino con una voz insoportable. Ella estaba visitando a Melony.

Robert gimió y después reorientó sus pensamientos hacia el propietario del caballo lleno de cicatrices. Ahora que Aurelia sabía la verdad, podría hacerle preguntas a Aurelia.

-¿Crees que podría haber una conexión entre la reina y los intentos de asesinato?

Ella le miró, en su rostro se reflejaban, vacilantes, sus emociones.

-Pensé que ibas a ser honesto conmigo. ¿Qué más podría decir?

-Unas cuantas cosas.- contestó.- Pero eso no es lo que quiero. ¿Cuál es tu primera reacción? ¿Te parece plausible que la reina esté involucrada? ¿Se puede confiar en ella?

Aurelia arrastró sus dedos contra un muro de piedra de arenisca.

-No entiendo cómo alguien que intenta atentarse contra mí puede ser plausible. Elise y yo nunca hemos estado unidas. Ella hizo feliz a mi padre después de la muerte de mi hermano. Más allá de eso... ella siempre ha sido la madre de Melony, no la mía.- su voz se levantó con ira.- Pero no creo que sea motivo de asesinato. ¿Qué razón podría tener para matarme?

-Si su hija estaba en la línea de sucesión al trono, podría...

-Pero la ley prohíbe que Melony se convierta en reina.

-Lo sé.- dijo.- ¿Nunca te has sentido amenazada por tu madrastra?

La indecisión cruzó su cara, pero ella respondió.

-Si alguna vez me hubiera sentido en peligro en el palacio, no me habría mantenido en silencio sobre ello.

-Sin embargo, necesito que te quedes tranquila ahora.- la intensidad llenó su voz.- Para capturar a la persona que hay detrás de esto, sea quien sea, necesito que salga a la luz. El culpable debe de creer que él o ella está trabajando en secreto.- Aurelia le dirigió una mirada incrédula.- Por favor.- suplicó.- Déjame hacer mi trabajo. No le digas nada al rey, todavía. Él no quería que te avisase del peligro. No quería preocuparte. Decidí decírtelo porque quiero que seas fuerte. Sé el valor de tu libertad, pero te pido que no salgas sola. Si tienes que salir, por favor, pídele a Chris que te acompañe.

-¿Chris?- esbozó una media sonrisa.- Él tiene cosas mejores que hacer, como flirtear con las amigas de Melony y sus damas de

Aurelia

Anne Osterlund

compañía.

-Entonces, pregúntame a mí.- dijo Robert.- No vine hasta aquí para que terminases desapareciendo entre las calles.

Aurelia le miró, una expresión extraña atravesaba su rostro.

-¿Por qué has venido... todo este camino?

Él la miró fijamente, sin saber lo que estaba preguntando.

-¿Por qué estás aquí en lugar de con tu padre?

Robert sintió una opresión en el pecho. Pensó en la carta que tío Henry había llevado y en la conversación resultante. La memoria de los que hablaron con su padre todavía le atormentaba. Robert no estaba dispuesto a compartir ciertas verdades.

Capítulo 6

La carta.

El cielo era azul ese día, el día que llegó la carta del tío Henry. Azul y formando un arco sobre las curvadas colinas y los escarpados cañones de la frontera. Los rayos del sol todavía no habían extinguido el frío del aire de la mañana cuando Robert terminó sus tareas y se reunió con su padre detrás del corral para observar al jinete que se acercaba. Un robusto mustang seguido por las huellas de carromato grabadas en la temprana hierba de primavera, y Robert reconoció a la montura de su vecino del este más cercano.

-Hay una carta para ti, Brian.- Dijo el vecino cuando paró en el espacio entre los corrales y la cabaña. Hurgó en sus voluminosas bolsas de la silla de montar y sacó un delgado sobre marrón que pasó al padre de Robert. El señor Vantage posó su mirada sobre la escritura en el pergamino sellado. Parecía una versión más vieja de su hijo excepto por sus ojos, que eran marrones y cautelosos - gracias- dijo

-¿Quién puede decir cuándo podré encontrar un momento para viajar

a la ciudad?
-Harías lo mismo por mí cuando te toque.

El hombre cerró la tapa escondida en su alforja.

-De hecho, no lo recogí en la ciudad, sino en una mensajería perdida como a cinco millas. Un hombre me pidió Indicaciones para llegar a la hacienda de Vantage. No estaba demasiado ansioso por darme el sobre pero finalmente me lo dio después de que le explicara que tenía que hacer un viaje sin ninguna referencia durante un tramo de diez millas.- El vecino condujo al caballo dando la vuelta.

-No puedo quedarme; todavía tengo que sembrar.

El padre de Robert asintió, aunque su mirada de nuevo se dirigía hacia la carta.

-Entendido.

El vecino se tocó el ala del sombrero como saludo y regresó atravesando las huellas de carruaje.

Una ráfaga de viento sopló sobre los campos arados, enviando una nube de polvo sobre el caballo y el jinete, y el olor de la tierra llegó al corral donde Robert permanecía de pie mirando sobre del hombro de su padre.

HACIENDA VAUNTAGE estaba escrita en el papel en una caligrafía familiar.

El señor Vantage se soltó, caminando hacia la cabaña. Una pared de veinte pies de troncos labrados formaban la longitud del edificio, y un dulce, ligeramente difuso zumbido se filtraba a través de la solitaria ventana.

Robert se deslizó, agachándose por el bajo marco de la puerta.

-Hay una carta del Tío Henry.- le dijo a su madre.

Ella dejó un plato enjabonado en la mesa de madera y se secó las manos en un trapo.

Sus ojos azules brillaron, y escondió un mechón rubio de cabello que se le había soltado por debajo de su bufanda.

¿Es cierto, Brian? Le preguntó a su marido. -Nos escribió hace tan sólo un mes. Debe de echarte de menos.

-Es más posible que nos haya escrito para preguntar por qué no he dejado esta "temeraria aventura" aún.- El padre de Robert le guiñó un ojo mientras deslizaba sobre un banco y rompía el sello de cera. Con cuidado desdobló el arrugado pergamino.

Robert y su madre le miraban, ansiosos por escuchar las noticias. No suelen llegar muchas cartas a la frontera, y las cartas de la familia eran especialmente apreciadas. El señor. Vantage dejó que las tazas

de peltre y los platos de madera permanecieran abandonados en el aparador. Ni ella ni su hijo emitieron ningún sonido.

El rostro de su marido se oscurecía a medida que leía. En vez de compartir los detalles o pasar el preciado papel a su mujer, plegó el pergamino y se lo guardó en el bolsillo de los pantalones. Entonces, sin levantar la vista, abandonó la cabaña, dejando a su audiencia en suspenso.

No se dijo ni una palabra más de la carta hasta la cena de esa noche. Robert sabía lo suficiente como para dejar a su madre manejar el asunto. Ella tenía el don de tratar a la gente con facilidad.

El señor Vantage se sentó en su silla frente a un plato lleno hasta arriba con delgadas rodajas de faisán asado y pan casero. Una nube de vapor se levantó de la comida, y la especiada esencia del jugo de la carne llenó el pequeño salón.

-Se podría oler la cena desde el granero.- dijo -¿He olvidado alguna ocasión especial Mary?

La madre de Robert colocó la florida jarra de leche y sonrió.

-Tienes que darle las gracias a tu hijo por la carne fresca. Él encontró este faisán en una de tus trampas esta mañana.- Encendió una vela.

-Pensamos que teníamos que celebrarlo ahora que has terminado de arar los campos.

-Aún queda sembrar- el señor Vantage clavó un tenedor en la carne blanca y comenzó a cortar con su cuchillo -no podemos permitirnos esperar a que crezcan las semillas.

La señora Vantage se sentó, retiró su tenedor, y preguntó amablemente -¿Decía Henry algo de interés en esa carta?

El cuchillo dejó de cortar. -Quiere que vuelva al palacio por un tiempo, pero no tengo ninguna intención de ir.

-¿Por qué desea que vayas?

Los músculos de la mandíbula de Mr. Vantage se tensaron. -Lo discutiremos después de la cena, he tenido un día muy largo y me gustaría comer en paz.

El ambiente agradable en la habitación se desintegró ante su mirada malhumorada. Robert y su madre intercambiaron miradas. La tensión colgaba de la mesa de la cena, los participantes se mantenían erguidos, cada cabeza, cada hombro, cada brazo suspendido en el espeso aire. Los cubiertos se movían lentamente sobre los platos.

El sonido más pequeño abriría un agujero en el mantel del silencio.

Cuando el último pedazo de comida desapareció del plato de su padre, Robert lentamente comenzó a quitar la mesa. No tenía

intención de abandonar la cabaña antes de la discusión que se avecinaba.

Mr. Vantage pasó una taza vacía a su hijo y echó para atrás su silla, pero no se levantó.

-Henry quiere que regrese para dirigir una investigación. Han tenido cuatro años para encontrar a un nuevo espía. No soy responsable de su incompetencia. Lo que va a tener que hacer es lo que debería haber hecho antes y buscar a alguien para ocupar mi antiguo puesto.

La señora Vantage asintió. -Sí, estás en lo cierto.- Su voz se suavizó. -Debe ser importante, supongo, si Henry te pidió que volvieras.

-Él todavía cree que esta aventura es una fase que se me pasará.

Ella asintió como respuesta, entonces apuntó, -¿Te explicó cuál es el problema?

Por supuesto que lo hizo.

Robert miró a su padre. Tío Henry no le pediría a su hermano que viajara a través de medio reino sin ningún propósito, pero el señor Vantage nunca había hablado sobre una investigación en proceso. Esta noche fue diferente, pensó. Quizás el padre de Robert sintiera que podía hablar sobre ese caso porque no lo iba a aceptar. Quizás sintiera que era seguro compartir los detalles de esa corte tan lejana, o quizás pensara que su hijo era ahora lo suficientemente mayor para mantener un secreto.

Fuera cual fuera la razón, el antiguo espía habló: -Mi hermano cree que la vida de la Princesa Real está en peligro.

La oscuridad devoró los pensamientos de Robert. La sorpresa detuvo todo excepto el crujido del papel del pergamino y la voz del señor Vantage leyendo la carta en alto.

Palacio, Ciudad de Tyralt

XXV año del Rey Viry Lauzon

Estoy escribiéndote esto esta noche no como tu hermano, sino como el consejero del Rey. Hace una semana, una criada encontró una copa en la mesa de la habitación de la Princesa Real. El adorno con forma de serpiente enroscada alrededor del mango no fue reconocido, la criada me informó de la presencia de la copa. Su abrillantador había sido mezclado con un veneno mortal.

Comencé una investigación sin ningún éxito. La copa no tiene ninguna firma, por lo que no hemos podido localizar con ella a ningún orfebre en Tyralt City. La ubicación del veneno nos sugiere que pudo

Aurelia

Anne Osterlund

haber sido un asesino a sueldo; de todas formas; esto ha ampliado la búsqueda del instigador. Fuera quien fuera el culpable, él o ella tenía poder y dinero suficientes para contratar a alguien de dentro del palacio. Este aspecto me concierne como al que más, y esa es la razón de que haya tomado la desesperada decisión de contactar contigo. La persona que dejó la copa en la mesa tiene acceso a la habitación de la Princesa y no ha sido capturada.

Por favor, Brian, como el espía real durante quince años, tu conocimiento y habilidad son incomparables con los de cualquiera de la corte real. Sé que tenías razones para abandonarnos, pero te pido que regreses al palacio para salvar la vida de la princesa. No hay ninguna razón para pensar que este pueda ser el último intento de asesinato.

Con respeto y amor:

Henry Vauntage

Consejero Real.

Las palabras rebotaron en el cráneo de Robert, cada vez más rápido, rompiendo cualquier otra consideración, convirtiéndolas en polvo. - Podrías ir,- dijo Robert a la vez que su padre volvía a doblar el papel. -Puedo terminar de sembrar yo solo.

-¡No!- los dos padres contestaron a la vez. La barbilla del señor Vauntage comenzó a sobresalir, y la señora Vauntage agarró la mano de su marido como si pudiera sujetarlo desde ahí con su fuerza de voluntad.

-No nos dice cuánto puede durar la investigación o si los esfuerzos serán satisfactorios.- Discutió el padre de Robert. -He dado demasiado de mi vida para proteger a la familia real.

-Sí- la señora Vauntage giró la mano de su marido y dejó caer la suya sobre la palma abierta.

-Y yo he gastado demasiado tiempo de mi vida esperando a ver si mi marido sobreviviría a la investigación en curso.

-Lo dejé por una razón- el padre del Robert pasó un pulgar por detrás de la mano de su esposa. -Y no voy a volver- Robert balanceó su mirada fija entre sus padres. La fuerza de una promesa hecha y una promesa mantenida brilló en ambas caras, impenetrables. -Entonces iré yo,- dijo él, sorprendiéndose a sí mismo con la declaración.

-¿Qué? - el Señor Vantage se levantó. -No irás...

-¿Por qué no?- Robert contestó, preguntándose a sí mismo tanto como a su padre. -Soy lo bastante mayor para viajar, y tú realmente

no me necesitas aquí.

-Hay más que bastante trabajo en este lugar para nosotros dos.- Robert sintió como apretaba las manos. Le gustaba la granja. Lo hacía. Pero él no podía dejar de sentir que esto era el sueño de su padre, no el suyo.

Su voz se elevó.

-Tú no puedes esperar que yo me quede aquí siempre.

-Robert.- El tono tranquilo de su madre interceptó su cólera. Ella sabía como él se sentía, aunque él aún no hubiera logrado abordar el asunto con su padre. -La salida de la granja es una cosa. Volver al palacio como un espía es algo más.

-Esa es mi decisión.

-En absoluto- su padre respondió. -Tú no tienes ninguna experiencia para llevar a cabo una investigación. Acabarás consiguiendo que te maten.

Robert respondió -No estoy tan bien preparado como tú, pero es que tú no vas.

-Te tomará casi un mes para llegar al palacio. La princesa puede estar muerta antes de que tú llegues.- Robert tenía una breve visión de su amiga de niñez siendo colocada en un ataúd, su espíritu ido por siempre.

-Entonces me marcharé al amanecer.- Los nudillos de señor. Vantage brillaron blancos a la luz de la vela.

-¿Qué si no puedes salvarla? la gente siempre busca a alguien para culpar. Te colocas a la merced del rey.

-No me importa impresionarle. ¿Qué diferencia hace si él me culpa?

-Puede hacer una diferencia enorme.

-Mira a tu alrededor- Robert balanceó un brazo en el interior apretado de la cabaña. La cama de sus padres soportada en una esquina, y el escudo de armas de familia, el único recordatorio visible de su vida anterior, colgaba encima de la cabecera. El gabinete y la chimenea descansaba a lo largo de la pared detrás de Robert, y el desván donde él dormía sobresalía por encima de su cabeza. La cabaña entera podría haber cabido en la habitación de sus padres en el palacio.

-Dudo que el rey se molestara en seguirme aquí. Yo no lo veo golpeando sobre nuestra puerta persiguiéndote.

-No, mi hermano lo hace por él mediante cartas.- El tono de la voz del señor Vantage sostuvo una mezcla de ironía y amargura. - Incluso si tienes éxito encontrando al culpable, no hay ninguna

garantía él o ella será llevada ante los tribunales.

-Mientras Aurelia está viva, ¿eso qué importa?

-¡Eres un idiota ingenuo!- La discusión se iba intensificando en una espiral creciente, el de base de razón que se derrumba bajo las llamas de la emoción.

Robert se sintió herido una y otra vez por la puesta en duda de su capacidad, pero él se defendió con sus propias acusaciones injustas, determinado a no dar la razón. La presión decidida en su cerebro lo propulsó adelante. Él no podía dejar a Aurelia morir, no la muchacha aguda que había discutido con él en cada debate y lo había derrotado en su primera carrera a caballo. Cuando él había abandonado el palacio había sido con el miedo fastidioso que él nunca podría verla otra vez.

Y no importa cuánto su vida había cambiado, él nunca había logrado apartarla de su cabeza. Ella estaba siempre en sus pensamientos, desafiándolo para hacer un mejor trabajo o acosándole para admitir cuando él se había equivocado. Ella era una voz constante, interminable, y él no podía aceptar el pensamiento de su muerte. Él iría al palacio.

-Suficiente.- La voz fría de la señora Vantaug rompió la atmósfera ardiente. -Robert, sabes que no quiero que vayas.- Ella puso una mano sobre el hombro de su hijo. -No tengo ningún deseo de verte colocar su vida en las manos de otros como tenía que ver a tu padre hacer en otra investigación. Pese a todo- ella dio una mirada suplicante a su marido. -Esta es la decisión del Robert. No podemos retenerlo aquí contra su voluntad, Brian. Él es lo bastante mayor para tomar sus propias decisiones.

El señor Vantaug soltó sus manos disgustadas y salió de golpe de la cabaña. Robert se estremeció al recordar. La cara expectante de Aurelia devuelta a su visión. -Mi padre no podía dejar la granja,- dijo él en respuesta a su pregunta.

Aurelia cabeceó, pareciendo aceptar su explicación sin duda. Él supuso el trauma de las noticias recientes había adormecido sus sentidos. En vez de curiosear, ella se volvió hacia una esquina, el palacio la Colina se elevaba ante de ellos, la pendiente de su cuesta dramática, nada al lado de las rocas escarpadas ocultas desde enfrente. El palacio se extendía a través de la cima, una fortaleza de paredes de piedra integradas en la roca volcánica.

La torre y torrecillas, agujas y almenas, parecían alcanzar el cielo de la tarde.

Un telón de nubes canas enterraba el borde distante de las montañas Valshone de modo que sólo el palacio destacara sobre el suelo del valle. Sombras inclinadas, enmascarando un lado de las estructuras

Aurelia

Anne Osterlund

siniestras. Un palacio construido para la defensa, para la intimidación, para disuadir al ejército de invasión más poderoso. La puerta delantera mantenida abierta ahora después de un siglo de paz, pero aquellas mismas puertas se cerrarían de golpe seguro en la primera indicación de ataque.

Seguro de una amenaza exterior, ¿pero y de una interior? El pensamiento recordó a Robert que él aún no sabía cómo Aurelia había logrado entrar en la ciudad sola. -¿Cómo evitaste el palacio hoy?- preguntó. -Después del ataque anoche, pensé que tu padre te habría mantenido en tus aposentos para su propia seguridad.

*Capítulo 7**El pulso de los políticos.*

La fiesta fue encantadora, tan encantadora que incluso Aurelia disfrutaba de ella. Las velas brillaron de cada alféizar de las ventanas en el salón de baile. Una mezcla de hombres en levitas oscuras y mujeres en vestidos azules y púrpuras se visitaban entre ellos. Las copas de champagne tintinearón, brindando por ella. Aurelia asintió hacia las sonrientes caras, agradeciendo a los invitados por sus buenos deseos. Ella dio un paso por la muchedumbre, dirigiendo un camino a la pista de baile. Alguien estaba esperando por ella.

Una vislumbre de su padre la detuvo. Estaba hablando con Henry pero él se volvió para saludarla con la copa. El rey rió y llamó. Un sendero se abrió hasta que ella estuviera bastante cerca para oír su voz sobre la charladora muchedumbre y la música que tarareaba. Él inclinó su cabeza hacia abajo cerca "Estoy tan orgulloso de ti mi querida" susurró, dándole un beso dulce en la frente, luego levantando una rica risa, Henry se le unió. Aurelia no entendía lo que estaban diciendo mientras ella regresaba a su búsqueda para alcanzar el centro del salón de baile.

Elise bloqueó su camino. Altísimo de una manera extraña sobre la cabeza de Aurelia. El vestido blanco como nieve de la reina brilló sobre el mar de oscuros trajes de fiesta. Ella no miró a su hijastra, en cambio posó su mirada sobre la tiara de Aurelia - Aquí esta ella, perdida entre la multitud,- dijo Elisa, su voz chillona resonando entre el alboroto, ella estaba hablando con alguien encima del hombro izquierdo de Aurelia.

Luego ella criticó a su hijastra. -Tú necesitas empezar el primer baile, niña tonta. Nadie puede tener el placer de bailar en tu boda hasta que lo hagas tu.- La reina extendió la mano, tomo la mano de Aurelia en sus guantes apretados, y la empujó con una fuerza impresionante.

Retrocediendo, Aurelia sintió un frío, un apretón parecido a un tornillo muy cerca encima de su brazo izquierdo. Esto la dirigió libre de la muchedumbre fuera de la pista de baile. La música se detuvo, y las voces se tranquilizaron, incluso el tintineo de las copas cesaron. A través del espacio vacío, mil ojos velados en una niebla nebulosa.

El apretón parecido a un tornillo la envolvió. Ella miró fijamente en una corbata de fantasía negra que descansaba sobre una camisa

negra de seda entre los pliegues de una levita negra. Sus ojos levantados para ver la cara del propietario de la corbata de fantasía, la camisa, el abrigo, y el apretón moldeado a su brazo. Pero allí no había ninguna cara para ver.

Ella miraba fijamente en los hoyos huecos de un cráneo vacío negro.

Aurelia se empujó lejos, su pecho agitado con terror. Ella jadeó, tratando de exprimir extra el aire de los pulmones apretando su corazón. La pesadilla del esqueleto quemó su mente. Ella levanto una temblorosa mano hacia su frente, apartando el cabello mojado. Luego sus ojos recorrieron miedosamente alrededor de la habitación. Buscando en las sombras, nada, nadie.

Ella tropezó de la cama a la chimenea. De algún modo ella logró asegurar una clase de madera delgada y ponerla sobre los carbones depositados. Sus dedos temblando tomaron lo que parecían horas para transferir la llama a la vela sobre su mesita de noche. Finalmente, la luz brilló. Su salvación.

Una reunión del concilio fue llamada para las diez en punto de la mañana. Como siempre, Aurelia fue la primera en llegar. La mesa larga de caoba de la habitación y las sillas combinadas reflejaron el gusto de su padre mejor que su madrastra. Quizás Elise había encontrado que el espacio apretado no merece el cambio, o quizás ella temió que su marido pudiera mover los muebles viejos, afilados en otra parte.

Aurelia se deslizó sobre su asiento favorito. Ella no podía sentarse en los asientos al final de la mesa como aquellos que fueron reservados para su padre y madrastra. Y ella no se sentaría atrás, tampoco quería ser atrapada o dar la impresión de esconderse. Ella prefirió sentarse a lo largo del exterior, por lo menos una silla abajo de su padre. Esto la satisfizo tanto porque la colocó al lado del Henry, a quien ella confía, y porque ella estaba bastante cercana para mantener a su padre una mirada.

El capitán de la guardia y el ministro de finanzas fueron los próximos en llegar. Ellos se escabulleron detrás de la mesa, a lo largo del pasillo, enterrándose ellos mismos en las sombras de una tapicería gruesa castaña. Ella miró al capitán. El pensamiento de él cubriendo atentados sobre su vida dejó una parte ácida en su garganta. Su estómago rodó. Todo el mundo asistiendo a esta reunión, excepto ella - probablemente habría sido consciente del peligro.

Henry y el general a cargo de la milicia llegaron al mismo tiempo, seguidos por Elise cargando de una copa coloreada de ópalo. Pensando que todos habían llegado menos el rey, Aurelia se movió para dejar dos sillas extras a su derecha.

-¡Desista!- Chris arrebató una silla de su mano e hizo plaf abajo

sobre el asiento. Ella levantó una ceja. Henry siempre trataba de convencer a su hijo de asistir reuniones para 'aprender a través de la experiencia,' pero Chris no había estado presente durante varias semanas. Ella dudó que él alguna vez asumiera el papel de su padre como el consejero del rey.

- Pensé mostrar a Robert como las decisiones de vital importancia son tomadas.- Chris señaló hacia la puerta.

Ella miro, para ver a su primo deslizarse por la habitación. - Con el permiso de la realeza, por supuesto. - Dijo Robert.

Elise miró con ceño fruncido a Chris, y durante un momento Aurelia pensó que su madrastra podría girar a Robert lejos debido a la actitud descuidada de su primo; sin embargo, los ojos de la reina giraron en cambio a Henry, y la alegría sobre la cara del consejero deben haberla convencido de permitir a su sobrino para quedarse. Ella declaró suavemente. - Eres bienvenido. No hay nada en la agenda de hoy para excluir a un invitado. Eres el sobrino de Henry, eso creo.

-Sí, Su majestad.- Robert hizo una reverencia. -Gracias.

Ella asintió y se fue lejos.

Más bien que tomar el asiento vacío al lado de Chris, Robert se deslizó pasando a Aurelia y a su tío sin ningún comentario. Él sacó la silla a través del Henry y lo movió atrás de la mesa, enterrándose en la esquina por la pared. Aurelia reprimió una ola no deseada de angustia en haber sido hecha caso.

Finalmente, el rey entró en el cuarto. Su cabeza cana colgada bajo, arrastrando sus pies. Cada uno se levantó inmediatamente cuando hizo su entrada. Él cayó abajo hacia la cabeza de la mesa y comenzó a hablar antes de que el resto de los miembros de consejo aún tuviera una posibilidad de volver a sus asientos. - Yo planeé comenzar esta reunión con sus informes habituales; sin embargo, acabo de recibir noticias perturbadoras del rey Edward de Anthone, que se queda con nosotros un tiempo. Él me dice que sus fuerzas han fallado en mantener a los ciudadanos de los reinos Externos a entrar en su país.

Robert levantó su cabeza. Aurelia se preguntó si Robert, también, pensaba en la historia del marinero a partir del día antes. Pareció extraño que los reinos Externos convirtieran el asunto de una reunión del consejo esta tarde después de oír la historia del chico refugiado.

- Es una pena.- Elise habló. - Pero Edward nunca ha hecho bien protegiendo sus fronteras. Afortunadamente las fronteras que compartimos con Edward sean puro desierto".

- Debe existir algo allí que podamos hacer de nuestra parte,- dijo el general. - Si personas de reinos exteriores están contrabandeando en

Anthone, tarde o temprano ellos trataran de entrar en Tyralt.

Aurelia pensó en el chico de la historia. *Porque tiene que ser alguien en necesidad ser rechazado*

El rey exhaló. - Si, ustedes dos tienen un punto, pero todavía no han escuchado el problema entero. Mi concierne no es que algunos miembros de reinos exteriores se escabullen dentro de Tyralt pero aquel Edward ahora levanta su ley de exclusión.

La cabeza de Aurelia contestó bruscamente con las palabras de su padre. Por mucho que ella tuviera aversión a Edward de Anthone, ella se encontró tratando de ahogar un deseo de sonreír abiertamente. Ella habría esperado que el monarca de sesenta años estuviera aún más obsesionado con la tradición que su padre, pero el viejo limpiador estaba desafiando la política regional. Eso pondría cada reino a lo largo de la costa arriba en defensa.

- Dígame que el cambio es inadmisibles,- Elise exigió. - No podemos permitirnos a abrir las puertas a los reinos Externos. Piensa en todos los problemas que vienen con los refugiados. Tenemos bastantes mendigos y ladrones sobre las calles sin invitar a criminales extranjeros.

- Ellos no serian criminales, Elyse, si nosotros les permitiéramos entrar en Tyralt legalmente.- Discutió Aurelia.

Ignorando la indignación de su hija, el rey respondió a su esposa, - Temo decirle a Edward de Anthone que su manera de pensar no es una opción. Le pedí que esperara para hablar con los demás líderes de la región, pero él se rehusó.

Elise levantó su voz. - Una vez más él nos deja lidiar con problemas que él causó.

- Quizás es hora de replantear nuestra política,- dijo Aurelia. - Hace dos días... - ella comenzó a decir a su padre sobre la protesta en la plaza de mercado.

Pero Elise interrumpió. -El rey de Anthone no puede ser firme acerca de su decisión, mi querido.- Ella le dijo a su esposo. - Después de todo, él vino a ti. El debe estar abierto a discutir cualquier tipo de arreglos.

Aurelia miró la copa de su madrastra, deseando que contuviera algo para inducir el silencio.

El rey frunció el ceño. - Necesito tiempo para pensar el único requerimiento que Edward tiene para mí.

Un silencio extraño cayó en la habitación mientras los oyentes esperaban los detalles que no vinieron. Henry dio un toque con su mano suavemente en la mesa. - ¿Usted cree que su cambio de la

política es una amenaza velada, su majestad?

Los ojos de Aurelia se ensancharon, su breve entusiasmo para la chispa del Edward de independendia se apagó. Ella quiso estrangular al hombre.

- Mi querido. - Dijo Elise a su esposo. - El requerimiento no puede ser tan malo. Nosotros no podemos permitirle solo interrumpir en esta región. Eso es....

- Padre, debes rechazar cualquier requerimiento hecho bajo intimidación. - Aurelia discutió.

La fija mirada de la reina cayó sobre los hombros de su hijastra. - Yo no debería advertir esto, jovencita, pero esta no es tu decisión.

- Tengo tanto derecho de dar una opinión como la tienes tú.

Los ojos de su madrastra se estrecharon en una furia helada. ¡El único derecho que tienes, es el de casarte con alguien que no te permita destruir este reino!

- Mantén tu boca cerrada, Elise.

- ¡Aurelia! - La voz de su padre se estabilizó. - Es obvio para mí que todavía no te has recuperado de la enfermedad de ayer. Puedes irte por el resto de la reunión.

La advertencia de campanas se marchó en su cabeza. ¿Si ella se marchaba, qué mensaje enviaría ella al resto del consejo? ¿A Elise? Ella estaba enfadada con su padre por ocultar la verdad sobre el intento de asesinato, ella comprendió. Él la había tratado como una niña. La furia se abrigó alrededor de su cerebro, y ella quiso gritar contra el ultraje.

Sus ojos pasaron hacia Robert. Él había estado mirando a la reina, pero durante un segundo su mirada fija se encontró la suya con un azul tranquilo. Él dio la sacudida más leve de su cabeza, enviándole un mensaje.

Ella no podía atacar a su padre por su secreto porque ella había prometido ocultar su conocimiento del complot de asesinato. Las piernas de su silla rasparon atrás a través del piso desnudo, y ella abandonó la habitación, la voz en su cabeza contando y contando y contando para sofocar su cólera.

Robert miró a cada uno verla ir. Una amplia sonrisa satisfecha estirada a través de la cara de Chris. Henry arrugando su frente en preocupación. Fachadas en blanco ocultaron cualquier emoción sentida por el capitán, el general, y el Ministro de Finanzas. La reina

tomó un sorbo de su copa y suavemente lo colocó atrás sobre la mesa. La única persona que apareció enormemente sacudida por el cambio era el rey, que se inclinó atrás en su silla y cerró sus ojos.

- Puedo ver que me he permitido a mi mismo traer este problema al concilio sin suficiente conocimiento,- el dijo. - Cesaremos de discutirlo y progresaremos con otros tópicos,- luego se hundió en silencio.

- Quizás el capitán de la guardia pueda compartir con nosotros su reporte.- La reina dijo, resguardando su esposo.

El capitán empezó a revolver entre papeles, y la discusión se mantuvo a través de reportes hasta que la reunión terminó.

- Esta fue la reunión del concilio más entretenida que alguna vez haya asistido. - Chris bromeó, golpeando a Robert en el estomago. - Debes traer suerte.

-¿La reina siempre habla demasiado?

- Nunca, usualmente el rey nunca se detiene. Claro que Aurelia siempre tiene algo que decir, como antes cuando estudiábamos juntos. Ella y su padre discutían algunas veces, pero nunca la había visto descargarse antes contra la reina.

- El rey ciertamente estaba enojado.- Comentó Robert.

- Sí. Padre dice que el rey tenía un tiempo resistente controlando cosas después del príncipe muerto, pero no recuerdo a Su majestad alguna vez que deja a alguien asumir una reunión.

- ¿Tienes alguna idea de lo que Edward de Anthone quiere de él?

- No, pero ciertamente apenas lo sepa te diré. Chris sonrió ante la idea.

- Algo estaba molestando al rey.

- ¿Aparte del hecho de que su hija casi fue asesinada dos veces en los últimos tres días?

Asesinado. ¿Esto era la duda que el rey había considerado al borde? Robert apenas levantó una mano como su primo y se marchó abajo al vestíbulo. El complot sobre la vida de Aurelia había corrido bajo superficie en la reunión entera. El objetivo exclusivo de Robert en la asistencia había sido para observar el modo que la gente más poderosa en el reino reaccionó a la princesa heredera. La relación entre la reina y su hijastra seguramente podría ser descrita como explosiva.

Él salió en busca de Aurelia, esperando ella no permitiera a su cólera para propulsarla demasiado lejos. Él intentó sus cuartos primero. Nadie estaba allí excepto una joven doncella nerviosa que no podía mantener la pista de su amante.

Robert se dirigió próximo a los establos reales. Un sentimiento raro de calor y paz llenó el interior de los establos. La pasarela de madera y rayos separaron cada puesto en su propio rincón privado, no sólo para los caballos, para los visitantes humanos también. Uno podría colgar una herradura sobre una esquina externa como una señal al personal y pasar horas sin la interrupción. La vista de arqueo de metal sobre una uña fuera del nicho de su propio caballo dijo a Robert que él había encontrado Aurelia.

Ella se sentó en lo alto sobre el borde del puesto de Horizonte, su atavío que llevaba más temprano estaba cambiado por un equipo de equitación único. Su camisa blanca y el chaleco marrón eran flojos más bien que el pantalón empotrado, y su bronceado sobresalió desde debajo de una falda simple marrón. Botas de montar negras a sus pies que descansaban al lado de un hueco en la pasarela de puesto.

Ella ofrecía un puñado del heno a Horizonte. El semental resopló, sacudiendo su cabeza y rociando el pelo de Aurelia con hilos frescos verdes.

Robert se rió, moviéndose rápidamente subiendo sobre la pasarela pintada de blanca al lado de ella. - El no está impresionado con usted, su majestad.

Ella dobló su cabeza hacia Robert y la sacudió, liberando una nube de heno en su cara. - Eso es sólo porque él aún tiene que tomarse el tiempo para llegar a conocerme. - Como Robert se agitó lejos la nube, ella lo miró airadamente. - Y es Aurelia, no su majestad, para él y para usted.

- Aurelia, - su voz suave mientras el alcazaba un poco de heno verde detrás de la oreja de ella.

- Ahem. - El sonido de un hombre despejando su garganta asustando a Robert casi derribándose de su percha. Drew Fielding, vestido completamente de satén negro brillante, se mantuvo en la sombra de un alto rayo.

Sus botas negras descansadas sobre el piso polvoriento, y su cabeza permaneció más altas que los jefes de ambos compañeros colocados sobre la pasarela del puesto. Dientes blancos brillaron en una amplia sonrisa. - Alegre de verle, chaval. Usted es justo a quién hemos estado esperando para hablar.- Robert luchó para recuperar su calma. - ¿Lo estaban?

- Seguro. Estoy aquí para reunirme. - Drew dio un paso hacia adelante, ofreciendo una mano a Horizonte. - Díganos sobre este caballo. Él no puede haber sido criado por aquí. - El semental olió los dedos del jinete y lo tiró lejos.

Robert deslizo una mano sobre la fría nariz de horizonte y sobre su

cálida frente - No, pero su madre lo era.

- ¡Fantasía! - Aurelia exclamó, refiriéndose con los cabos finos a la madre de Bahía. - Padre le dio a los Vantauges una vez que la familia salió del palacio.- ella brincó sobre la pasarela de puesto en el triunfo, y dio vuelta hacia Drew. - Le dije que él era la parte la nuestra. Mire su cabeza. Nada de asombroso es similar a la de Bianca. Ellos ambos tienen la misma presa.

- ¿Bianca? - Robert preguntó, frotando el pelo liso negro sobre la clavija de Horizonte.

- Mi yegua,- dijo Aurelia. - Ella tiene la misma cabeza delgada, pero no es tan rebelde como lo es el tuyo.

- Lo rebelde le viene de su padre, - explicó Robert. - Mi madre cuidó a un trampero con pulmonía, y él nos dio un caballo salvaje rojo en agradecimiento. El trampero reclamó que el rojo era un semental del desierto de Geordian puro, ganado en una partida de juego. Mi padre nunca creyó la historia. El caballo no vivió mucho tiempo, se enredó una pierna en una valla de alambre de púas después tener su único potrero.

- Horizonte nunca ha sido tan imprudente como su padre, - siguió Robert, dejando caer su palma a la mejilla roja marrón del semental, luego arrebató su mano mientras el caballo roto de rojo con sus dientes grandes. - Pero hay veces que creo que debe descender de caballos de desierto. - El silbido chillón en desafío cuando Horizonte encuentra otro semental, la facilidad con que él rompió flojo del prado durante un incendio de matorrales, él recorrió los campos sin quejarse o sudar. - Él nunca ha sido exactamente domesticado.

Dirigiendo sus próximas palabras a Drew, Robert dijo. -Esperaba que pudieras decirme más sobre él.

- Usted quería decir, que esperaba que yo pudiera demostrar que la historia del trampero de algún modo por mirar este caballo. - Drew rió en silencio. - La verdad es que, no puedo refutarlo, que dice algo. Quienquiera el padre era, él no fue criado alrededor de la capital. Me he enterado sobre los caballos en el Geordian, pero no sé qué creer. Ellos, como se dice, son rápidos, con una resistencia fabulosa así como compitiendo con la velocidad. La tribu de hombres en el desierto no comparte su equitación fuera de la región. Si este semental es un ejemplo de esos caballos, quizás tenga planeado viajar por allí yo mismo. Él es algo. ¿Has corrido con él en alguna competición?

Robert sacudió su cabeza. - Nunca he corrido competitivamente, no confío en el con otros corredores. El no lo hace bien cuando lo necesito. Nunca he sido vencido cuando corro con alguna otra persona.

- Me gustaría verlo sobre el hipódromo de palacio, - Drew indicó, controlando su mano en un golpe liso abajo en el cuello lleno de gracia del semental. - Justo a tiempo usted sobre él en una carrera muerta, ninguno de los otros caballos alrededor. Entrenado por un jinete o no, esto nos daría una idea si él tiene la verdadera velocidad de carrera.

Robert encogió sus hombros. - No tengo el tiempo para pasar montando a caballo alrededor de la arena ahora mismo.

- Ah, vamos, Robert,- bromeó Aurelia. - Si usted el tiene el tiempo para gastar mirando una reunión del consejo, usted debería dar una verdadera carrera a este muchacho. - Ella estiró una mano hacia el semental, y Horizonte resopló en su cara.

- Tú solo quieres que yo compitas porque eres un buen competidor, y tu quieres avergonzarme en una carrera,- Robert la acusó.

Aurelia arrancó un cabestro de cuerda de la pared y giró el final flojo. - ¿Qué es lo peor que podría pasar? Él podría lanzarle, pero con aquella cabeza difícil de usted, usted no sería mucho peor.

Robert hizo apartar su vista de ella, - Tengo otras prioridades ahora mismo. Sí y cuando aquellas sean resueltas, pensaré en su sugerencia. La cuerda de giro vino a un alto, y él lamentó haber usado la palabra Sí.

- Hablando de prioridades.- Dijo Drew, rompiendo la calma, - si todavía le gustara visitar lo que cicatrizó el semental, he encontrado un camino para usted para manejarlo.

- ¿Tienes acceso a los establos de Elise? - La cara de Aurelia se iluminó.- ¿Cómo, estas intentando entrar?

- Oh no.- Dijo Robert. - Tú no vas. No te quiero cerca de ese caballo. Además es muy improbable que pases desapercibida. Un cambio de ropa no es suficiente para mantener secreta tu identidad en ese lugar.

Ella pegó con la mano el cabestro atrás sobre su gancho y saltó en la tierra. Cruzando sus brazos sobre su pecho, ella fulminó con la mirada encima a Robert. - Supongo yo podría ganar el acceso por la puerta delantera.

- No.- Robert saltó hacia abajo al frente de ella. - Si usted llega con un séquito, aquel equipo de caballos podría desaparecer.- Su barbilla salió, y él podría oír el aire entrar precipitadamente sus ventanas de la nariz; pero ella no discutió. Robert dio vuelta hacia Drew. - ¿Cuándo iremos?

Las arrugas plegaron la frente del jinete, y sus ojos volvieron corriendo y en adelante entre los dos jóvenes. - Esta noche,- él

Aurelia

Anne Osterlund

contestó.

Capítulo 8

Profundidad.

Aurelia se dirigió hacia la biblioteca detrás del palacio. Esperaba armarse con una novela para la venidera noche de insomnio. No era justo, pensaba, que Robert pudiera ir a investigar esa noche y ella se quedara a enfrentar los terrores de su propia imaginación. Una fría corriente de aire pasó por el corredor, y tuvo que abrazarse alrededor de su pecho para protegerse del escalofrío. Esta sección original del palacio con sus áridas paredes y techo eran imposibles de mantener en calor. Para su sorpresa, la puerta de la biblioteca estaba abierta. Nadie, excepto por su padre y ella, iba allí.

- ¿Padre?- Aurelia miró detenidamente a través de la puerta una de las esquinas de la biblioteca. El modelo de vidrio coloreado en la única ventana dejaba pasar la mayor parte de la luz de la tarde. Una cabellera gris se dio vuelta hacia la puerta, luego se volvió, inclinándose a lo largo de una estantería. Los cansados ojos de aquella figura y los hereditarios músculos de su rostro, pertenecían a su padre.

- Si.- La palabra salió en una sorda respuesta mientras se recostaba sobre las portadas de libros.

- Estoy... Estoy sorprendida de verte aquí,- tartamudeó ella.

El suspiró. - Admito que no he venido aquí en los últimos meses. Siempre supe que estoy en problemas cuando estoy demasiado ocupado leyendo.

- Puedo volver luego si quieres estar solo.- Ella trató de marcharse, la razón por la cual había ido estaba palideciendo ante la memoria de la confrontación de esa mañana.

- No.- El sacó un grueso libro de un estante y lo sostuvo en su rostro.

- Deberíamos discutir la reunión del consejo.

Ella levantó su cabeza y dio un paso adelante. - Lamento por hablar de nuevo, pero mi opinión es tan válida como la de cualquiera.

- No cuando le faltas el respeto a tu madrastra.- Contestó él.

Discutir con él acerca de los méritos de Elise era infructuoso. Aurelia gruñó por dentro, sentándose en una silla de espalda curvada. Olor a polvo y cuero salió del mueble. Una lámpara y un mechero se encontraban en la mesa a su lado, y observó el tubo encendido de

cristal.

Más tarde sintió como si no pudiera alcanzar a su padre, como si una pared los separara. Quizás, ahora, sin nadie allí, ella pudiera derribar esa pared. Tomó la oportunidad para contarle acerca de la protesta en el mercado dos días atrás. - Los guardias deberían ser reprimidos,- finalizó.

- Sus apuros por tomar acción podrían haber causado heridas o inclusive muerte.

El rey posó su libro en la mesa al lado de la lámpara y frotó su frente. - Los guardias quizás actuaron demasiado pronto, pero ellos actuaron en nombre de tu bienestar. ¿Podrías tratar de no ignorar tan explosivas situaciones por un tiempo?

Por primera vez, Aurelia se dio cuenta de la causa por la cual los guardias estaban comportándose tan sobre protectores. Ellos temían otro intento de asesinato. Se ruborizó, avergonzada de no haberse dado cuenta antes. -¿Todavía tienes la intención de hacer cumplir el impuesto al mercado?- Preguntó ella.- ¿O el saber esto dañará a los vendedores cambiando tu opinión?

El se sentó en una silla a su lado. - No tomé esta decisión sin pensarlo. El reino no puede moverse sin fondos, y los vendedores en el mercado ganan tanto como cualquiera cuando la gente viene al pueblo por un acto real.

Ella no había pensado en eso. - Pero ¿qué hay de los argumentos de la gente por tener una voz en el proceso? Tal vez puedas invitar a algún líder de ciudad a las reuniones del concejo.

- Lo he considerado, Aurelia, pero a diferencia de ti, no estoy ansioso por descartar años de tradición. Tal cambio tendría resultados que ni tú ni yo podríamos predecir.

- Los resultados podrían ser positivos.- Ella se levantó. - Además, Tyralt está cambiando. Con la colocación de la frontera y el ascenso de escuelas, la gente tiene más oportunidades que en el pasado. Ellos no necesitan un Señor o una pared de piedra para protegerse del peligro. Pueden hacer sus propias decisiones y pertenecen sus propias tierras. Pueden viajar a otras partes del reino, y decidir su propio estilo de trabajo.

Pensó acerca de los padres de Robert y como habían desistido la vida de palacio para forjar su propio hogar. Pensó también en la esperanza que había visto en los ojos de sus compañeros de clase mientras escalaban los primeros pasos hacia la universidad. Pensó acerca de sus propios sueños. Y los empujó lejos. Su fue firme. - El concejo debería adaptarse a esos cambios.

El rey levantó su mano. - Cuando seas reina, puedes ver qué se hace.

Ella odiaba la idea de su futuro descansando en la muerte de su padre. *¿Cómo sabré qué hacer, pensó, si nunca me dejas tomar decisiones? ¿Qué tal si fallo y no puedo pedir concejos porque tú te has ido?* - Quiero ayudar a la gente y en efecto ahora. Estoy cansada de sentirme impotente. Antes de que te convirtieras en rey, ¿no te frustraba tener que esperar para tener la palabra?

- Si quieres liderar, entonces debes mostrar la paciencia requerida, Aurelia. Ser un líder se trata más acerca de compromiso que de tomar decisiones.- El volvió a posar sus ojos en su libro.

- Sí, padre.- Ella peleó contra qué decir luego. Quería hablarle acerca de su vida, de tenerlo para abrazarle y decirle que las cosas estarían bien, que él la protegería. Su padre, el hombre que había perdido su hijo y a su esposa en menos de un mes; el hombre que había pasado un año en pena fuera del alcance inclusive de su hija de tres años; el hombre que se había casado otra vez, empezado una nueva vida y no quería que nadie ni nada interfiriera con esa vida. Ella no encontraría seguridad y comodidad allí. Su método de manejar el dolor era pretender que aquel dolor no existía.

Su mirada fue hasta una pila de libros sobre la mesa. Relaciones de poder, Uniones Reales, Contratos de Matrimonio. Con horror, sus ojos volaron hacia la portada del libro que sostenía su padre: Alianzas Históricas. - ¡Estás rebuscando mi matrimonio! - Acusó.

El miró por encima de su libro. - ¿Preferirías que no lo hiciera?- dijo. - ¿Preferirías que te dejara con el primer hombre que viniera, a pesar del impacto que esa unión tendría? Sinceramente, Aurelia, reclamas que quieres poder, pero te niegas a tomar responsabilidades en encontrarte un marido.

Ella chisporroteó en rabia. -¿Responsabilidad? ¿Qué responsabilidad? Tú eres quién está decidiendo con quién debería casarme.

- Por supuesto. No puedes tomar tan vital decisión.- Su voz se profundizó. - El futuro bienestar del reino depende del partido que hagas. Conoces esto, Aurelia. Deja de comportarte como una niña. No estás siendo de gran ayuda. De hecho, pareces decidida a interrumpir el proceso entero.

- ¿No estoy permitida a elegir con quién me caso, y piensas que debería soportar el proceso?- Sus manos se apretaron en puños. Podría sentir el calor flamear en sus mejillas y su sangre latir por sus venas.

El golpeó el libro al cerrarlo. - Sí. Ya tuve que explicarles tu comportamiento a los hombres que rechazaste. Quizás no fueron la mejor elección, pero deberías por lo menos hacer tus rechazos parecer poco dispuesto. Cada vez que ofendes a uno, me haces más difícil encontrar un esposo para tí que pueda mejorar la política de

Tyralt.

- Bien.- Espetó.

El hizo rodar sus ojos y la confrontó con un último golpe. - Eres igual a tu madre.- La declaración se adhirió al aire, y ella sintió la pared invisible volver a construirse entre ellos.

La pared Tyralian se fue alejando a medida que Robert se encaminaba hacia el este. Drew cabalgó a su lado sin hablar, dejando el sonido de los cascos de caballo resonar en los últimos momentos del crepúsculo. Masivos troncos de árboles lineaban el borde del camino occidental. Las ramas inclinadas con brillantes hojas verdes llenaron el aire de un fuerte olor a abeto. Por la izquierda, las tierras libres de labranza con campos de diminutas fresas y setos de baya dieron el paso hacia cuevas apacibles.

- Recuerda, amigo.- Drew rompió el silencio. - Nadie entra a Tierra Midbury sin una invitación. Iremos allí gracias a un buen amigo mío, y hasta donde él sabe, vamos a ver un potrillo. Nada más.- El jinete se detuvo, tal vez esperando que Robert le explicara la verdadera razón detrás de aquel largo viaje, pero ninguna explicación estaba viniendo. Drew ya sabía más de lo necesario.

Después de más de una hora de viaje, los dos jinetes se dirigieron al norte hacia un camino sucio cortando en el bosque Kryshan. La oscuridad manchaba el aire, y Robert guió su montaje a lo largo del borde del camino. No tenía deseos de caerse en el camino de algún carruaje a lo largo de esa ruta. - ¿Cuán lejos estamos del estado de la reina?- preguntó mientras esquivaba una rama baja.

- Estás en ello, amigo. Lo hemos estado desde que salimos del camino general. Estamos a mitad de camino ahora.- Drew apuntó hacia delante. Una pared gruesa surgió de entre los árboles, su altura indicaba la pared externa del palacio. La puerta estaba cerrada y el guardia lucía severo. Robert estaba contento de dejar a Drew explicar el propósito de su entrada. El jinete no mencionó al potrillo, solo el nombre de un amigo que estaba esperándolo. El guardia gruñó e hizo señas a otro hombre para que sacar el pestillo y abrir las pesadas puertas de hierro. Drew y Robert cabalaron dentro.

Edificios que brotaban chimeneas como si fueran cuernos surgieron de la noche. Gárgolas parecieron silbar desde el alero de una vieja finca, y una nueva pareció contra nubes de oscuridad.

Harapientas ramas de árboles vigilaban los cruces de camino, y en el corazón de la finca se encontraba el famoso establo Midbury.

Después de desmontar, Robert ató a Horizon en un poste. Luego dio un paso a través de las puertas del establo y sintió caer su mandíbula. Hilera tras hilera de interminables puestos se extendían ante él, cada corredor iluminado despistaban lo tarde que era. Los

pasillos de tierra habían sido barridos y el olor a heno fresco apagaba incluso el olor a estiércol.

A su derecha, una puerta abierta revelaba un pequeño establo. Se desvió hacia él, mirando con asombro a las perfectas bridas y cabestros organizados por tamaño. Mantas, limpias y dobladas, cubriendo dos estantes, y en los otros estantes había no menos de dos docenas de sillas de montar: todo tipo, todo tamaño, todos los matices. Sintió su estómago caer.

Drew tomó de la camisa a Robert y tiró, dirigiéndolo por un largo pasillo flanqueado por puestos de venta en cada lado. - No hay necesidad de hacer obvio que nunca estuviste aquí antes,- espetó Drew. - Quédate cerca. El primer marido de la reina hizo de este lugar un laberinto maldito.

- ¿El lo construyó?

- Lo diseño. El hombre era un arquitecto famoso, diseñando proyectos por doquier, incluyendo nuevas secciones del palacio. Hizo de los establos su proyecto luego de que Melony nació. Quería quedarse cerca de su hija. Pero no funcionó. Le dio fiebre y murió pocos meses después. La reina condujo la construcción final.

Un hombre bajito sentado al revés en una silla bloqueó uno de los lados del pasillo. Dedos viejos cepillaban una brida con un paño negro. - Ey Harvey.- Drew empujó a un lado a Robert. - Gracias por dejarnos ver tu nuevo potrillo.

Harvey levantó la vista de lo que estaba haciendo, se formaron arrugas alrededor de una amplia sonrisa. - Lo que me gustaría saber es cómo supieron que ese potrillo iba a ser traído esta noche. Eres el único individuo que sé que podría viajar dos horas para llegar y dos horas para regresar en la oscuridad solo para ver un caballo.

- No lo creo.- Drew le palmeó el hombro. - Supongo que tú has hecho unas pocas locuras en tu vida por el amor a un caballo.

Harvey sonrió. - Más que pocas, pero, en serio ¿Cómo supiste acerca del potrillo? Edward de Anthone tuvo muchos problemas para traerlo aquí, y nos tenía bastante intimidados con quedarnos a la madre.

- Tuve suerte.- Drew alzó su mano. - Este muchacho ha estado molestándome con preguntas sobre caballos del desierto. Empecé a investigar, y un compañero por los muelles me dijo que estabas por recibir un verdadero potrillo de desierto esta misma noche. No pude despreciar la oportunidad, y de verdad me complace que dejaras venir a Robert.

- Lo que Edward no sabe no lo lastimará.- Harvey sonrió.

-Hablando de Edward,- dijo Robert, - ¿Por qué está instalando este

potrillo aquí y no en el palacio?

- Sospecho que es porque los caballos del desierto no se suponen que sean criados fuera de Geordian.- Harvey replicó. - Los criadores de caballos pelearon por años para tener derechos sobre los caballos geordianos, pero garantizaron tratados a tribus de todos los recursos dentro de su territorio. Las tribus en la parte de Anthone dieron a los monarcas de su reinado cada caballo, pero solo si todos los descendientes eran devueltos a la tribu. Supongo que Edward no quería que se rumoreara acerca de haber roto el tratado.

Harvey bajó su tono de voz. - Trato de mantener mi nariz fuera de la política. Hemos tenido caballos de cada pueblo en la región. Un potrillo georgiano del desierto, por cierto, es algo que nunca pensé haber visto en mi vida.

- Escucha, Harvey, no quise interrumpir tu trabajo.- Drew miró a Robert. - Parece que tenemos unos minutos hasta que el potrillo llegue, me gustaría mostrarle a mi amigo el lugar. No es como si todos los días un jinete pueda ver algo a la escala de Midbury.

Harvey sonrió. - Muéstrale. Solo actúa como si pertenecieras aquí y nadie te dará un mal momento.

Robert siguió a Drew pasando docenas de caballos hasta que Harvey desapareció detrás. Luego de girar por un corredor tan vasto como el primero, pero en este caso estacionando equipos, Drew continuó otros veinticinco metros y apuntó a su izquierda.

Seis caballos blancos. Robert tomó rápido el semental y él también lo eligió. Ninguno de los otros caballos en los establos habían respondido a su presencia con más de un estiramiento de cuello; pero este semental resopló, sacudió su cabeza, y caminó hacia atrás.

- No es muy aficionado a los visitantes, más que uno.- Dijo Drew.

Un escalofrío recorrió la quijada de Robert. Ojos salvajes fueron en su dirección. La cabeza negra se elevó; cuello tensado. El semental se acercó, levantando su pecho y golpeando la madera con las mismas poderosas patas delanteras que habían perseguido a Robert en sueños. El polvo se elevaba de la puerta, y un ruido hizo eco en el pasillo, llamando la atención.

Robert se alejó hacia atrás, llevándose a Drew hacia una esquina.

- Ahora, yo,- bromeó Drew, - elegiría cualquier otro caballo en este establo por dejar mi dinero.- Robert ignoró el comentario. En el fondo de sus pensamientos, no había creído que los caballos estarían allí, no el mismo equipo de la noche del Carnaval, no ese escalofriante semental. - ¿Era él?- Dijo el jinete.

Robert asintió, con la realidad acentuándose. - ¿Hay manera de saber

quién lo condujo dos noches atrás?

- Podrías tratar de preguntar. No hay muchos jinetes que puedan manejar un equipo como este.

Algo en el tono de Drew hizo que Robert lo mirara. - Tú sabes quién maneja ese semental.- Acusó.

El jinete dudó. - Conozco un amigo que manejó este caballo. No estoy muy seguro de que fuera él quién manejó la noche en que lo viste.- Una pausa. - Harvey tal vez sea capaz de decirte. El ve todo.

Robert volvió sus pasos, con el nombre del jinete, podría tener el nombre del asesino, al menos un asesino.

Harvey todavía estaba sentado en la banqueta del pasillo, sus dedos limpiando otra brida. - ¿Disfrutó su visita, jovencito?

- El estaba disfrutando hasta que nos topamos con aquel semental negro tuyo,- Drew preguntó.- ¿Cómo era su nombre?

- Animosidad.- Harvey frunció el ceño. - Un nombre estúpido para un caballo.

- Parece un puñado.- Dijo Drew, golpeando un costal de granos con el pie. - Nunca vi a nadie más que a Gregory sacar ese caballo.

- Nadie más puede manejarlo.- Un olor amargo de pulidor flotó en el aire mientras Harvey sacudía un trapo.

Metiéndose en la conversación, Robert dijo. - Creo que vi ese equipo con el semental un par de noches atrás.

Harvey asintió. - Gregory los tenía listos por la tarde, la noche del Carnaval.

Gregory, Gregory, Gregory. - El nombre del asesino pulsaba los pensamientos de Robert. No era solo un conductor, sino también un hombre con nombre. - ¿A Dónde está?

- ¡Está aquí!- Un grito distante interrumpió la conversación antes de que Harvey pudiera contestar. - En el corral, Este.- Una multitud surgió del corredor desde las esquinas, de los puestos de venta, a través de las puertas; los establos de pronto estuvieron abarrotados de hombres, mujeres y niños. Robert siguió el pasillo con Drew y Harvey.

- ¿De dónde viene toda esta gente?- preguntó Robert, luchando con sus pies para mantener el ritmo de la multitud, yendo de una esquina a otra.

- De todo Midbury,- contestó Harvey. - Este lugar está atestado de túneles subterráneos.

Señaló a la derecha, donde una fila de siete u ocho puertas forraban una pared. - Cada una de esas puertas lleva a algún lugar. Esa que

está allá te llevará un par de millas al Este hacia el bosque. En caso de que alguna vez quieras caminar dos millas en la oscuridad.

Robert no tuvo tiempo de considerarlo a causa de la aglomeración que lo llevó contra las planchas de un corral. Una cabeza de oro se irguió en el centro del corral. Correas oscuras rodeaban el rostro del potro, y una cuerda montada como si fuera ropa mojada.

- Es de las carreras de edad.- Señaló Drew.

El potro se movió de su postura, galopó en un círculo, y se irguió como un sol abrasador en la oscuridad. Los músculos de los hombros brillaban por encima de la espalda lisa y una poderosa parte trasera. Sus ojos llenos de temor, y la cuerda colgando peligrosamente. Robert peleó contra la súbita urgencia de apartar a toda la multitud.

Señalando a un hombre sentado arriba de la parte más alejada del corral, Harvey dijo. - Hablando de Marcus Gregory.

El asesino. Desde la distancia, Robert no pudo reconocer sus rasgos faciales, pero estudió su pelo abominado, los largos brazos, torso delgado, piernas cortas. Tal vez un poco más alto que cinco pies de altura, el hombre no podía pesar más de 110 libras, - el inconfundible cuerpo de un jockey.

La evaluación de Robert fue confirmada de inmediato. Gregory se precipitó en el paddock, tomó la cuerda floja y saltó sobre el potro. Con terror, el caballo trató de derribar al invasor, pero Gregory se aferró al vientre de oro con fuerza. Los músculos del brazo tensados por el agarre de los crines del caballo. La cuerda cedió, derrotando al potro hasta que la sangre goteó de su oído.

Instintivamente Robert luchó por adentrarse, anhelando sacar al matón de la espalda del caballo. Drew lo tomó fuerte del hombro. - No puedes ir ahí, muchachito.- Dijo Drew. - Da la vuelta, y vuelve a los establos.

Robert salió, incapaz de remover la visión de sangre de sus pensamientos. El tenue sonido de la voz de Drew disculpándose con Harvey, se escuchó de fondo. Robert caminó sin siquiera ver, por el corredor, por otro corredor, alrededor de otra esquina, una y otra vez. Una red roja cubrió su mente, interfiriendo con su habilidad de discriminar. No podía distinguir un establo de otro, y mucho menos una fila o una intersección. Paredes y pasillos vacíos se cernían sobre él. Cuanto más corría, más lo encerraban, hasta que los puestos de venta habían desaparecido, el heno, las horcas, y la luz.

Emocionalmente agotado, recostó su cuerpo contra una viga y esperó a que sus ojos se adaptaran a la repentina oscuridad. Debió haber dejado los establos. En lugar de establos, se topó con una pared, con puertas y ventanas con rejas. Se alejó de la viga para espiar por una

ventana.

El olor a orina y heno mezclaron su interior. Los músculos del estómago se tensaron y vació el contenido sobre la tierra. Aún con nauseas, se llevó la mano hacia el pecho, luego deslizó su mano para cubrir su boca y nariz. Sus ojos se forzaron a mirar hacia la oscuridad. Apenas podía distinguir cadenas de metal ancladas a los largo de la pared del fondo. Un calabozo, probablemente fuera de uso, pero todavía oloroso.

Dio la vuelta, más ansioso que nunca por alejarse de su entorno. *Solo vete*, se dijo a sí mismo. *Una vez que salgas de este edificio, puedes caminar al exterior y encontrar a Horizon*. Avergonzado por caminar cegado, Robert volvió a los establos y giró hacia un corredor. *Sigue moviéndote en esta dirección. Tarde o temprano, encontrarás la pared exterior o una salida*.

Efectivamente, en menos de diez minutos, entró al aire libre. Sus pulmones se expandieron con alivio... y se contuvo.

No más de cinco metros de la entrada del establo había un carruaje negro, sus lados elegantes se mezclaban con la oscuridad. El carruaje de la noche del Carnaval. Y de la puerta del carruaje salió Edward, rey de Anthone.

Capítulo 9

Cortejo peligroso.

La capa de armas Vantage en la pared de la sala de estar, parecía mirar a Robert con decepción. Cayó en la silla de su tío. Una semana completa había pasado desde el viaje a Midbury, y estaba más cerca de resolver el caso de lo que había estado la noche que Edward salió de ese carruaje negro.

Tal vez el rey Edward no estaba implicado en el complot en lo absoluto. Tal vez él estaba aquí únicamente en una misión diplomática; pero cada día que pasaba, Robert lo encontraba menos y menos probable. El rey antoniano no daba señales de regresar a su propio país, ningún signo de cooperar con el padre de Aurelia, ningún signo de disfrutar de Tyralt. Día tras día, se reunió en la cámara oficial del Rey Lauzon, pero nada parecía salir de las reuniones.

Aurelia podría saber más, pero eso no ayudaba demasiado a Robert. Se pasó las manos por las ondas de su pelo en la frustración. Aquí estaba el meollo del problema. Durante una semana, había estado tratando de hacer contacto con la princesa heredera en vano. No podía encontrarla a solas, y las notas que le había dejado con su doncella nunca regresaron con una respuesta. Pensando que alguien podría estar interviniendo sus mensajes, incluso había enviado a Chris a entregar una nota en su lugar. No había habido respuesta.

-¿Ha habido suerte con Su Alteza Real? -Chris asomó la cabeza en la puerta.- He oído que va a estar atascada en la sala del trono durante todo el día.

-No a menos que considere el silencio como algo afortunado.

Chris entró, se quitó la correa de la vaina por sobre su cabeza, y apoyó la espada contra la pared. -¿Algo más en lo que pueda ayudarte?- preguntó.

-¿Has oído hablar de un hombre llamado Marcus Gregory?

-¿Marc Gregory?

-Marcus, sí. Trabaja como un conductor para los establos de la Reina, y estoy seguro de que es un jinete también.

Una mirada desconcertada cruzó el rostro de Chris. -Tú sabes la poca atención que le doy a los caballos, Rob. Puedo preguntarle a mi padre. Él nunca tiene un minuto libre, pero siempre puedo evocar una

manera de meterme en problemas. Eso debería recabar su atención.

-No te molestes. Ya se lo pregunté. Además, está ayudando a que el rey Edward esté lejos de Anthone de nuevo.

Chris apoyó un pie en el peldaño inferior de un taburete. - Creo que deberíamos simplemente enviar el viejo buitre de vuelta a su reino antes de que Edward arranque en una política más Tyralian.

-Puede hacer algo mucho peor que rasgar en la política.- Robert se levantó y cruzó al otro lado de la habitación, cerca del escudo de armas. El gran escudo con su símbolo de barras de oro en las que se apoyaba la corona, se burlaba de él. ¿Qué le hizo pensar que podría seguir la tradición familiar? Se volvió de modo que el escudo estaba a su espalda.

Los ojos de su primo fueron amplios. ¿Crees que Edward está detrás del complot de asesinato?

Robert abrió la boca para explicar y, a continuación, la cerró. Las palabras de su padre se deslizaron en sus pensamientos. Nunca hagas una acusación hasta que todas las piezas caigan en su lugar. - Escucha, Chris, realmente necesitamos saber lo que Edward quiere del rey.-

-Yo puedo intentarlo de nuevo, pero he hecho la pregunta cinco veces la semana pasada después de la reunión del Consejo. Mi padre dice que no es mi asunto.

¡Ahhhhhh! Robert se giró y golpeó su mano contra la pared. El escudo de armas se deslizó de su gancho, con un golpe en la mesa de abajo, y se estrelló contra el suelo. Cuando el estruendo se hizo eco en toda la habitación, ambos primos se quedaron mirando el metal dañado. Una abolladura profunda en el empañado símbolo central del escudo.

-Voy a ver lo que puedo encontrar,- dijo Chris, dirigiéndose a la puerta.

Robert se apoyó contra la pared, con las rodillas y la frente pegada a la superficie desnuda. Su desliz de la lengua en este momento sobre el Rey Edward, recordó a Robert que debía tener cuidado al compartir sus sospechas.

¿En quién podría confiar? Tenía una sensación de hundimiento, y sabía por qué su padre había tenido que escapar de este trabajo. ¿Quién era probable que hiciera un complot contra un miembro de la familia real? Las personas de alto rango. La gente a la cual Robert no podía permitirse el lujo de perseguir sin consecuencias. La reina. El rey del reino vecino. Y todos aquellos que ocupan cargos por debajo de ellos.

Añadiéndole a esto el hecho de que Robert no podía compartir sus

temores con el padre de Aurelia sin pruebas, y casi todo el mundo se convertía en un refugio poco confiable de información. El Tío Henry quería a Aurelia viva, sí, pero trabajaba para el rey primero. Y Robert no podía pedirle a Chris que retuviera información de su padre. No es que Chris no hubiera estado dispuesto a hacerlo, pero con un padre como el tío Henry, la planificación de guardar un secreto, y realmente hacerlo, son dos cosas diferentes.

Pero mantener a Chris fuera de su circuito, creaba un agujero en los recursos de Robert. Chris tenía los contactos y el conocimiento real sobre la vida de la corte. Sin Chris, Robert necesitaba ayuda. Alguien dentro del palacio. Alguien en quien confiar. Alguien con el mismo conocimiento que su primo. Además de Chris, sólo una persona encajaba en esa función. Robert se enderezó. No podía esperar más. Si Aurelia estaba en la sala del trono de hoy, pues era allí donde iba a hablar con ella.

Aurelia sintió a Robert agarrarle el codo. Ella se sobresaltó, no estaba acostumbrada a que nadie la toque cuando ella estaba vestida para la corte. Los guardias en la puerta de la sala del trono saltaron hacia adelante y, en su sorpresa, apenas si recordó hacerles señas para que se retiren.

-Necesito hablar con usted,- dijo Robert.

-Déjeme ir-, le espetó. - Esta sala tiene mil ojos-. Durante días había estado esperando para que le contara sobre su viaje a Midbury, y ella no lo había visto ni una vez. Si su padre no hubiera exigido su presencia hoy, se habría escabullido para el refugio de las calles de la ciudad, sola, ya que su acompañante ya no era lo suficientemente preocupado como para ponerse a su disposición.

Ella tiró de su brazo lejos. Para alguien que estaba tratando de protegerla, poco se dio cuenta del peligro al que se exponía. Los chismes en la habitación del trono eran un arma más destructiva que un cañón. Incluso ahora podía sentir el veneno de la mirada de su madrastra en su frente.

El intento de salvar su reputación fue en vano. Al continuar hacia su lugar, en la esquina frontal izquierda de la habitación, la agarró del codo de nuevo. -Hoy, Aurelia. Necesito hablar con usted hoy. He enviado varios mensajes la semana pasada, pero no ha respondido.

Frunció el ceño. -Tengo que pasar todo el día en la corte. Así que el único momento en que puedo verlo será después de la cena.- Su voz se endureció. -Ahora, por favor quite la mano de mi brazo.

La ira enrojeció su rostro, pero no reconoció la causa hasta que ya habían caminado hacia el altar y tomado asiento. Por supuesto que él estaba enojado. Él pensó que ella se había negado a responder a sus mensajes, pero nunca había recibido ninguno. ¿Alguien le impedía

que la ayudara? Parecía imposible. Las únicas personas que sabían por qué estaba allí eran su padre, Enrique, y Chris. Ellos no lo mantendrían alejado.

¿Quién más tiene el poder de ser su pantalla de mensajes? Su mirada se sumergió en Elise. La reina se sentó en el estrado junto a su marido con el porte rígido y el mismo polvo que siempre llevaba en la corte, una expresión congelada en cada peticionario y huésped de honor.

El enojo creció en Aurelia, ampliándose a medida que avanzaba la mañana. El calor de un día extraordinariamente bello irradiada a través de las ventanas en arco y era filtrado en cada rincón de la sala del trono. No perdonaba a nadie: ni a los peticionarios amontonados en el fondo, ni a los cortesanos que llenaban la habitación, ni al rey y la reina sentados en el frente, ni a las princesas sentadas en sus sillas doradas en los lados opuestos de la sala. Gotas de sudor se alineaban en su escote y en sus cosquillas y en la parte baja de su espalda. El calor empapaba su falda y su vestido de corte, y su mente se extendió por una vía de escape.

Desde su lugar entre el rey y los cortesanos, podía ver todo y a todos: los patrones de oro en el lado del trono de su padre, las manos agitándose de los aburridos miembros del público, y la mirada sombría en el rostro de Robert cuando se desplomó en una silla en la puerta. Parecía totalmente frustrado y, sin embargo, allí estaba él, esperando, a pesar de que se había despedido de él cuando se había acercado a ella. Era un rasgo exasperante suyo, esta indiscutible paciencia. La única forma de pasarlo, era darle lo que él quería.

La salvación se deslizó en su mente. Su espalda se enderezó, con los hombros cuadrados, y la cabeza levantada. La terquedad de Robert podría ser tan poderosa como la suya. ¿Por qué no darle lo que quería y satisfacer sus propios deseos, al mismo tiempo? Si era lo suficientemente valiente como para tomar un riesgo.

Hizo un movimiento rápido hacia un criado. -Necesito una pluma y varios pedazos de papel-, susurró. En unos momentos, el muchacho había regresado con una pluma, una botella de tinta, y tres hojas de pergamino rígido.

En la primera hoja, Aurelia garabateó un mensaje al personal de cocina. En el segundo, le escribió a los establos. El tercer mensaje fue para Robert.

Sr. Vantage. Si quiere completar sus trámites hoy, debe poder presentarse ante mi padre antes del medio día. Requiera de su permiso para poder asistir conmigo a un día de campo. Mi padre debe ser informado antes de que se me conceda el permiso para partir.

Ella no se molestó en firmar el mensaje. No era como si alguien en la

sala no se fuera a dar cuenta que se la había pasado a Robert. Su estómago se volvió en el pensamiento. Pero ya había ignorado las amenazas de chismes de la corte una vez esta mañana. Tal vez lo haría de nuevo. Estirando el cuello para comprobar su presencia, levantó la nota y se la pasó al sirviente.

Robert tomó el pergamino de las manos del niño rápidamente, como si lo hubiera estado esperando, y se preguntaba por qué había tardado tanto tiempo para responder a su demanda. Incluyó la cabeza sobre las palabras, y luego la miró a los ojos con una mirada de shock consternado. Podía ver los pensamientos que giraban en su mente: ¿un picnic? Y ¿presentarse a su padre? ¡En la corte!

Su mirada se mantuvo estable. Se dirigió al intimidatorio pasillo bordeado de cortesanos a la espera de una víctima que les distraiga de sus jaulas encorsetadas. Robert se puso de pie, y por un momento ella pensó que podría salir, rechazarla y dejarla atrás, quemándose a fuego lento durante el resto del día.

Pero en cambio se dirigió hacia el hombre que estaba con la lista de los que querían hablar con el rey. El nombre de Robert sería colocado en la parte superior, teniendo en cuenta la posición de su tío. En cuestión de minutos, la voz del locutor sonó en toda la habitación. - Con el gozo de su majestad, Robert Vantage.

Una extraña sensación corrió por las venas de Aurelia, no era el triunfo que había esperado sentir, sino algo más, como si se tratara de su propio corazón el que estuviera en juego, pasando por el pasillo frente a la crítica y susurros mirando escépticos.

Pero Robert no vaciló. Por primera vez en toda la mañana, no se sintió incómodo ni fuera de lugar. La ropa con que se presentó en el tribunal le hacía parecer como si hubiera nacido para usarla, y mantuvo la cabeza erguida cuando se acercó a la plataforma. Sus ojos se encontraron con confianza con la mirada del rey. Como si hablar con el Rey fuera perfectamente natural.

Aurelia se perdió el breve intercambio de saludos, sus pensamientos se enredaron con la emoción. Ella tuvo que recordarse a sí misma que esto era sólo un desafío.

-Su Majestad,- dijo Robert sin titubear, - Me gustaría su permiso para llevar a su hija a un picnic.- Nada inadecuado, nada de fantasía, cada palabra indicada, sin un destello de ansiedad.

Entonces, ¿por qué estoy nerviosa?

-Bueno, joven.- Su padre se echó a reír. -Está lejos de mí la idea de conceder o negar una oportunidad a mi hija. Podrá dirigirse a la princesa Melony con sus planes y proceder como ella considere oportuno.

El corazón de Aurelia cayó en picada. Por supuesto que el rey creía que Robert pedía a Melony. Los pretendientes de Melony rogaban al rey por las sobras del tiempo de su hija. Los pretendientes de Aurelia lo hacían con sobornos y mediadores. Ella no era conveniente o incluso bonita. Era sólo un medio para el progreso político.

Robert no permitió que el error afectara su comportamiento. En su lugar, le dio un cumplido a su padre. -Es un honor para mí tener un gobernante que valora los derechos de sus ciudadanos y miembros de su familia.

-Yo he criado a mis hijas para tomar decisiones sabias-, dijo el rey, asintiendo con la cabeza con orgullo.

Dentro de los límites de sus parámetros.

-Me temo que mi solicitud no fue clara,- Robert continuó, volviendo al punto principal de la conversación. -Yo había querido preguntar si podía pasar la tarde con mi antigua compañera de clase, la princesa Aurelia. Entiendo que su presencia aquí es importante, y no le privaré de su compañía si le causa dificultad.

Su corazón volvió a subir hasta su caja torácica, y se mantuvo erguida. Robert lo había hecho. Había pedido para cortejarla en público. ¿Y qué podía hacer a su padre? Acababa de ser elogiado por su valoración de la libertad de sus hijas, y había estado demasiado dispuesto a aceptar la alabanza.

-Sí, um, bueno..., -tartamudeó el rey, y luego logró decir un inestable, - mi respuesta se mantiene. -Puede solicitárselo a la dama en cuestión.

Robert asintió con la cabeza, como si hubiera esperado esa respuesta todo el tiempo. Aurelia tuvo que contener su deseo de aplaudir. Se sostenía a sí misma aún, esperando que él diera la vuelta y regresara caminando por el pasillo. Una vez que un pretendiente obtuvo el permiso de su padre, presentaría su solicitud a la princesa, ya sea a través de una nota escrita o una audiencia privada.

Robert, sin embargo, no se retiró por el pasillo. En su lugar, se volvió hacia ella, dio un paso adelante, y le dio una profunda reverencia. - ¿Qué dice usted, su Alteza?- Su voz se llevó por toda la habitación. - ¿Quiere venir conmigo esta tarde?

Su aliento la abandonó cuando sus ojos perforaran los suyos. Por un momento se olvidó de que ella lo había empujado a esto, que esta había sido su idea, en lugar de ser de él y que él estaba allí de pie en su petición. Todo su cuerpo se estremecía en la audacia de su acción. Entonces se dio cuenta de que esto era su venganza. Él estaba retándola a poner su reputación en la línea. El aire regresó a sus pulmones, y ella lo igualó en su mirada. -Sería un honor.

Escotar públicamente a la princesa heredera resultó ser menos que un honor privado. Bastó una mirada de Robert alrededor del patio para darse cuenta de su locura. Vestida con su ropa de montar, Aurelia estaba al lado de una hermosa yegua gris. La criada de la joven se situó en el codo de su señora. Y más de diez guardias a caballo se alineaban en la puerta principal, con sus monturas repletas de armas. Maravilloso.

Él debería haberlo sabido mejor. Aurelia debería haberlo sabido mejor. Ahora era demasiado tarde para escapar de regreso a las habitaciones del tío Henry, Robert la miró y se subió a su semental. Había renunciado a su posición anónima en la corte por la oportunidad de hablar con ella en privado, y ahora tendría suerte si alguna vez lograba un momento a solas con ella.

Sin ningún signo de arrepentimiento, ella golpeó en la yegua y pidió un joven para que trajera el caballo para su doncella. El joven hizo una reverencia, dio un paso atrás, y se adelantó con un semental beige enorme. Robert luchó para no reír. El caballo era más alto que Horizonte y debe de haber pesado unas cuarenta libras más, un caballo de guerra, tal vez incluso un cargador.

La joven tomó una mirada hacia la silla vacía del semental y retrocedió. -Yo... Yo no creo que pueda... Que... Me temo que no sé cómo montar, su Alteza. Tal vez pueda encontrar otra acompañante. -La muchacha bajó la cabeza con vergüenza. -Yo... Lo siento muchísimo.

Aurelia sacudió la cabeza. -Tonterías, pequeña. Estoy segura de que los guardias pueden servir como mis acompañantes. No lo pienses más. Vamos, Bianca.- La yegua gris irrumpió en un paseo antes de que la doncella tuviera incluso la oportunidad de responder.

Robert se detuvo se movió hasta quedar junto a la princesa. -Bien hecho-, murmuró entre dientes, -pero dudo que una docena de guardias será tan fácil de prescindir.

Hizo caso omiso de él, mostrando una sonrisa deslumbrante hacia Filbert, que estaba montado en la parte delantera de la línea. -Vamos camino a lo largo de la carretera de occidente. Abre el paso, cabo.

Una barrera de hombres armados y carne de caballo bloqueó la visión de Robert todo el camino por la ciudad y hacia el camino de Occidente. Horizonte, que no estaba más feliz que su piloto con la escolta tan cerca, pasó todo el viaje esforzándose poco y arrastrando los cascos. Para el momento en que un camino que llevaba al sur apareció, Robert estaba listo para estrangular a su caballo, por no mencionar a Aurelia, por haberlo metido en este lío.

Ella ordenó a los guardias que se detuvieran. -Espera aquí-, le dijo a Robert, y luego se dirigió hacia la parte delantera de la línea. Tomó el

momento para recuperar el rumbo. El Bosque Kryshan a su derecha parecía no terminar nunca. A su izquierda, un campo de bayas gruesas terminaba en la encrucijada. Un puesto de abedules alineados en el borde occidental de la carretera, y un puesto pintado con el escudo real, se levantaban al lado de los árboles. Esta debe ser la entrada a los jardines del palacio extendido, Robert pensó.

Momentos más tarde, un grito le llegó desde las filas. -¡Desmontar!- Los guardias a su lado se bajaron de sus caballos.

Aurelia galopó cerca y le indicó a Robert el camino del sur. La siguió en una pequeña colina y hacia abajo a través de una inmersión poco profunda, a la vista de la carretera principal. -Fue una experiencia horrible-, dijo tan pronto como los guardias ya no podían oírlo. -¿Qué le dijiste para despedirlos?

-Le dije a Filbert que él y sus hombres esperaran en la encrucijada, que los encontraremos allí más tarde.- Ella extendió una mano y la dejó fuera de la vista, en la corteza blanca de varios árboles.

-¿Y estuvo de acuerdo en eso?

-Al principio no, pero lo hizo después de que yo le recordara quién nos dejó salir por la puerta en la noche de Carnaval.

-¿Amenazó con decirle a su padre?

-No lo hice... yo no lo haría. Pero si Filbert piensa que lo haría, entonces se merece esperar en los cruces.- Alentó a la yegua para recoger su ritmo.

Robert detuvo a Horizonte. -Tal vez deberíamos volver. Recordad lo que sucedió la última vez que se aprovechó de Filbert.

Aurelia frenó a Bianca. -Usted es el que me exigió hablar con usted. No me diga ahora que no era importante.

-Así es, pero supuse que hablaríamos en el palacio. Si alguien viene a buscarla aquí...- Él miró con recelo a través de los abedules. Los troncos estaban bien separados el uno del otro, la luz entraba por los huecos.

-Mire, Robert, no pasé por todos estos problemas para pasar un hermoso día como hoy dentro. Nadie sabe a dónde vamos, excepto yo, así que, a menos que usted sea el que me quiere matar, debemos estar perfectamente seguros-. Sus hombros se levantaron y cayeron mientras tomaba una respiración profunda. -Además, el palacio no puede ser el mejor lugar para hablar. Creo que Elise ha podido filtrar los mensajes. No he recibido ninguno de ellos.

Alzó las cejas. La reina podría ciertamente obligar a cualquiera de los sirvientes del palacio, por no mencionar a la acompañante de Aurelia, a que le entregara la correspondencia de Robert. -¿Crees que la reina

está tratando de interferir en mi investigación?

-Ella no sabe por qué estás aquí.

-Ella puede que lo sepa. No sabemos lo que el rey le ha dicho.

-Cualquiera que sea su papel, no voy a permitir que nos impida hablar.- Aurelia instó a Bianca a seguir.

La yegua gris entró con facilidad en un camino de tierra estrecho, y Horizonte siguió sus pasos a través de la línea de sol entre los abedules blancos, a través de un prado salpicado de oro y verde, y sobre una colina con pendiente. Al pie de la colina, un arroyo delgado farfulló su camino con piedras brillantes. Aurelia giró el montaje aguas arriba.

En cuestión de minutos llegaron a una pendiente cubierta de hierba con una cascada fina y blanca saltando por encima de una serie de rocas salientes. Escuchaban voces de aves desafiadas y la canción de la ondulación del agua, y el aroma de flores silvestres derivando sobre la corriente. Una amplia roca plana descansaba a mitad de la pendiente, vertiendo agua en un extremo. La mayor parte de la losa gris estaba tendida y seca en el sol. Aurelia se bajó y se trasladó a desembalar el almuerzo tipo picnic en el granito seco.

-¿He estado aquí antes?- -preguntó Robert.

-Tal vez. Yo solía venir aquí con amigos.- puso dos servilletas de tela, varios frascos de vidrio lleno de conservas, y una lata redonda. -Hay lugares más fáciles de alcanzar, pero siempre me ha gustado este.

-¿Por qué es eso?- Quitó el pestillo de la correa alrededor de Horizonte.

-Cuando yo era pequeña, el padre de Daria me dijo que Jimmy lo utilizaba para los caballos de carreras en el prado cerca de aquí.

El nombre le sonaba, pero Robert no podría ubicarlo. -¿Jimmy?

-Siempre llamé a mi hermano Jimmy. Él lo prefiere antes que James. Empecé a venir aquí porque me hizo sentir más cerca de él. Otras personas vienen en el verano a veces, pero nunca he visto a nadie en esta época del año.

Inseguro acerca de cómo responder, Robert se trasladó hacia su montura. Aunque, por supuesto, había sabido acerca de la muerte de su hermano, no recordaba haber oído jamás hablar de su hermano mayor que ella antes. Se desenganchó de la silla, ese gancho que había sido reparado sin que Aurelia lo supiera, Robert inspeccionó la fina piel, poniendo a prueba su fuerza en sus manos. Los puntos se mantuvieron tensos. Toda pista de la reparación había sido borrada de la correa.

Se dejó caer sobre el granito caliente junto a Aurelia, y pronto ambos

se entregaron a las galletas untadas con ingredientes ricos, la dulzura de la mermelada de fresa se mezcló con mantequilla de miel. Entre bocado y bocado, compartió lo que había aprendido durante su viaje a Midbury.

Ella lo escuchaba sin pestañear. -¿Harvey ha contado alguna vez por qué tomó el equipo de Gregory la noche de carnaval?

-No, pero le dijo a Drew, quien me dijo a mí. Gregory fue asignado a la unidad de Edward Anthone.

La galleta en su mano se congeló en su camino a la boca.

-Edward llegó a Tyralt en la noche de Carnaval,- dijo Robert explicando. -Gregory le recogió en el puerto y lo llevó al palacio.

-¿Crees que Edward estaba en el coche cuando llegó después de nosotros?

-No hay manera de saberlo-. Robert pasó la mano pegajosa en una servilleta y le habló de Edward.

Aurelia frunció el ceño en la descripción del caballo de oro. -Si el potrillo es salvaje, supongo que mi padre podría ser el que quería el establo en Midbury en lugar de en el palacio. Nunca ha estado tranquilo alrededor de los caballos... no desde la muerte de Jimmy.

La muerte de Jimmy. Otra referencia voluntaria a lo que siempre había sido un tema tabú. Robert se atrevió a seguir el tema. -¿Por qué no?

-Todavía se siente culpable.- Su voz era suave.

Robert luchaba por una respuesta, no queriendo admitir su confusión.

Debe de haber sido evidente, sin embargo, porque ella continuó: -¿Sabes cómo murió mi hermano?

-Sí-. Había escuchado los informes, aunque no podía decir que realmente recordaba leer sobre el incidente. En ese momento, Robert había sido bastante joven y aún no había conocido a Aurelia. -El caballo se asustó con una serpiente y lo tiró en una expedición de caza.-

Ella sacudió la cabeza, con el rostro ilegible. -Esa es la versión pública de la historia. Fue lanzado - justo en frente de mi padre. Pero Jimmy no murió por la caída. Fue atropellado por el caballo de mi padre.

Aurelia se echó hacia atrás hasta que dejó sus codos apoyados sobre la piedra. Respiró por un momento, y susurró, -Cuando murió, el pilar central sostenía todo quedó desintegrado. Desde entonces, mi padre ha estado muy ocupado tratando de construir todas las piezas a su alrededor. Excepto que todavía no hay centro, porque la estructura no es estable. Mi padre sigue tratando y tratando, pero no puede

soslayar ese hecho. No estoy segura de quién se nosotros extraña a Jimmy más.

Robert permaneció en silencio, no quería romper el hechizo. Ella nunca le había dejado entrar en su vida personal antes. Tal vez esa noche en el puente, pero no... esa noche había sido él quien había compartido todo, sobre su vida y sus sueños. Ella había eludido su pregunta sobre sus estudios y explotó cuando le preguntó por qué ella no viajó. Se había preguntado por su reacción en el momento pero no había podido llevarla a cabo. Sólo ahora empezaba ver el desorden que había dentro de ella.

Después de una larga pausa, continuó: -No puedo evitar sentir que si mi hermano estuviera aquí, resolvería todos mis problemas. Estoy segura que mi padre se siente de la misma manera.

-Entonces ustedes dos están equivocados.- Robert pasó el pulgar a lo largo de una estrecha hendidura en la roca. -¿Cómo puedes saber lo que la vida habría sido? Sus problemas serían diferentes, pero todavía existirían.

Un suspiro escapó de su garganta. -Lo sé en mi cabeza, pero mi corazón no es fácil de convencer.

Tan agradecido como Robert estaba por haber ganado su confianza, sabía que su visión no era lo que ella necesitaba. -Tal vez usted debería hablar con su padre acerca de cómo se siente.

Ella sacudió la cabeza. -Lo he intentado docenas de veces. Tiene demasiado de qué preocuparse sin mis preocupaciones. Vive como alguien caminando sobre un tablero de ajedrez de cristal. La superficie se ve bien, pero la menor grieta puede enviarlo estrellándose a través de las plazas. Cuanto mayor me vuelvo, menos quiere hablar conmigo.

-¿Por qué? -preguntó Robert, tratando de entender.

Las arrugas fruncieron el ceño suave. -Creo que le recuerdo a mi madre. Me parezco a ella. Luego de que dejara el palacio, destruyó la mayor parte de sus cuadros, pero todavía tengo un pequeño retrato del tamaño de la palma. Ella lucía simple, como yo.

¿Qué? Robert la miró con incredulidad. La joven junto a él con su piel morena y el sol brillando en su cara estaba tan lejos de ser "simple" que la habría acusado de coquetear si no fuera por el tono sincero en su voz. Abrió la boca para discutir, luego lo pensó mejor. Si le decía cómo era para él, no habría mucho para evitar que confesara la manera en que lo hacía sentir, y este no era el momento. No cuando estaba claramente sufriendo y necesitando de alguien en quien confiar. En su lugar, le formuló una pregunta que siempre se había preguntado. -¿Por qué los dejó tu madre?

-Quieres decir, ¿por qué abandonó a mi padre y a mí después de la muerte de Jimmy? Tal vez es mi culpa-. El dolor en el rostro de Aurelia hizo que Robert deseara no haber hablado.

Siempre se enorgullecía de ver más allá del estado de Aurelia a la persona real debajo, pero nunca se le había ocurrido que ella no podía ver sus propias fuerzas, que su lengua afilada y opiniones fuertes podrían ocultar un fundamento de duda. ¿Había permitido que la afectara más el dolor de su padre, que su propio sentido de valor? ¿Y había renunciado a sus propios sueños, no porque quería gobernar el reino, sino porque sentía que era su deber, su único medio de ganarse el amor de su padre?

-Hablar con los amigos siempre ha sido más fácil que hablar con mi padre-, agregó Aurelia, luego se detuvo. -Es bueno tener a alguien que todavía me trata como a un amigo.

-¿Qué quieres decir?- Robert se apresuró a continuar con el giro en su comentario. -Usted ha tenido siempre amigos.

-Han cambiado a mí alrededor, los amigos que teníamos en clase. Ellos no se sienten cómodos con la atención.- Empezó a buscar a tientas, recogiendo los materiales del almuerzo. -Al igual que tú en el trayecto a aquí, al tener que seguir a por todos esos guardias-. Se puso de pie. -Pude ver cómo tu mente cambiaba, pensando que estabas atrapados, y deseoso de escapar.

Él empezó a interrumpir, pero ella hizo caso omiso de él. -¡Oh!, mis viejos amigos no han sido crueles. Yo sé que no es por mí, pero uno a uno se alejó. -Daria fue la última.

Vio, entonces, lo que en estos últimos años deben de haber sido para ella, viendo cómo sus compañeros de clase van a sus propios asuntos, mientras ella se queda atrás. Y peor aún, tener que abandonar su amistad, porque era demasiado duro.

-¿Y Chris?- Robert tomó las servilletas y los tarros de las manos de Aurelia, y deslizó las cosas en la cesta. -Todavía está en el palacio.

-¿Chris?- Una amenaza de humor teñía su voz. Se echó para atrás en la roca y sobre la ladera cubierta de hierba. -Él y yo nunca hemos estado cerca. No hace más que pasar el tiempo conmigo porque estás aquí, Robert. Incluso tú,- dijo, mirando a otro lado -, sólo estás aquí por tu trabajo.

Algo dentro de Robert se rompió. Ahora ella estaba agrupándolo con todas las personas que la habían defraudado, reduciendo su relación con ella a no más que servicio. No podía dejarla hacer eso, no podía permitir que ella lo viera a través de ese lente deformado. Avanzó y la tomó por los hombros. -Nunca-. Su voz era áspera. -¡Nunca pienses eso!- Se apartó, sorprendido por la fuerza de su reacción.

Aurelia

Anne Osterlund

Gritarle apenas ayudaría.

Sus ojos se abrieron.

Avergonzado, miró hacia abajo, sin poder evitar el temblor en su voz. No podía soportarlo si ella tuviera miedo de él. Tenía que corregir esto, ahora, incluso si eso significaba cruzar una línea. -Yo... Yo no estaría aquí si no te considerara mi amiga-. Más que una amiga. -¿Crees que habría viajado hasta aquí para ayudar a tu padre... o a tu hermana?

Ella se quedó en silencio.

Cobarde, pensó. Mírala. Levantó la cabeza, y enseguida se arrepintió de haberlo hecho. Lágrimas saladas se amontonaban en sus ojos, y en ese momento habría hecho cualquier cosa por eliminar esas lágrimas.

-Yo,...- Ella se las arregló para susurrar. -Pensé que viniste porque tu tío te lo pidió.

-Él se lo pidió a mi padre-, Robert corrigió en una voz suave y no pudo evitar dar un paso adelante. -Estoy aquí- deslizó sus manos hasta los hombros, esta vez muy suavemente- Por ti-. No podía evitarlo. Sus labios descendieron hasta los suyos, diciéndole con tanta ternura como fuera posible por qué había venido.

*Capítulo 10**Intensidad.*

Aurelia no podía respirar. O pensar. Esto no era... ella no esperaba esto. Su corazón sonaba en sus orejas mientras Robert dio un paso atrás en cámara lenta. Ella evitó su mirada, no podía hacer frente a las emociones moviéndose en su pecho, su cerebro, sus manos. Calor y pérdida, alegría y miedo, deseo y vergüenza.

Sus ojos se posaron en su caballo. Motivada por un terrible instinto de salir huyendo, se dirigió hacia Bianca. Una capa caliente y gris de cabello de la yegua detuvo su pánico. Aurelia pasó sus manos por la espalda desnuda y plantó sus talones al lado de la yegua.

Pero Robert avanzó, bloqueando su camino. Sus manos colgaron perdidas, y ella no se atrevió a mirar su rostro. Él debía estar allí para disculparse, para decirle que lo lamentaba... que no lo había hecho a propósito. Y ella no podría, ella no podría escucharlo decir eso, porque en algún lugar muy dentro de ella, de todo el caos y la confusión, ella esperaba que lo hubiera hecho con intención.

Como si estuviera controlada por otra fuerza, movió a Bianca alrededor de él en un galope, llamando en una voz extraña.

-Te reto en el prado, muéstrame qué puede hacer ese semental tuyo.

Y se fue, hacia la parte plana del arroyo, sobre la colina, en la pradera. Ella movió a medio galope a Bianca haciendo un círculo largo. Un caballo tordo interrumpió desde un arbusto, y resopló como regañándola duramente por alterar su escondite. Cobarde, cobarde, cobarde, su mente sonaba incluso más alto que los sonidos de Bianca. ¿Cómo pudo ser tan ruda? ¿Por qué no pudo simplemente ruborizarse e irse lejos? ¿Que si él no venía detrás de ella?

Horror. Ella iba a tener que regresar. La canasta de picnic y la silla estaban allí.

Él tal vez pensó que ella lo quería lejos.

Él podría dejarla.

Él podría...

El sonido rítmico de pezuñas galopeando interrumpió sus pensamientos. Dos sillas de montar y la canasta de picnic cayeron al suelo. Las pezuñas galoparon más rápido. El cabello de Robert fluía

lejos de su rostro, mientras lo escuchó gritar -¡Vamos!- cuando pasaba por su lado.

La carrera, ella golpeó a Bianca, sus tacos cavaron los lados del caballo. El caballo gris reunió velocidad, su marcha suave parecía que tocaba ligeramente la superficie de la tierra. El viento resopló en los oídos de Aurelia, bloqueando otros sonidos con el sonido de su rugido. El pasto moteado estaba borroso en la oscuridad. Moviendo músculos que la propulsaron hacia adelante, y ella se sentía...

Libre. La libertad se debía sentir así; el aire, el espacio, la ausencia absoluta de control. El tiempo estaba suspendido por debajo de los golpes de los cascos. Se entregó a esto, enterrando su cabeza contra el cuello de Bianca y dejándose disfrutar del momento de vuelo irreflexivo.

Tres cuartas partes del camino a la paradera, ella buscó para ver a Robert rodeando a su semental con un lazo al otro lado del camino. Ella carraspeó y se paró asombrada, su pulso palpitaba como sus pulmones succionaban aire fresco. Bianca luchó con el golpe, y Aurelia tocó el elegante cuello gris

-Está bien, Bianca- voltea a la yegua hacia la colina donde Robert había arrojado los asientos -nadie nunca nos ha superado.

Cuando ella se acercó a la pendiente, el hocico familiar de Horizonte la lamió en su lado derecho. Aurelia vio al gran semental. Su pelaje brillaba más de rojo que café en la luz del sol, y levantó su cuello y cola con orgullo. Bravucón, pensó ella, pero te lo mereces. A pesar de la carrera, la respiración de Horizonte era relajada, como si fuera temprano.

-Él tal vez no tiene los papeles para probar esto- dijo ella -pero seguro corre como un caballo de desierto. Bianca y yo podríamos necesitar ayuda en una semana para recuperar nuestra confianza.

Robert sonrió y dejó la espalda de su semental. - ¿Te gustaría montarlo?- le preguntó.

El gesto más que la oportunidad tomó por sorpresa a Aurelia. Ella había visto la forma en que Robert trataba a su caballo, con humor y fuerza y siempre con un gran respeto. No haría esta oferta a cualquier persona. Por segunda vez en el día, él la había dejado sin palabras.

No podía expresar sus pensamientos, ella desmontó y se permitió estudiar al magnífico semental cuando Robert vino remplazando la manta y la silla de montar. El pecho alto de Horizonte estaba casi a la altura de sus hombros, y sus orejas estaban hacia los lados, como si le dijera que ella no tenía forma de intentar montarlo. Eso es lo que piensas. Ella reunió su paciencia, sabiendo que este no sería un viaje

normal.

Después, tomando las riendas con la mano izquierda, ella montó. Horizonte se congeló, sus codos y rodillas se quedaron en su lugar. Él estaba probándola, esperando que cometiera un error. Un paso a la vez entonces, no precipitándose por delante. Ella le tocó el cuello, y educadamente le dijo que empezara.

No hubo respuesta.

Ella lo volvió a intentar, esta vez cambió su tono a una orden.

No hubo respuesta.

De su lado le llegó el sonido de Robert asfixiándose de la risa, pero ella se mantuvo interesada en el animal debajo de ella. Manteniendo su temperamento, dejó que su cerebro dejara lejos el problema. El semental quería que a ella no le gustara, quería que ella renunciara y escogiera montar algo más simple. Pero fue el desafío que hizo que se mantuviera, eso y su rapidez. Ella lo pateó con sus talones y aplicó una ligera presión en su vientre. Después más presión. Y más.

Horizonte se mantuvo como un mausoleo.

-Robert, me pasas mi látigo,- le dijo, hablando por primera vez desde que montó. Robert arrugó su frente y se mordisqueó su labio, como si tratara de negarse. -No me mires así,- tomando el pequeño instrumento -no voy a dañar a tu precioso semental. Lo peor que puede pasar es que él me lastime.

Exacto, la cara de Robert decía eso.

El látigo golpeó la oscura grupa del caballo, y Horizonte saltó. Aurelia rodeó su largo cuello, asegurando su agarre, y dejó la espiral en el suelo como colgando. Horizonte fue hacia un lado, luego hacia otro, intentando tirarla. Él saltó. Él se sacudió. Él corrió a través de la pradera en un baile zigzagueante de círculos y líneas, iniciaba y se detenía. La tierra blanda adornando bajo sus pezuñas y cuartos traseros.

Aurelia esperó... aún, aferrando su cuerpo a la espalda del caballo. No podía ganar esta pelea con lógica o conocimiento, sólo con paciencia. Pero cuando se trataba de los animales, tenía paciencia. Con Horizonte, podía permitirse esperar. Ella esperó hasta que sus costados se hundían con respiraciones dolorosas. El sudor brilló en el pelaje rojo marrón, y su cabeza cayó de agotamiento.

Entonces ella alivió su pecho, quitándolo del cuello del semental, y empezó poniéndose a su ritmo.

Horizonte fue a la izquierda cuando ella lo dijo. Fue a la derecha cuando ella dijo derecha. Él trotó, galopó, e incluso saltó sobre el tronco de un árbol caído en el borde de la pradera

-¿Y cómo, madame, voy a hacer para regresar al palacio en esta desagradable excusa de el caballo?- Robert bromeó cuando ella por fin desmontó.

Quitó la silla de montar del semental, ella cayó de golpe en el suelo.

-Supongo que usted tendrá que aguantar mi compañía en lo que se recupera, cayó en su espalda, ella puso una mano en su frente. La mano brillaba con sudor. Su cabello cayó en un halo de hebras sueltas alrededor de su cara, y ella arrojó las horquillas restantes en el pasto. Después, apuntándose a sí misma, miró a Robert.

Su rostro mostró preocupación cuando él remontó la silla en la espalda de Bianca. Él no hace nada sin preocuparse, pensó, preocuparse por hablar conmigo, preocuparse por no hablarme.

-Dígame sobre entrenar caballos en la frontera,- ella dijo.

Su cara se fue iluminando. Las líneas y huecos empezaban a marcarse con animación, y el tono de su voz rozó y se sintió con expresión. Ella empezó a hacer preguntas y a contarle sus propias historias.

La felicidad la invadió, ligera y libre. Aurelia reconoció el sentimiento, pero desde hace tiempo no podía creer que fuera real. En cualquier momento podría revolotear con una alondra de los prados y dejarla en la gravedad.

La conversación fue subiendo y subiendo, y la felicidad flotó hacia afuera, permaneció cuando ella notó el paso del día y la necesidad de empezar a volver. Ella quitó la silla de montar de Bianca, escuchando todavía a Robert mientras contaba cómo su semental había quitado a una manada de cabras engreídas por el terreno del parque.

-Suenas como si Horizonte fuera un buen juez del carácter,- ella bromeó, después reconsideró su postura, o tal vez sólo es leal.

Ella apretó la cinta y volteó para escuchar la respuesta de su amigo. Pero, para su sorpresa, Robert se había levantado justo detrás de ella. Sus ojos buscaban su cara a menos de un pie lejos. La proximidad la sobresaltó, al igual que su expresión.

-Espera,- dijo él. Él alcanzó a tomar su mano, la quitó, cepillando sus muñecas con la punta de sus dedos.

A pesar de sí misma, su corazón empezó a dar golpes en sus oídos por segunda vez en la tarde. Sus pensamientos regresaron al momento antes por el arroyo, y donde su cuerpo anhelaba huir. Pero algo más fuerte que ella le demandó que se quedara.

-Yo sé que está haciéndose tarde, pero hay algo que necesito decirle,- continuó él, - no puedo posponerlo más, tanto como me gustaría,- sus siguientes palabras cortaron su ofuscamiento, -tengo

Aurelia

Anne Osterlund

un plan para capturar al asesino y quién está detrás en el plan.

La felicidad salió rápidamente.

-He tratado y tratado de evitarlo, - siguió hablando,-pero sin un motivo. No puedo culpar al rey de Anthone o la reina de Tyralt. Cada camino que veo, obtengo la misma respuesta. La necesito como carnada.

Capítulo 11

El cebo.

Aurelia trataba de impedir que sus manos temblaran cuando ella entró en la habitación de su madrastra. El día había amanecido tan maravilloso como el día anterior, pero la tarea delante parecía proteger la luz del sol aún mejor que las cortinas transparentes del cuarto. El ceño fruncido de Elise brilló en el cristal de vanidad. Seguramente no había ningún verdadero peligro. Aún si Elise estaba detrás del complot, ella no iba ensuciar sus propias manos con la sangre de su hijastra.

Sin embargo, ver a Melony le envió una onda de alivio que fluyó por las venas de Aurelia. Un breve momento. La princesa más joven se sentaba en una silla de mimbre al lado de la mesa de vanidad con sus manos dobladas en su regazo y sus tobillos cruzados con esmero. Sus mejillas brillaban como manzanas pulidas, y su verde vestido brillaba como hojas de jardín. Ella que recordó a Aurelia a una ilustración en un libro de niños.

Pero Melony no debía quedarse. Una conversación privada era el único modo de persuadir a Elise poner su guardia abajo. Aurelia juntó su coraje. -Perdóname, Mel, ¿te opondrías si tengo un momento a solas con tu madre?

- Por supuesto que no.- Melony se levantó, luego se acercó, abrazando las manos de su hermana. - ¿Estás bien?- ella articuló silenciosamente.

Aurelia saludó con la cabeza, tratando de enmascarar su miedo, pero ella se sintió agradecida cuando el tirón agudo de su hermana tiró de ella hacia el vestíbulo lejos de donde Elise podría oír.

La cara fría de la reina siguió mirándolas con ceño desde un retrato en la pared. - ¿Cómo te atreves?- Melony, susurró, con un tono de admiración en su voz.

- ¿Atreverme?

- Supongo que él es muy guapo, pero papá debe estar furioso.

La escena en el cuarto de trono. Ante el esfuerzo de la representación del plan de Robert, Aurelia se había olvidado de la petición pública de la salida de picnic. Debe ser la conversación en todo el palacio ahora.

- Padre dio su permiso,- dijo ella.

Melony le dio una mirada sabionda. - Sí, pero él esperaba que te

negaras.

- Él sólo me ha sermoneado en como yo debería animar a mis pretendientes. Además, Robert es el sobrino de Henry.

- Esto es aún peor.- Melony suspiró, apoyándose contra la pared. - Ahora Padre tiene que tener cuidado de no molestar a Henry.

Por la razón que sea, el comentario chirrió en los nervios de Aurelia. Le disgustó la implicación de que Robert era de alguna manera menos digno que la miriada de pretendientes su hermana permitió llamar. - Mira, no sé por qué estás sorprendida. Recibes notas de casi cada hombre joven en el palacio.

Melony inclinó su cabeza. - Pero no las acepto en público.- Su voz aumentada. - Los Vantauges no son de la realeza. Ellos ni siquiera poseen títulos. Padre nunca aceptaría una relación entre una de sus hijas y... - La diatriba se calmó, sustituido por un silencio inquieto.

Aurelia contempló a su hermana, insegura de lo que estaba detrás de este discurso extraño.

- Mel, ¿Pasa algo malo?

El puño de su hermana rebotó en la pared algunas veces, y Melony dio una sonrisa débil. - No. Yo... supongo que me doy cuenta de lo limitadas que son nuestras opciones cuando nos ponemos más mayores.

- ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?- Aurelia metió un rizo de oro suelto detrás del oído de su hermana.

- Ah, Padre afirma que el pueblo está disgustado por los fondos usados para mi fiesta de presentación.- ¿Era esto todo? Aurelia sonrió abiertamente. Era agradable saber que su frívola hermana desarrollaba un poco de conciencia cívica. - No importa, Mel. Cada uno merece un cumpleaños. El próximo año, tal vez puedas limitar la lista de invitados a no más que la mitad del reino.

- Tal vez.- Melony levantó una mano. - Pero yo no querría comenzar una guerra civil.- Los ojos azules centellearon, y ella dio vuelta para retirarse del vestíbulo.

Aurelia lamentó que sus propios problemas estuvieran limitados por gastos de fiestas. Ella se preparó para el encuentro próximo y volvió al camerino de su madrastra.

La reina permanecía en su mesa de vanidad, escudriñando las filas de perlas en su pelo. Un traje de seda sobre su camisón, y zapatillas de satén protegían sus pies. - Mi Dios,- Elise dijo, sus ojos que remontan su camino del pelo atado de su hijastra al par de zapatos de cuero en los pies de Aurelia, - Ustedes muchachas me dan vergüenza esta mañana. Por supuesto yo podría estar mejor en mi servicio sin todas

estas interrupciones.

Aurelia mordía su lengua, diciéndose que no podía permitir que la crítica de Elise arruinara su plan. - Su majestad, alguien mencionó que usted podría haber oído sobre caballo de carreras geordiano en la ciudad de Tyralt.

La mano de Elise tembló, haciendo que un cepillo de pelo de marfil patinara a través de la mesa. Su cara no reflejaba nada. - Realmente, querida, eso me suena a chisme de tribunal. Que dice tu fuente de ¿Cómo es el caballo?

- Dorado,- él dijo. Él parecía seguro sobre el color.

- Y bien él podría, cuando parece que es la única parte correcta de su historia. Creo que un caballo dorado de carreras ha entrado en el área. Uno de los colegas de tu padre me dijo sobre ellos. Quizás el compartió la información con su joven hombre.- Elise utilizó la palabra joven en la conversación.

Aurelia no hizo caso de ello.- Me gustaría ver la raza del potro.

- Oí que no correría aquí.

- Eso dijo.- Aurelia puso mala cara, sentándose en la silla de mimbre y tirando varias almohadas en el suelo. Ella alzó la vista, ensanchando sus ojos en una expresión suplicante. -Me pregunté si usted podría usar su influencia para persuadir al dueño de cambiar de idea.

Elise miraba con ceño las almohadas caídas. -Estoy seguro que yo podría hacer eso, pero no estoy segura que la posesión de un caballo de carreras sería un uso bueno de aquella influencia. Quizás el dueño no desea poner al caballo en pantalla.

- Verdad. Por eso pensé que usted podría invitar al potro y su jinete a venir a la arena del palacio para una carrera privada.- La palabra privada dejado caer de los labios de Aurelia con énfasis.

- Supongo que eso podría ser arreglado.- Elise bañó sus dedos en un tarro de loción y alisó la sustancia pálida en sus manos. - Con un auditorio limitado, las preocupaciones del dueño podrían ser resueltas.

- Nadie del palacio estaría allí excepto un jockey y yo.

- ¿Estás segura que usted puede prometer eso, Aurelia? No quiero molestar al dueño debido a su poco esquema.

- Lo prometo.

Elise dio un suspiro dramático. -El caballo pertenece al rey de Anthone. Deberías llevar su propuesta a él.- Ella se volvió atrás a su espejo. - Ahora, realmente debo prepararme para el desayuno,

querida. Por ti, se me ha hecho terriblemente tarde.

Aurelia se levantó, recuperó las almohadas caídas, y las puso en sus sitios apropiados. - Lamento haberla entretenido.- Ella se esforzó por mantener un paso lento cuando ella se movía hacia la puerta.

- No se sorprenda si él se niega.- La voz frágil de la reina la ejecutó.

Sin la mirada fija de su madrastra, Aurelia metió prisa abajo al pasillo, su mente corriendo. Elise había aprobado la carrera privada, pero entonces ella había nombrado a Edward de Anthone. ¿Qué significaba esto?

Estaba la reina detrás del complot, ¿o era Edward? ¿Estaban ellos detrás de ello juntos? Sin respuestas, había sólo un curso de acción.

Haciendo una pausa sólo el suficiente tiempo para conseguir a Minué de acompañante, Aurelia caminó por el pasillo del ala Oeste. Edward había sido alojado al final del pasillo, tan lejos de las habitaciones de la familia real en el ala este como era posible.

Ella golpeó en la puerta.

- Entre,- dijo una voz profunda.

- ¿Su majestad?- ella entró en la sala oscura. Ni una sola ventana partía el verde brocado de las paredes. El escritorio de roble en la esquina y el estante para libros al lado de la entrada no hacía nada para aclarar el cuarto, y las cuatro sillas en el centro eran de marrón oscuro.

-¿Puedo hablar con usted? Aurelia preguntó.

Ojos penetrantes miraban su entrada. - Seguramente, su Alteza.- Edward asintió con su cabeza calva en un reconocimiento lento. - Qué sorpresa tan agradable. Su lengua se deslizó provocativamente sobre la palabra agradable.

Ella se esforzó por no agacharse. - He oído la conversación sobre un potro dorado que ha entrado en el área. Mi madrastra me dice que él le pertenece a usted.

La piel rosada de la frente de Edward se junto en líneas delgadas. - En efecto,- él dijo, haciendo gestos a la silla colocada a su lado. - Yo no era consciente que la presencia del potro se había hecho de conocimiento común.

Ella se sentó provisionalmente en la silla. - Mantener en secreto un buen caballo de carreras es una tarea muy grande hasta para un hombre con su riqueza y su reputación.

Su barbilla bajó adelante, empujando ligeramente las capas de la piel suelta a lo largo de su cuello. - Yo había oído que Su Alteza valora a caballos buenos.

- Sólo estoy interesada en lo mejor.

- Le aseguro que reúno lo mejor para mi establo.- Él se levantó, guardándola bajo su mirada predadora.

Su carne avanzó lentamente. - Esto es fácil de decir con el potro escondido lejos. ¿Quisiera usted demostrarlo?

Él se deslizó alrededor de ella, dando vueltas con la facilidad inesperada para un hombre de su edad. - ¿Me está desafiando, Su Alteza?

- Haciendo una invitación, mejor dicho.- Ella levantó su barbilla. - Me gustaría ver su potro de carreras. Yo entiendo que usted no quiera que él aparezca en público, pero pensé que usted podría permitirme una carrera privada en la arena real.

Una sonrisa delgada rajó su cara. - ¿Una carrera privada contra otro caballo?

- Uno,- ella contestó. - Un semental sólo, un jockey, y a mí como auditorio.

Él dejó de dar vueltas y anduvo más cerca. Su aliento rancio sopló en su frente. - Su padre y yo tenemos que cerrar aún nuestro negocio. No tengo tiempo para mirar carreras de caballos.

Una complicación menos. - La presencia de su majestad será extrañada, pero si el potro tiene tanto potencial como usted reclama, él podrá lograr correr igual.

Edward extendió la mano y dirigió su índice en una curva lenta a lo largo de su mandíbula. - Consideraré su petición y le enviaré una nota escrita si puede ser arreglada.

Ella tembló. Y huyó.

No media hora más tarde, Robert caminaba a prisa hacia los cuartos de huéspedes, empujando a su primo en frente de él. Chris se sacudió lejos. - Robert, esto es insano. ¿Por qué hago esto?

- Piensa en ello como un favor,- Robert apurado, pretendía mirar los retratos entre las puertas del pasillo. Él necesitaba la ayudada de alguien, y él no iba a dejar a Aurelia pasear en la habitación de Edward después de oír sobre su última visita.

El hombre era demasiado imprevisible.

Chris golpeó su puño derecho con su palma izquierda. El sonido repitió abajo en el vacío vestíbulo. - Me recuerda al tiempo cuando éramos niños y construimos la fortaleza.

- ¿Con las sillas?

- Y la mesa del tío Brian con la cresta de la familia. - Chris miró a su primo.

- Hmm. - Robert bajó sus ojos, tratando de evitar la mirada fija crítica. Los modelos florales destellaron bajo sus pies.

- Yo era el responsable de defender la fortaleza,- dijo Chris, reduciendo la marcha de su paso, - Y tú eras el que realizaba la invasión de fuerza.

- Recuerdo, que usted me designó para invadir la fortaleza.

- Y lo hiciste, bien. Rompiste la mesa de tu padre en tres piezas.

- Poca calidad estructural,- Robert se defendió a sí mismo. Él lamentó pensar lo que podría pasar si su plan fallaba. Los resultados serían mucho más trágicos que una mesa rota. Él tiró su primo adelante.

- Y tomé la culpa porque usted estaba con miedo que su padre estuviera decepcionado de ti.

- Recuerdo. Bien, creo.- Chris colocó una mano firme en el hombro de Robert. - La reacción de tu padre no fue nada al lado de la de mi padre cuando vio la abolladura en el escudo de armas de ayer.

Robert giró, sintiéndose culpable. Él había olvidado todo eso. Entre la salida de picnic y sus proyectos de atrapar al asesino, sin contar la lista ocupada del tío Henry, Robert no se había cruzado en el camino de su tío. - ¿Le dijiste que lo causé yo?

- Él no me dejó exactamente explicarle. Pienso que usted es a quién le debo yo el favor.

- Entonces no pienses esto como un favor,- dijo Robert, viendo su palma, y cerrándola en un puño. - Piénsalo como una oportunidad.

- ¿Para qué, ser atrapado en donde no debería estar?- A pesar de la protesta, la cara de Chris brillaba con la anticipación.

- ¿No eras tú quién dijo que meterse en problemas hace que consigas la atención de tu padre?- Robert dijo embromando.

- Sí, pero ya tuve bastante de eso con el día de ayer.- Ellos se pararon fuera de la puerta del cuarto del rey Edward y Chris dejó caer su voz. - ¿Qué se supone que debería hacer?

- Sólo entra y distrae a Edward. Una vez que estoy escondido dentro, asegúrate de que él deja el cuarto. No se cuanto tiempo necesitaré. Tal vez diez minutos.

- ¿Y si hay alguien más en el cuarto?

- No lo habrá.

Chris dio un toque en el pestillo de puerta de cobre. - ¿Cómo sabes

eso?

Porque nadie más estaba en el cuarto hace treinta minutos cuando Aurelia salió. - Entonces lleva a quienquiera que esté en el cuarto contigo también.

- ¿Cómo se supone que yo haría eso?

Robert se encogió con la exasperación y se deslizó contra la pared para evitar ser visto. - Tú tiene más experiencia con esta clase de cosas que yo.

- Verdad.- El sarcasmo llenó la sílaba. Entonces, sin dar la advertencia, Chris chocó contra la puerta del cuarto. - Su majestad.

- ¿Sí?- La voz de Edward vibró con la tensión. Robert podría ver la cara enojada del hombre por la grieta en la entrada. - ¿Y usted es?

- Su guía de la tarde.- Chris se deslizó adelante, llevando los ojos del rey hacia el lado opuesto del cuarto.

- No necesito a un guía. He visitado este lugar desde antes de que de usted naciera.- Edward volvió la espalda a la puerta.

Y Robert se movió, pasando por la entrada y apretando su cuerpo detrás de una librería.

Aurelia había tenido razón sobre esto, el escondrijo perfecto. Un pequeño hueco al lado de un sujeto libro proporcionaba un punto de inspección excelente.

Una vez seguro, Robert devolvió su atención a la conversación en el cuarto. Chris había saltado en el desafío como lo esperaba. - El rey dijo que debo mostrarle la nueva ala de invitados. Él está seguro que usted querrá quedarse allí tan pronto como esté completo.

- ¿Qué nueva ala de invitados?

- Puedo esperar hasta que esté terminado para verlo,- dijo Edward.

- Ah no, Su majestad quiere su consejo. Después de todo, que invitado más importante podría él tener ¿que el líder del reino vecino?

La lengua de Chris logró llevar a Edward lejos del cuarto. La puerta se cerró detrás de ellos.

Robert se lanzó de un movimiento, desde detrás del estante para libros de roble, al escritorio en la esquina. No había un artículo solo en la superficie manchada. Su mano voló a un cajón y se congeló.

- Raro que el rey no mencionó esto.- La voz de Edward resonó por la pared.

- No, no, todavía no.

La voz se fue alejando. - Sí, tengo toda clase de ideas.

Los dedos de Robert volaron de nuevo en acción. Un cajón después del otro se abrieron con su toque: tinta, pergamino, plumas. ¡Allí estaba! exactamente el artículo que él había estado buscando, directamente en el centro del cajón superior.

Él lo arrebató, lo dobló, y lo escondió en el bolsillo bajo su abrigo

Aurelia tembló y ajustó los lados sueltos de su capa, apretándolos. Una ráfaga de aire frío recorrió el balcón privado, tomando con ella el último aire caliente; y una nube oscura iba a la deriva desde el este, estirando sus garras y tapando el sol. Ella no podía ayudar pero sentía que el tiempo se había adaptado a sus emociones.

Ella lamentó que ella no estuviera de vuelta en el prado soleado, compitiendo con caballos o contando historias. O sentir su corazón rebotar con el beso de Robert. Cualquier cosa menos estar parada ahí para discutir el plan para capturar al culpable detrás del complot.

- Pero si Horizon nunca ha corrido en una carrera, ¿estás seguro que quieres que compita contra el potro dorado?- Ella preguntó.

- No tengo ninguna intención de competir con él,- Robert dijo, inclinándose en el pasamano del balcón. - Y sí, yo quiero que esté en el hipódromo por si yo tengo que correr en busca de Gregory.

- ¿Como sabes que Gregory será el jinete del potro?

- Él es un jockey. Puedo contar a propósito que él está seguro. Y él era el que montaba al potro la noche que fui a Midbury. Nuestros dos sospechosos están relacionados con él. Si Edward o Elise están detrás del complot, Gregory intentó matarte durante la noche de Carnaval. El culpable sería un tonto implicar a alguien más cuando él o ella podrían contratar al mismo asesino.

- Y si ni Edward ni Elise ¿toman el cebo?- Aurelia preguntó, echando un vistazo atrás por las cortinas del balcón hacia su sala. A fin de ganar la posibilidad de hablar en privado, ella había enviado a la criada de su señora en una diligencia inútil. El cuarto permanecía vacío.

- Entonces tendré que empezar con otro plan,- Robert dijo. - Pero pienso que el culpable será incapaz de resistir a la posibilidad...

- Para matarme cuando esté atrapada sola en aquella arena.- Los ojos de Aurelia se volvieron a la vista más allá del borde del balcón. Las paredes del establo estiradas debajo de ella, y detrás de ellos se veía la pared de piedra que cercaba el hipódromo. Hasta de esta altura, ella no podía ver el centro de la arena.

- No estarás sola,- Robert dijo. - Estaré allí, y tu padre estará escondido detrás de las cortinas de la caja real. Te necesito para ensillar a Horizon y traerlo para mí a la arena. No voy a tener tiempo mientras escondo al Rey. A menos que prefieras ser la que le cuente

a tu padre sobre el plan.

Ella se estremeció y afectó a su cabeza. En su mente, ella podría ver la reacción de su padre cuando él supiera sobre el peligro en el que ella se estaba metiendo. - ¿Por qué debemos implicar a mi padre en absoluto?

- Porque él debería oír el nombre del instigador de los propios labios del asesino.

El viento tiró de su capa, y ella la apretó sobre sus faldas.

- Si podemos esconder a mi padre, ¿por qué podemos no esconder una o dos guardias también?

- Porque queremos que Gregory se sienta seguro, como si fuera él el que tiene el control. Si él piensa que somos los únicos quiénes saben que él es el asesino, él podría decirnos quien lo contrato. Él pensará que él todavía tiene una posibilidad de escaparse.- Robert la miraba a ella de reojo. - Él no se sentirá de esa forma con un par de guardias a punta de espadas. ¿Realmente piensas que ellos van a quedarse escondidos cuando sepan que un asesino está cerca de la princesa heredera?

Las memorias del incidente en el mercado destellaron en la mente de Aurelia. - No, supongo que no.- Ella no podía esconder la vacilación de ansiedad en su voz.

Los dedos de Robert rozaron su mejilla. - Estaré allí antes de que llegues.- Su voz traía un poco de emoción. - Lo prometo.- Él sostuvo su mirada fija, y estiró el momento.

Y lo estiraba. Ella podría haber estado de pie también en el pasamano del balcón. Que precipicio ¿podría ser más peligro que su mirada fija? ¿O incitar un impulso más fuerte de brincar?

P... perdone, Su Alteza, chilló una voz. Minué estaba de pie detrás de ellos, sosteniendo un sobre blanco en su mano temblorosa. - Debo entregar esto.

Aurelia se sonrojó, con miedo a que sus pensamientos hubieran sido impresos en su cara de. Ella tomó el sellado pergamino y lo tiró. Sin etiqueta. Sus dedos temblaron cuando ella logró romper la cera. La línea escrita sola encontró su mirada fija.

Mañana por la mañana a las siete en la arena

Alguien había tomado el cebo. Un gusto ácido se alojó en su garganta cuando el papel bajó de sus dedos

Robert lo había arrebatado antes de que se lo llevara. Sus ojos devoraron las palabras y se levantaron hacia la criada. - ¿Está el mensajero que entregó esto todavía aquí?

Minué afectó a su cabeza.

- ¿Conoces al mensajero?- él exigió. - ¿Él o ella trabajan para la reina? O ¿Edward de Anthone?

La muchacha retrocedió, sin duda afectada por el impacto repentino de preguntas. - Yo... No conozco al mensajero.

- ¿Era un hombre o una mujer?

La cara de Minué palideció.

- ¿A qué le pareció el mensajero?

- Suficiente.- Aurelia sacó una mano para parar a Robert. - No importa él,- ella dijo a la criada.

- Puedes volver a tus deberes. Preséntate con un vestido para mañana.

La muchacha se apresuró lejos.

Robert empujó el mensaje a Aurelia. - Si la letra coincide con la de Elise o la de Edward, nosotros tendremos pruebas. ¿Reconoces la letra? ¿Pertenece a tu madrastra?

La letra cuidada del mensaje ponía a la de Elise en vergüenza. Aurelia afectó su cabeza. - Debe ser del rey Edward

Robert sacó un papel de su bolsillo. Aurelia estiró su cuello para ver la muestra que él había robado del escritorio de Edward. Las letras del papel corrían juntas en un, aún más, descuidado estilo que el de la reina.

No coincidía ninguno.

Capítulo 12

La carrera.

El minuterero del reloj en la sala de espera hizo clic, 6:40 AM. La tensión subió sigilosamente por la espalda de Robert, y sus nervios puestos a flote en su estómago hueco. El programa del Rey debería haber permanecido vacía hasta las nueve, pero se oía voces amortiguadas detrás de la puerta de la cámara oficial. Alguien había interrumpido la mañana del rey antes de que Robert llegara a las 6. Y juzgando por la rebelión y la caída de las voces, la discusión no iba bien.

Otra vez el minuterero hizo clic. Robert juntó coraje. Él iba a tener que interrumpir la reunión. Aurelia ensillaba su caballo en las cuadras en este mismo minuto, y él le había prometido que él estaría en la arena antes de que ella llegara. Él levantó una mano para llamar a la puerta.

Otra mano sostuvo su codo levantado, parando el golpe en el aire. - Aquí estás,- dijo Chris. - He estado buscándote por todas partes. - Robert parpadeó. Él había estado tan preocupado con su tarea, que él no había visto a su primo entrar en el cuarto. - Finalmente me desperté a tiempo para practicar contigo, y no estás en el campo.-

Desabrochando el cinturón de espada en su cadera, Chris se tiró en una silla. Claramente él tenía intención de quedarse. - Realmente espero que hayas conseguido lo que necesitabas ayer -, siguió. - Yo no creo que el Rey Edward me siga alguna vez. Deberías haber visto su cara cuando le mostré el viejo montón de escombros cerca de los graneros de las ovejas y le dije que era el sitio donde iban a hacer la nueva ala de invitados. Se veía a punto de vomitar.-

Chris se inclinó atrás en su silla y apoyó sus pies en un escabel. - Tal vez eso le impedirá volver aquí en el futuro.-

Robert echó un vistazo de acá para allá entre el reloj y la puerta de la cámara cerrada. De todos los días su primo había elegido ese para despertarse al romper el alba. - Escucha, Chris, lo siento, pero tengo que encontrarme con Aurelia en unos minutos. Ella y yo tenemos una cita...

- No, no lo tienes, no antes de las ocho. Ella quería que yo te dijera que la detuvieron y que no sería capaz de ir al hipódromo hasta entonces. Nunca te hubiera encontrado si ella no me hubiera enviado aquí para entregarte el mensaje.

Robert soltó el aliento. Otra hora. Quizás él podría agarrar al rey sin interrumpir la discusión detrás de la puerta cerrada. Pero él tenía que

librarse de su primo primero. El puño de la espada de plata de Chris brilló en el suelo. La excusa perfecta. – Escucha -, Robert dijo, - Yo no tengo mi verdadera espada conmigo, pero si corres arriba y me traes un arma de práctica, yo podría tener unos minutos para usar.

Chris se rió. - ¿Entre citas con Su majestad y Su Alteza real? Dudo de ello.

- ¿Todavía preocupado de que yo podría dañar tu reputación perfecta?

Nada funciona mejor como un desafío al ego. - Bien.- Chris se dirigió hacia la entrada, luego se paró. - Casi lo olvidó, mi padre quiso que yo te diera esto. Llegó para ti esta mañana.- Él dio a Robert un sobre sellado y se marchó.

Robert contempló el papel en su mano. Su propio nombre estaba delineado con la escritura valiente de su padre.

Los dedos inestables rompieron el sello, y el pergamino se abrió en tres páginas.

Querido Robert, Aunque yo no quisiera que volvieras al palacio, lamento que lo hayas hecho sin mí apoyo. Espero que tengas éxitos y que sepas que mi cólera provino del deseo de un padre de proteger a su hijo.

Fallé en prepararte al momento de tu salida para la tarea; por lo tanto, yo he encerrado varios detalles en esta carta que pueden ayudarte a solucionar tu caso. Como un espía para el rey, gané el conocimiento sobre la familia real que no se sabe. Por favor usa con discreción la información, teniendo en cuenta con quien la compartes.

La carta siguió línea tras línea con los detalles que nunca le habían dicho a Robert. A mitad de camino por el tercer párrafo, él se paró. Sus ojos leyeron y releeron la misma oración, con las palabras resonando de la página. Allí estaba. El motivo.

Él alzó la vista hacia la ventana, sus pensamientos que se arremolinaban con las noticias y sus implicaciones para la mujer joven que se disponía en encontrarlo en la arena del palacio. Un velo de niebla y el rocío de la mañana obscurecía su vista.

La niebla fría empapaba las botas de Aurelia y sentía la llovizna bajo el cuello de su chaqueta de equitación. Sus ojos echaron un vistazo hasta el semental que ella conducía a su lado, luego remontó al borde interior de la pared siniestra de la arena que la rodeaba. ¿Dónde está él? ella trató de obligarse a relajar su fuerte apretón en las riendas de Horizon, pero sus dedos desobedecieron.

Tal vez algo le había pasado a Robert. Él no dejaría que nada le pasara. Él no la dejaría sola con este hombre. Él no lo haría.

Pero él lo había hecho.

Un potro dorado de dos años fue a medio galope a lo largo de la superficie del hipódromo. La llovizna de la mañana había ablandado la tierra, y los terrones oscuros volaban cuando los cascos cavaron un camino fresco. Puesto arriba en el potro había sentado un hombre que coincidía con la descripción que Robert hizo de Marcus Gregory.

Los ojos de Aurelia lo siguieron, notando su abrigo oscuro largo y el modo en que él se sentaba directamente en la silla. El potro dio vuelta en su dirección, y ella ocultó el impulso de huir hacia las cuadras.

Gregory debe haberla descubierto.

Ella no podía llenarse pánico y arruinar el plan. Robert estará aquí, ella se dijo, lanzó una última mirada a su alrededor, en la arena. Los asientos de madera subían en la niebla a lo largo del borde de la pared gris, y un campo amplio, cubierto de hierba, una vez usado para juegos de justas. Una suciedad rodeaba el hipódromo en un lazo más largo que ancho. Y las barreras de madera separaran el curso tanto del área de asientos como del campo. El vacío resonaba

Excepto por el potro próximo con el asesino en su espalda. Aurelia subió contra el vientre del semental al lado de ella. Ella no había esperado montar a Horizon en absoluto, pero con Gregory casi encima de ella, la espalda del semental parecía como tierra alta. Ella se montó.

Los ojos parecidos a dos gotas brillantes de Gregory y la nariz larga dominaban sus otros rasgos cuando él montó a caballo hasta ella. Él inclinó su cabeza. - Es un placer aceptar su invitación de montar a caballo esta mañana, su Alteza.

Por primera vez en su vida, Aurelia estaba agradecida de que le hayan hecho una reverencia en vez de estrechar su mano. Ella tiró a Horizon un paso hacia atrás. No había espacio para una espada bajo aquella ropa de equitación, pero Gregory podría tener una daga, un arma silenciosa que permitiría que él se escape antes de que alguien descubra el hecho.

Ella debe haberse quedado quieta durante un largo tiempo. - Su potro es realmente aturdidor. Dígame ¿Cuál es su descendencia?

Gregory deslizó una mano sobre su pelo rubio. - Lo lamento, sólo he tenido el honor de montarlo recientemente, su Alteza.

Una tentativa débil de evitar la pregunta, ella pensó. - ¿Y quién es su patrón?

- He tenido a más de un patrón este año.- Él inclinó su cabeza. - Pero estoy ahora bajo contrato con una mujer joven con un poco de

posición.- Una mentira. A menos que pensara que Elise era joven.

Gregory no podía haber alcanzado sus veinte años.

- ¿Y cómo se llama usted, señor?

- Marc Gregory.- La verdad dolió más que la mentira.

Bastante. Ella lo había invitado en el aspecto de deseo de ver la raza de potro. Como no había ningún otro jinete presente, ella debería pretender hacer las carreras-al menos hasta que Robert llegara. - Requiere unos pocos minutos para preparar mi montura,- ella dijo. - Él debe calentar sus músculos antes de que yo pueda dirigirlo.

- Por supuesto, su Alteza.- el aliento salvaje de Gregory la hizo ahogarse cuando el hombre se acercó a su lado. Otra vez ella arrancó. Él había aceptado demasiado fácil el concepto de su equitación. A pesar de su maestría, los jinetes tenían que ser persuadidos a correr contra una mujer, y ella le había dicho a Anthone que ella sería el auditorio. ¿Sabía Gregory que ella estaría sola? ¿Alguien había evitado que Robert se uniera a ella? ¿Alguien lo había lastimado?

Una frialdad se deslizó por su pecho cuando ella dirigió a Horizon lejos del camino de entrada a la arena.

El deseo de huir volvió a tirar de ella. Pero la puerta estaba cerrada. Ella debería desmontar para abrirla. Y ella no podría hacer eso sin dejar su seguridad. Ella había cerrado los lados para darle a Gregory la ilusión de control. La trampa se apretó alrededor de ella.

Su mente frenética buscó otra ruta de escape. Al final lejos de la arena, el cuarto real sobresalía al mismo borde del curso. Las cortinas azules oscuras colgaban sin movimiento, todo cerrado. El temor más temprano de la presencia de su padre detrás de aquellas cortinas palideció bajo el conocimiento de que nadie estuviera allí.

Considerándolo, la salida del cuarto privado sería aún más difícil que el acceso a la puerta principal. Una barrera alta la separaba de su interior.

Ella anduvo sobre Horizon alrededor de la superficie sucia del hipódromo tanto como podía, agarrándose de cada segundo. Todavía Robert no había llegado.

Las líneas en la cara de Gregory se endurecieron hasta que el aplazamiento no parecía muy prudente.

- ¿Un bucle y medio? - pregunto, y ella asintió. La segunda mitad no tenía importancia. Ella necesitaba un lugar antes del primer bucle, un lugar suficientemente grande como para darle tiempo para desmontar y abrir la puerta. Ella debía salir adelante y romperla.

Su mente giraba en una repetición obsesiva al lado del poste de la

salida. Él va a matarme. Él va a matarme. Él va a matarme.

Las líneas de la concentración se asomaron en la frente de Gregory, a la vez que cogió las riendas y espero la señal para irse. Una cabeza de oro alzo su empuñadura. Horizon también pidió la liberación. Ella levanto su mano al cuello de Horizon y levantó su brazo para señalar el comienzo. Entonces la dejo caer.

Pezuñas y músculos golpearon la tierra. Horizon tomo la delantera de inmediato, y la mantuvo.

La tensión en su pecho estaba en forma de un grito incontrolable, instándole a correr como nunca en un caballo. Ella no sabía donde ir si se escapaba. El futuro solo importaba si ella se iba.

Horizon nunca había corrido en una carrera real, ni siquiera en las que se dan en un curso, de acuerdo a Robert.

El potro corrió de verdad ahora, no como un caballo de carreras, necesitaba establecer su ritmo, pero corría como lo necesitaba, como un competidor tratando de quebrar el espíritu del animal joven que era.

El espíritu del potro no se rompió. Tuvo que andar por su cuenta, volando a toda velocidad y sin límites. No era una típica carrera de caballos. Reclamaba líneas de sangre en el desierto y la resistencia de Horizon era celebrada, ella no podía unirse, tal vez no tendría lo suficiente para ganar la carrera, mucho menos obtener la ventaja.

Cuello y cuello. Gregory no se desplazaba de su postura de jinete. Si su caballo era como el de Horizon, el podría esperar que la montura tuviera suficiente resistencia para darle la ventaja mas adelante en la carrera. Corrieron toda la primera vuelta cabeza a cabeza, hombro a hombro, lado a lado.

El aire frío de la mañana adormecía la cara de Aurelia, en contraste con el terrible calor ardiente de su pecho. Ella se agachó y juró a sí misma ser inteligente. Obligar a los ojos de su competidor, estaba preocupada por Horizon. A la vista se veía el retorno, el caballo se veía y luego se desaparecía. Aurelia cerró los ojos y respiró, obligándose a sentir algún aumento de velocidad. Abrió los ojos miro debajo de su hombro si Horizon había manejado bien la situación. Y su corazón se cerro, cerradura que le llego hasta el cuello.

Efectivamente, el potro de oro, ahora estaba regazado y atrás, y la calma en la cara de Gregory había desaparecido. Había salido de su posición normal y se inclinaba hacia adelante. Aurelia apenas tuvo tiempo de tomar nota de su actitud con una mano extendida para agarrar la de ella.

Con horror se dio cuenta que tenía la intención de matarla.

Iba a ser un accidente. Aquí, en el hipódromo. Sería pisoteada, o tal

vez el cuello se le rompería y ¿nunca podría demostrar que fue un trágico error en su propio papel? Por supuesto que el la pisotearía. ¿No pudo haber intentado hacerlo solo una semana antes?

Su mano rugosa se aferró a su hombro, y la quitó. Ella no debió permitirle que la forzara.

La tierra bajo el casco de Horizon era borrosa, una vía rápida de muerte.

La rabia floreció plenamente en la cara de Gregory.

Horizon siguió adelante a toda velocidad. De nuevo Gregory se inclina hacia adelante, esta vez incluso mas, que su caballo perdió terreno. El asesino se apodero de su caja torácica. La sujeto fuertemente. De nuevo la mano de Gregory desveló. Se puso de pie y se lanzó a lazarla lejos. Pero Horizon había tenido suficiente ya.

Sin su guía el caballo se alejo del traicionero piloto. Un cierre agarró el tobillo de Aurelia. El temor sustituyo el pensamiento. El agarre de Gregory se mantuvo firme pese a que el acecino fuese destituido. Fueron terribles segundos.

Luego el callo, chocando con su montura, y Horizon tropezó. Sin embargo, necesitaba hacer justicia. La moral le empujaba hacia la oscuridad. Y luego calló, oyó un chasquido horrible como casco revueltos sobre el cuerpo.

Horizon se desvió hacia el exterior y recupero el equilibrio. En lugar de continuar su curso, se levanto y grito. Aterrorizado de lo que ella podía pensar, pero con miedo de seguir mirando los ojos de su atacante. Aurelia se volvió hacia el hombre. El potro de oro había seguido corriendo. Gregory yacía en el suelo, a menos de diez metros de distancia. Heridos ambos, pero no muertos. A pesar de que estaba plana, el asesino metió la mano en su chaqueta.

El miedo se deslizaba por las venas de Aurelia. Sus ojos se centraron en su mano: su mano tiraba de un objeto que tenía en su chaqueta, la mano que saco una pistola, la mano apuntándole a su hocico.

En ese instante, Aurelia cambió. Este hombre tenia la intención de matarla, se sentía como si lo conociera durante toda una vida y había tratado de encontrar una forma para escapar. La razón la destrozaba. Se agacho junto al cuello de Horizon e insto al caballo a acercarse.

Aurelia se mantuvo, bloqueando los gritos del hombre, hasta que el caballo elimino la distancia. Solo entonces, cuando dejo caer ante sus ojos al cuerpo roto y sangrante, sus manos tomaron dominio de las riendas del caballo. Entonces su cuerpo callo al suelo. Sus pies no podían sostenerla. Y ella colapso en el transcurso.

Capítulo 13

El duelo.

El debate tras la puerta de la cámara había cesado. Robert se volvió a ver que había usurpado tanto tiempo, y la alerta estremeció hasta sus brazos, cuando Edward de Anthone entro en la sala de espera. Los penetrantes ojos observaron a Robert, una delgada línea de reconocimiento se formo en los plegados labios de Edward. Sin decir una palabra, el rey Antoniano rozó la salida.

Robert miraba, desconcertado. Era extraño que Edward no se diera cuenta de él, mucho menos que lo reconociera.

- ¿Robert Vantage? - El padre de Aurelia se quedó en la puerta de cámara. Medias lunas oscuras estaban alineadas el fondo de sus ojos y su cara estaba llena de tensión. - ¿Esperando para pedir permiso para otra excursión de placer? - Su sonrisa se hizo un poco débil para aclarar el tono.

- Su Majestad, puedo explicarle.

- Eso espero. Las acciones en los tribunales rara vez terminan el día en que se presentan, joven. Las repercusiones pueden causar grandes daños.-

- Pero yo no tengo tiempo ahora -. Robert se preparó para la reacción del rey. - Necesito que venga conmigo, su majestad, a la arena real. Cuanto partamos, mejor. Le prometí a Aurelia que estaría allí antes de que el asesino llegara.

- ¿Aurelia sabe sobre el asesino? - Se escucho el eco de una voz familiar desde fuera del pasillo, y Chris entró, sin la espada de práctica adicional.

Gracias, primo, justo a tiempo y a buena hora del día.

Robert suspiró cuando la sangre de la ira se precipitó en la cara del rey, y sus cejas grises cortaban como una aguja con acusación. - ¿usted pondría a mi hija en peligro?

- Su Majestad,- dijo Robert -, su hija está en peligro a cada momento de cada día hasta que se detecte al instigador -. Se reunió con la mirada del rey. - ¿Ella entiende, no?

Chris se movió incómodo. - ¿Has tendido una trampa?

- Creo que el asesino llegara a la arena dentro de media hora-, respondió Robert. - Antes de su llegada, me gustaría que su majestad estuviera oculta detrás de las cortinas de la caja real.

El silencio reemplazo a la acusación. El clic del reloj llenó el vacío, y

Robert podía sentir que el tiempo escapaba. Aurelia tal vez había tenido razón. Tal vez nunca debería haber venido aquí. Pero ¿cómo convencer a este hombre para detener al culpable sin pruebas? Y no hubo evidencia más fuerte que el poder de descubrirlo el mismo. - Su Majestad, por favor, venga conmigo.

Los ojos viajaron hacia arriba y abajo del cuerpo de Robert. - Quiero a los guardias estacionados alrededor de la arena para garantizar su seguridad -, dijo el rey.

- No hay tiempo o forma de ocultar a los hombres en esos puestos -, respondió Robert. - Por favor, venga ahora.

Dudo entonces con una inclinación de cabeza. - Vayamos.

Robert ajusto su cinturón al salir de la sala de espera. La cubierta de la luz abrazó a su cintura, y apretó el pomo con su mano derecha. Los pasos rápidos de su primo se unieron a los talones de Robert. - Chris, tú no puedes venir. Te veré esta tarde.

- Has perdido la razón, si crees que voy a permitir que camines en este nido de víboras sin mí. Si hay espacio detrás de las cortinas para el cuadro de Su Majestad, hay lugar para mi -.Chris colocó una palma de la mano en la empuñadura de su espada. - Además, yo siempre fui mejor con uno de esos que tú.

No tenía sentido discutir. Se apresuró a bajar las escaleras y caminar alrededor de la cuadra hacia el ruedo. Los principios de niebla de la mañana se habían levantado, llevando consigo la niebla con llovizna, pero las nubes flotaban en una masa espesa, manteniendo el frío de la mañana. Las botas dejaron huellas en el suelo húmedo.

La puerta estaba cerrada. Extraño. Se había abierto cuando Robert había inspeccionado el sitio. Por ahora bordeó la entrada principal, el lugar de partida a la entrada privada en el extremo opuesto de la arena.

Un candado cerraba la puerta. El rey llegó por debajo de su cuello y sacó una llave de metal grande en una cadena. La llave de Tyralt, pensó Robert, la llave maestra habría sólo en los terrenos del palacio. Pasó de líder a líder en el lecho de muerte del monarca reinante, que era un símbolo de la sucesión, así como de la seguridad de Tyralian. Click.

El rey abrió el camino en un estrecho túnel en las filas de asientos planteados. La luz se filtraba a través de grietas, y el agua caía sin ganas de las vigas de soporte. Las escaleras de madera crujían cuando tres pares de zapatos subieron a las tablas. Entrando en el palco privado, Robert se dirigió a las cortinas.

Un grito rompió la calma en el lugar. A mitad de camino entre la arena, dos caballos, volaron al lado del otro, a menos de una longitud

de separación. El potro de oro era perseguido por Horizonte, el grito del caballo todavía reverberaba en la pared de piedra. Robert no tenía que ver las caras de los pilotos para saber a quién pertenecían: Marcus Gregory y Aurelia.

Ya está aquí. El horror se deslizó desde las hojas hasta las entrañas de Robert, cerrándole la garganta. Era tarde y no había tiempo para el pensamiento o la razón o cualquier otra cosa, porque Gregory había saltado hacia adelante y trataba de llevar a Aurelia hacia abajo, abajo bajo los cascos de remolino.

Robert se olvidó de su plan, sobre el rey junto a él y el primo detrás de él. Utilizando una mano, saltó por encima de la barrera que separaba la alta caja de la pista de carreras. Se dejó caer, de seis pies de altura. Sus rodillas dobladas absorbieron el impacto, y mantuvo el equilibrio.

Levantando la cabeza, se encontró con Horizonte. No hay tiempo. Acababa de decidir, con toda la rapidez que podía controlar a su caballo, hacia Aurelia.

Pero el curso fue diseñado para caballos de carreras, no seres humanos. La distancia se extendía en peligro con agonía. Él se precipitó sobre la barrera que divide a corto el anillo de tierra del campo interno y comenzó la maratón por la hierba. Sus piernas se bombeaban a la superficie de nivel, incapaz de apreciar la suavidad. La distancia se burlaba de él como una montaña con una tapa falsa. ¿Y qué podría hacer cuando llegue allí? ¿Un hombre agotado a pie?

Miró hacia arriba, y el shock quemó su columna vertebral. Horizonte había dado la vuelta. El caballo se quedó con las patas delanteras en alto, gritando. Luego, se vinieron abajo, en gran medida. Desesperados por ver, Robert corría, cada vez más cerca. El caballo de nuevo volvió a bajar, golpeando el objeto de abajo.

Un cuerpo destrozado estaba en el suelo. Luego, otro cuerpo, se deslizó de nuevo con Horizonte y la vio caer al suelo. Aurelia.

Robert corrió encima de la barrera, estrellándose en sus rodillas a su lado. Su cabello castaño estaba extendido hacia abajo, su cuerpo inclinado hacia delante, el pecho sobre las rodillas y las manos sobre la cabeza. Lanzó su torso y el aire se precipitó en jadeos, de miedo, o de socorro. Pero estaba viva.

La agarró de los hombros y la atrajo hacia sí. Envolviendo sus brazos alrededor de su espalda, le aplastó la cabeza contra su pecho. No hablaba.

Durante unos minutos. Después, levantó sus ojos oscuros, mirándolo a través de mechones de pelo enmarañado. - ¿Dónde estabas? -logró decir, con voz temblorosa por la emoción.

Sus ojos se cerraron en esa mirada en la cara. - He recibido tu mensaje que esperara hasta las ocho. No pensé que estarías aquí todavía.

Ella se apartó, conteniendo la parte superior del brazo de apoyo, entonces lo cortó como una daga con sus palabras. - ¿Qué mensaje?

La noticia se deslizo a través de una niebla. No había enviado ningún mensaje. No ha habido ningún retraso. Gregory había llegado a las siete de la tarde. El mensaje había sido una farsa, diseñada para hacer exactamente lo que había hecho, mantener a Robert en la arena.

Se desenredo de los brazos de Aurelia, tirando hacia atrás y poniéndose en pie. Podía haber muchos motivos para intentar engañarlo pero solo uno estaba claro Chris le había mentido.

Cuando el pensamiento ardía en su conciencia, Robert se enderezo, recuperando el equilibrio, y volvió a mirar a los hombres que había dejado atrás. El rey había hecho su camino a la parte inferior de los asientos del público y se derrumbó. A su lado estaba Chris, como un largo brazo envuelto alrededor de los hombros del hombre mayor, como si estuviera muy cómodo.

Los comentarios y eventos inundaron de nuevo la mente de Robert: La declaración de Aurelia durante la excursión, que ella y Chris nunca habían estado cerca, la falta de Chris para entregar el mensaje que Robert había tratado de enviar, el fracaso de Chris siempre para traer información sobre Marcus Gregory o Edward de Anthone. Chris había estado con Aurelia la noche de Carnaval. Había desaparecido antes del ataque. Había visto su disfraz.

¡No! Robert quería poner un velo gris sobre todo. Enterrar los recuerdos debajo de la superficie, donde podrían volver a ser tratados como anécdotas inofensivas, las acciones de sus buenas intenciones, su irresponsable primo. ¿Su primo no que se destacaba por algo?

Robert miró al joven arrugado en el suelo junto a él. A continuación, a la carne y los huesos sin vida pisoteados en la tierra. No en la cara de este, se dio cuenta. No había forma de reemplazar el velo después de algo como esto.

Dio un paso adelante, luego se volvió a Aurelia. Se quedó en el suelo, la cabeza una vez más enterrada bajo los brazos, ahora haciéndose eco de los sollozos de su cuerpo. Necesitaba una explicación, lo sabía, pero había tenido suficiente por ahora. Y el peligro no era todavía pasado, no con un traidor de pie en todo el estadio, con un brazo sobre el hombro de su padre.

- Espera aquí durante varios minutos,- dijo Robert. - Entonces, te pones de pie y sales por la puerta tan rápido como puedas.

Encontraras a los guardias y los envías aquí. ¿Me entiendes?

Las manchas de tierra se alineaban sobre sus mejillas mientras miraba para arriba con desconcierto. ¿Cómo podía entender nada tras el horror que había vivido? Así que repitió las instrucciones.

Ella asintió, mirando como si quisiera preguntarle algo, pero no tenía palabras.

Y no podía responder de todos modos. Tenía que volver con el rey. Ahora. Desde esta distancia, el rey y Chris no podían ver los cuerpos en el suelo o saber que Aurelia todavía respiraba. Ellos asumirían la princesa había muerto, sobre todo si Robert regresaba a paso lento.

Atravesó el campo, con la misma idea dolorosa repitiendo a cada paso. Mi primo. Mi primo. Mi primo. Otro paso y otro. Y se acercaba a las dos figuras en la base de la zona de asientos.

El rey esperó un peligro grave. Se derrumbó en la fila más baja de los asientos, se quedó en la nada, una repugnante sombra gris teñía su cara. Su mano derecha se sacudió inconexa sin fin.

Chris saltó por encima de la barrera y se adelantó, dejando el ajuste de un brazo alrededor del hombro derecho de su primo en un breve apretón. Robert sufrió el abrazo, luego se apartó, dando un paso hacia el rey, como para aliviar el dolor del hombre mayor. En su lugar, se colocó entre el hombre afligido y Chris, a continuación, giro rápidamente sobre la bola del pie.

- Usted no tiene que llorar, su majestad. - Robert se enfrentó a su primo, pero habló con el rey. - Su hija está viva.

El sonido de un sollozo rompió, pero Robert no tenía tiempo para dirigir su atención hacia el rey. Por una fracción de segundo, los ojos de Chris revoloteaban al lado antes de frenar. - Gracias. Robert, ¿por qué no nos dijiste enseguida? ¿Y por qué no volviste a nosotros de inmediato? Su majestad se temía lo peor.

- No hay mensaje.

Robert lo vio hundirse en las palabras, y luego continuó: - Hace una hora, viniste a mí con un mensaje que afirmabas era de Aurelia, diciendo que Marcus Gregory se había retrasado. Si no hubieras compartido esto conmigo, el rey y yo hubiéramos estado aquí a tiempo para evitar el ataque de Gregory. Pero Gregory y Aurelia llegaron a las siete de la tarde. Y Aurelia nunca te dio un mensaje.

- Rob, ¿qué estás diciendo? -, dijo Chris. - Te di el mensaje que me dio.

- El mensaje que te dieron no fue de Aurelia, alguien quería asegurarse de que yo no estuviera aquí a tiempo. Sí, lo sé porque esa es la única forma de haber sabido acerca de nuestra reunión en el

curso de hoy. No dije nada hasta después de que me diste el mensaje. Aurelia no te dijo nada. Solamente la persona que planeaba tener a Aurelia muerta habría permitido que ella estableciera una carrera privada sin ninguna seguridad. Aurelia cayó en el cebo, el propósito, era que la viera.

- ¿Sabes quien contrató al asesino? - Chris dijo, con voz ahogada.

- Sí -, dijo Robert mintiendo, - pero yo no sabía hasta hace unos minutos que tu eres el traidor.

Chris sacó su espada con el rápido reflejo de un experto. La punta afilada de la hoja brillaba a la luz. Esta no era la espada de práctica.

Pero Robert no estaba desprevenido. También desenvaino la suya con una facilidad asombrosa.

La apuesta era mentira de sus frutos. Chris dijo: - Melony dijo que nunca podrían sospechar de ella.

¿Melony? El nombre cayó en rodajas a través de la arena. No era la reina. No era Edward. Melony. Chris no había pasado todo su tiempo coqueteando con Melony no con las vírgenes doncellas y amigos de la corte. Él había estado con la propia princesa. - ¿Por qué? -preguntó Robert. - ¿Por qué la quieres ayudar?

- Yo hubiera pensado que tú serias una de las personas que entienden, Rob, - dijo Chris. - has caído tan mal para su hermana.

Belleza. La belleza siempre ha sido la debilidad de Chris, y la princesa rubia era tan bella como la tentación. Y persuasiva. - ¿Qué te prometió, Chris? ¿Una carta de rechazo perfumada si ayudas a cometer el asesinato de su hermana?

Chris alzo la espada y le dio un vuelco a la vida, con el objetivo en el corazón. Pero Robert había plantado la lengüeta, y estaba preparado. Se volvió bruscamente para evitar el contacto de la hoja. Su espada lanzó la otra distancia.

Con el cambio de posición, él alcanzó a ver al rey. El hombre mayor estaba de pie, con la mirada en blanco y temblando. Este era un hombre capaz de razonar y entender lo que oía.

Chris se mudó a una posición neutra, a continuación, brilló en una finita hacia la derecha.

Robert lanzo agujas de información. - La noche de Carnaval, ¿fuiste tú quien le dijo a Gregory cómo encontrar Aurelia?

- Por supuesto, pero fuiste tú quien obtuvo la invitación -. Una sonrisa maliciosa cruzó el rostro de Chris. - Ella nunca me hubiera invitado sin ti.

- ¿Y la chica del traje de estrella brillante? - Tedasa, una amiga de

Melony.

- Ella era mi boleto de salida de un desafortunado accidente de coche.

De nuevo las espadas se adelantaron y se enfrentaron, y luego se deslizó además, raspando el acero contra el acero. El sonido resonó en el cráneo de Robert.

¿Cuántas veces había oído el sonido al cruzar las espadas practicando con Chris? ¿Y cuántas veces habían practicado juntos incluso antes de que en la práctica hubiera espadas de acero? Chris siempre había sido el mejor espadachín, siempre más rápido, siempre más fuerte.

Los dos se separaron, girando a la derecha. A medida que giraban, Robert vio a un movimiento por encima del hombro derecho de Chris. Aurelia. Robert se preguntó si había entendido sus instrucciones a través de su impacto y si iba a cumplirlas, si lo había hecho.

Pero no tuvo tiempo de ver nada porque Chris se lanzó hacia adelante de nuevo. Desviando. Haciendo una réplica. Desviando de nuevo. Rebanando. Chris se mudó rápidamente, azotando su espada en un arco, después presionando contra la hoja de acero de Robert. Estaban de pie, en posición de bloqueo durante casi diez segundos, con los músculos tensos. Robert cambió su posición y la orientación de su primo en la distancia.

Chris retrocedió. - No era mi idea enviar por ti o por el tío Brian. Fue de mi padre, y yo no tenía manera de saber que vendrías en su lugar. Pero en el momento en que llegué, ya había prometido a Melony mi ayuda.

Cometer un asesinato. - Espero que valore esa promesa.- Robert trataba de ganar tiempo, buscando los antecedentes y respirando un poco más fácil de ver que Aurelia se dirigía a la puerta.

- Nunca pensé que encontrarías gran parte de nada.

- No con tu ayuda, quieres decir.

Chris barrió en una serie de golpes rápidos, los cuales Robert evito. Era una pérdida de esfuerzo.

Ni él ni su primo, habían atacado en serio aún. Estancamiento, estancamiento, estancamiento. En algún lugar fuera de la arena estaban los soldados, soldados entrenados para obedecer a la princesa si pudiera salir. Una vez más Robert buscó con la mirada, y, por supuesto, ella se acercaba a la puerta.

Ahora, las espadas se enfrentaron de nuevo. Chris se acercó a la izquierda, a la derecha, lento al principio, a continuación, rápidamente. Estaba poniéndolo a prueba. Él sabía que sólo había estado defendiendo a sí mismo, y quería asegurarse de que no

tuviera ninguna sorpresa en la tienda antes de que empiece su ofensiva real. No habían practicado juntos desde el día después del regreso de Robert al palacio. Chris nunca había despertado a tiempo hasta esta mañana.

No se había preparado para que la práctica de esta mañana fuera la realización de éxito. - Estabas dispuestos a luchar hoy conmigo, - exclamó Robert.

- Yo no tenía intención de luchar. Tenía la esperanza de que no trajeras tu espada a una carrera de caballos. Mi forma habría sido mucho más rápida.

Robert se tambaleó por el golpe verbal, y el traidor eligió ese momento para iniciar un ataque real. La espada voló hacia adelante en barras afiladas. El estilo de Chris: barra rápida seguida de un golpe poderoso y repetido sin reducción hasta que el oponente se desmoronaba bajo la embestida. Robert dejó caer su actitud defensiva. Él no quería morir este día, incluso si ello significaba atacar a su primo. Cuando un duro golpe aterrizó, Robert se torció hacia la derecha y dio con su propia arma bajo su el brazo del oponente. La espada cayó al lado de Chris, pero también logró escurrirse ileso. Un resplandor vino sobre Robert, caliente con la ira.

Ahora, las espadas volaron en arcos, bajo y cortando arriba a través y hacia abajo y siempre unidas por el ágil movimiento del cuerpo.

Chris conecto en primer lugar, por debajo de la clavícula de Robert para salir en el hombro derecho. Un poco más profundo y el brazo de la espada de Robert podría haber caído inútil. Así estaban las cosas, Robert hizo caso omiso de la sangre y se vengó con una rodaja afilada, y envió lejos a Chris retrocediendo rápidamente. Robert siguió adelante, negándose a permitirle a su primo el lujo del espacio.

Ambos boxeadores estaban respirando con dificultad y sudando. ¡Date prisa, Aurelia! Robert gritó en su mente. Envía a alguien. Por favor, ¡apúrate!

Pero aun cuando él gritó, la espada de Chris pinchó a la baja, esta vez en un ángulo. Agarro la espada con ambas manos, Chris trajo toda la fuerza que pudo reunir en un solo golpe, directo para el pecho de Robert.

Robert termino, lanzándose al suelo por primera vez en el conflicto. Él trajo su propia espada hasta debajo de la otra y hundió su espada profundamente en la carne suave y sin protección justo por debajo de las costillas de su primo. La espada se deslizó hacia arriba en un ángulo agudo, a través del hígado. . .

Y el corazón.

Capítulo 14

Confrontación.

Entrando al cuarto de espera del rey nuevamente, el hombro bien envuelto de Robert palpitaba y sus manos se sentían entumecidas. Él flexionó los dedos, mirando las uñas opacas y rosas, aparecer y desaparecer de vitas bajo el limpio lino de color beige de las mangas de su camisa. El agua caliente y jabón no podían lavar la sangre en sus manos.

Asesino. Él no lo había previsto; no lo había planeado; él no había soñado con matar a nadie, pero había eso había hecho.

Las imágenes de esa mañana escaldaban su visión: debajo de él en el suelo, el amigo con quien había irritado a otros y bromeado, entrenado y luchado, llorado y celebrado; el pecho de Chris luchaba por subir y bajar por encima del eje de metal; líquido rojo esparciéndose sobre la tierra; la imagen borrosa de guardias corriendo en la distancia; las manos de los guardias levantando el cuerpo del hombre que Robert había asesinado, su primo.

-Adelante,- una voz profunda hizo eco desde dentro de la cámara oficial del rey.

Robert entró en la habitación cuadrada. Cualquier otro día pudo quedar impresionado por las antiguas banderas que cuelgan del techo, la lanza medieval bajo la caja de cristal, el escudo real de las armas mostradas con prominencia. Por el contrario, sólo sentía la tensión de las paredes sin ventanas alrededor de él, la dura mirada del rey detrás de la mesa de roble, y shock al ver a Aurelia.

Ella estaba sentada en una silla entre él y el Rey, de espaldas frente a Robert. Un elegante vestido color caoba la cubría desde el cuello hasta los tobillos, con plumas blancas rodeando el dobladillo. Una imagen exterior, inconciliable con la que grabada en su cerebro: sus ojos castaños, acusándolo de haber llegado tarde

Evitó esos ojos mientras ella se giraba. ¿Por qué estaba ella aquí? Él había pensado que su padre la protegería de revivir el trauma de la mañana. Por otra parte, lo último que Robert quería en este momento era estar solo—solo en donde el manto de la ira, la culpa y la impotencia lo dejaría inmóvil. Tal vez el mismo miedo la había perseguido hasta allí.

- Su Majestad, ¿quería verme? - Robert se inclinó, cayendo de nuevo en su entrenamiento de la infancia para poder pasar el momento.

- Así es.- La voz del rey golpeó como un martillo. - Me encuentro pasmado. El hombre que contraté descubre un complot dentro de mi familia y, sin embargo no considera decirme la naturaleza de sus descubrimientos. - Aurelia cambio de posición, como para discutir, pero su padre levantó una mano. - Espero escuchar todo antes de que alguno de los dos deje esta sala. Joven, puedes comenzar. Asegúrese de incluir cómo mi hija, a quien le pedí no ser informada de esta investigación, llegó a saber más sobre esto que yo.

Robert sentía que la habitación se cerraba en torno a él. Había sido convocado para dar cuenta de acciones que él ya no podía justificar.

- Francamente, Padre,- Aurelia interrumpió.- Creo que tú deberías empezar. Después de todo, fuiste el primero en darse cuenta del complot.

El rey juntó la punta de los dedos, formando una flecha. Por un momento Robert sintió perdido, inseguro de si hablar o esperar a que el hombre lo hiciera. Entonces el rey puso fin al suspenso, dejando caer las manos al filo de la mesa. - El primer intento en tu vida llegó hace más de dos meses, - le dijo a su hija, comenzando a recitar los dos primeros intentos de asesinato.

Robert escuchaba con atención, preguntándose qué detalles había dejado de lado su primo. Cuando el rey llegó a la parte en que lesionaban al cuidador de caballos, Robert se atrevió a interrumpir. - ¿Quién tiene acceso a la silla de montar? - preguntó.

- Los cuidadores de caballos, los mozos de cuadra,- dijo el rey.

- Es una hermosa silla de montar. Melony me la dio como regalo,- agregó Aurelia, diciendo que esto último como si fuera un detalle apreciado.

Ella no lo sabe. ¿Por qué el rey no le dijo a ella? ¿De qué servirían los secretos ahora?

Robert luchó con sus pensamientos, inseguro de cómo darle la noticia, en cuanto tomó las riendas de la recitación. Compartió la información sobre el papel de Chris en el Carnaval en la noche del accidente, pero dejó fuera la participación de Melony. - El día de la Feria del Caballo, - dijo a Aurelia. - Me dijiste que viste a Chris en tu salón. ¿Quién estaba con él?

- Tedasa,- respondió ella.

- ¿Y Melony?

- Por supuesto. ¿Por qué otra motivo estarían en nuestro salón?

Piezas, piezas, todas encajando en su lugar, antes las había pasado por alto. El rey permaneció inexpresivo, su cara una estatua esculpida, el pulgar girando una anillo de oro en el dedo anular

izquierdo.

Robert continuó con su historia. Cuando llegó a la parte de su viaje a Midbury, Aurelia se volvió a su padre. - ¿Por qué Edward de Anthone trajo un caballo ilegal a Tyralt? - preguntó ella.

¿Y qué es lo que él quería de su majestad? - añadió Robert, con la esperanza de recibir una respuesta a esa pregunta molesta.

El rey dio a su hija una mirada severa. - Discutiremos lo del Rey Edward en privado.

Frustrado, Robert continuó. - Después de mi viaje a Midbury, intenté ponerme en contacto con Aurelia. Debí haber dejado cinco mensajes con su doncella.

- ¿Minuet, mi nueva doncella? - preguntó Aurelia. - ¿La que solía trabajar para Melony?

No hay duda de que todavía lo hace. - Sí.- Robert se dio cuenta de que los mensajes no habían sido enviados a la reina, pero habían sido transmitidos de una servidora leal a su dueña anterior.

Repasó los eventos del día del picnic, lo que le llevó a la mañana de hoy y la carta de su padre. - Fue entonces cuando descubrí el motivo,- dijo,- una razón lo suficientemente fuerte como para que alguien intentara matar a la princesa coronada.- Odiaba lastimarla con la verdad, pero ella ya había sufrido bastante por este secreto. - En ese momento, pensé que el culpable detrás de la trama podría ser la reina.- Él se enfrentó al rey. -Su Majestad, Aurelia debe saberlo. El secreto casi le costó la vida.

El silencio inundó la habitación. El rey miró a su hija, su rostro rígido. Ella esperó, viendo a su padre con expectación. Robert podía oír sus respiraciones.

Finalmente, el rey habló. - Melony es tu hermana, Aurelia. Ella ocupa el segundo lugar como heredera del trono.

- Pero... no puede ser.- Aurelia sacudió la cabeza. - Ella no es...

- Ella es tu hermana de sangre, media hermana. - Las palabras del rey, cayeron como balas. - Ella es mi hija por nacimiento.

La mandíbula de Aurelia se tensó. Robert deseaba poder consolarla, pero no había lugar para él en esta discusión. Esto era entre su padre y ella. La dura verdad salió de sus labios. - Melony es sólo dos años más joven que yo. Cuando ella nació, Elise tenía un marido, y mi madre...

- Tu madre seguía viviendo aquí,- dijo el rey, poniendo la palma de su mano en la parte superior de su escritorio.- Después de mi segundo matrimonio, Elise y yo acordamos mantener el verdadero parentesco de Melony en secreto en lugar de seguir empañando la

reputación de tu madre

Su propia reputación, quiere decir, pensó Robert.

- ¿Pero Melony sabía que eras su verdadero padre? - preguntó Aurelia.

El rey levantó el mentón. - Elaboré un documento oficial, en caso de que tú no te casaras. Melony tuvo que firmarlo cuando obtuvo la mayoría de edad. Elise y yo le dijimos unos meses antes de su cumpleaños.

- ¿Antes del primer intento de asesinato?

- Sí.

Las emociones se arremolinaron en los ojos oscuros de Aurelia. - ¿Melony quería matarme para llegar a ser reina? ¿Pero, cómo pudo haberme envenenado?

Sólo en ese momento Robert se dio cuenta de la respuesta. - La nueva doncella, - dijo él. - Ella se mueve sin hacer ruido. Ella nos sorprendió en el balcón, ¿recuerdas? En su carta, el tío Henry dice que la persona que dejó la copa envenenada tuvo acceso a tus habitaciones por la noche. Melony debe haber ordenado que te dejara la copa allí.

- Melony envía a sus chicas a hacer recados. - Aurelia habla en forma absorta, como si estuviera repitiendo las palabras de alguien más. - Ella las envía a la cocina a comunicar sus preferencias de cada día.

- Entonces Minuet también pudo haber envenenado la torta, - dijo Robert.

El horror se dibujó en la cara de Aurelia. - Ella sabía de la carrera. Me acompañó cuando deje el cebo con Edward. Necesitaba un acompañante.

- Y ella te trajo el mensaje con la hora de la carrera. No podía responder a mis preguntas, porque ella era el mensajero. - Robert metió la mano en su bolsillo y sacó la nota del día anterior. Él se acercó, se inclinó para colocar el documento abierto frente Aurelia en el escritorio. - ¿Reconoce la letra?

Su pulgar se deslizó por la pulcra y clara letra, la uña del pulgar se volviéndose blanca por la presión. - Es de Melony,- susurró. - No la reconocí antes porque esperaba ver la de Elise.

- Ambos permitimos que nuestras expectativas perjudicaran nuestro juicio, - dijo Robert, deslizando el papel hacia su padre. El rey no lo tocó. Su rostro tenía una expresión severa.

Robert se percató que seguía inclinado sobre la princesa y se alejó rápidamente.

- Pero, ¿cómo Gregory se involucró en el complot? - Aurelia preguntó.
- Él trabajaba para Elise.

- Ya no más, - el rey intervino. - Cuando Melody cumplió los quince años, heredó Midbury: el estado, los caballos, y los contratos de servicio. Yo le pregunté si alguien de los establos podría recibir a Edward en la noche de Carnaval a fin de poder hacer los arreglos necesarios para la entrega de su potro. Yo no especifique un jinete.

Entonces Melony eligió a Gregory. Él debió de haber transportado a Edward, y luego se reunió con ella y Chris antes de orquestar el accidente de carruaje. A Robert le dolía la cabeza.

El dolor aumentó cuando Aurelia compartió su propia versión de los acontecimientos de la mañana, cada palabra dicha con un tono hueco. Robert hizo una mueca mientras ella explicó por qué había cerrado la puerta de la celda.

Si tan sólo él no hubiera destacado la importancia de la sensación segura del asesino.

Si ella hubiera notado la presencia de Robert antes de cerrar esa puerta.

Si tan sólo...

Ahora es demasiado tarde. Ambos tenían una muerte en su conciencia. Ambos enfrentarían la misma culpa al ir a dormir esa noche y las noches por venir.

Pero al menos ellos despertarían. Robert reunió sus fuerzas, entonces contó la participación de su primo en el complot, también la relación de Chris con Melony. - Chris suponía que nunca me iba a enterar de que Aurelia no había enviado el mensaje sobre el cambio de hora. Pensó que estaría muerta antes de que yo llegara al hipódromo

- Y si no lo estaba, - susurró ella,- él planeaba matarte.

- Y a mí.- El rey se puso de pie. - Por eso estoy dispuesto a permitirte que te vayas, Robert Vantage, sin que seas arrestado por poner a mi hija en peligro. Me salvaste la vida hoy, pero tu tarea está completa. Regresarás a tu hogar. No quiero verte en los terrenos del palacio de nuevo. Las últimas palabras flotaban en el aire, una sentencia dictada por el líder del Tyralt.

Aurelia oyó cerrar la puerta tras la salida de Robert. Debí detenerlo, pensó ella. Debí decir algo, pero su mente estaba fuera de sí, confundida, abatida, y al borde de la locura.

Su padre se sentó en su escritorio, sus ojos claros mirando su frente. Ojos verdes. Verdes como los de Melony. El estómago de Aurelia dio un vuelco. Durante años, ella había creído que la supuesta falta de vínculos de sangre entre ella y Melony era irrelevante. Pero la sangre

había hecho toda la diferencia, para su hermana.

¿A quién más había incomprendido Aurelia? - Mi madre, - dijo ella, la extraña calma en su voz desmintiendo la agitación en su pecho. - ¿Por qué se fue? ¿Fue a causa de tu relación con Elise?

- Esa fue su excusa, sí.

- Me dijiste que nos abandonó. - Eso fue todo lo que él había dicho, y ella odiaba a su madre por eso. Había culpado a su madre por el dolor de su padre, por su necesidad de volver a casarse, por su elección de Elise como esposa. Porque su madre era la que los había abandonado.

Pero su padre se había ido primero. - Ella nos ha abandonado, - dijo el rey. - Ella se enteró de Elise y Melony poco después del funeral de tu hermano. Tu madre ya estaba loca de dolor. Ella me echó la culpa por la muerte de James, y amenazó con decirle a la población la verdad sobre el accidente si no la dejaba marcharse. Ella quería llevarte a ti también, pero volvió en sí a tiempo, se dio cuenta que no podías dejar tus responsabilidades tan fácilmente como ella abandonó las suyas. Tu madre nunca comprendió la política, - prosiguió su padre con el seño fruncido, me temo que heredaste eso de ella. Quizá sea culpa mía. Te permití demasiada libertad.

Aurelia abrió la boca para protestar, pero él la ignoró. - Eso va a cambiar.- Él se enderezó. - Te casarás con Edward de Anthone. Hablé con él esta mañana, y está dispuesto a perdonar a tu escapada de picnic. El potro dorado es tuyo. Las tribus se lo dieron a Edward como un regalo para la futura reina de Anthone.

Reina de Anthone. La bilis rozaba la garganta de Aurelia. - ¿Yo soy lo que él quería de ti? - preguntó ella.

Él asintió con la cabeza. - El reino de Anthone se encuentra entre Tyralt y el reino de tu primo segundo de Montaine. Contigo como reina, nuestra familia tendrá el control de todo el borde sur de la costa. Si tienes un hijo o hija, un día, tanto Anthone como Tyralt estará en sus manos. Tenía la esperanza de hacer un trueque por la sucesión del trono Anthoniano, incluso si no logras tener un heredero. Pero el altercado con tu hermana me ata de manos. Ya no estás segura en el palacio. No tengo más remedio que dejarte ir ahora.

Elección. Se atreve a hablar de ella acerca de elección.

- Podrías desheredar a Melony,- dijo ella.

El rey sacudió la cabeza, y Aurelia pensó ver que la tristeza oscurecía su rostro. - Melony se equivocó, pero sigue siendo mi hija, Aurelia.

- Ella debe ser arrestada.

Su expresión se endureció. - No seas ingenua. Esta familia no puede

permitirse otro escándalo.

No, tú no puedes permitirte otro escándalo. Ella comprendía ahora que no había sido dolor lo que le había mantenido encerrado un año después del funeral de su hermano y la partida de su madre. Había sido el miedo. Miedo al escándalo. Miedo del qué dirán.

Por primera vez, vio a su padre como lo realmente era, un hombre débil. Su apoyo en la investigación había sido una farsa. Él había ocultado a posta los hechos que le hubieran permitido a Robert resolver el caso, y ahora ni siquiera consideraría arrestar al instigador.

En su lugar, él casaría su hija mayor con un hombre tres veces su edad. La memoria del dedo índice de Edward deslizamiento a lo largo de su barbilla la hizo estremecerse.

Quería golpear la mesa y discutir. Ella quería razonar con su padre. Quería dismantelar su versión inclinada, manchada, centrada en sí mismo de la realidad. Pero nada podría ser más persuasivo que los acontecimientos en el hipódromo esa mañana ante sus propios ojos

Ella se puso de pie.

- Aurelia.

Ella salió del salón.

- No has sido excusada.

El clic de la puerta dio fin a su infancia.

Aurelia subió las escaleras a la habitación de Henry, sus pensamientos corrían salvajemente. Traición, la sensación irrumpió en sus defensas. Su padre la había traicionado al negarse a castigar a su hermana. Su hermana había tratado de matarla. ¿Y la reina? ¿Elise estaba al tanto del plan de Melony? ¿Qué importaba cuando el rey tampoco haría nada para castigar a Elise? Aurelia consideraba que la reina no toleraría tres intentos fallidos, y mucho menos cuatro. No, Elise nunca acepta el fracaso.

Y Melony había fracasado.

Como lo había hecho Aurelia. Falló al no complacer a su padre. Falló en complacer a la población, porque ¿cómo podría ella convertirse en reina si se negaba a casarse con el hombre que eligió su padre? Toda la instrucción, todo el entrenamiento, todo el tiempo que invirtió en demostrar su valía fue en balde.

Sin embargo, no importaba ya.

Coraje. Aurelia llamó a la puerta.

Nada

Por favor, por favor, que este aquí. Llamó de nuevo, se detuvo,

escuchó.

Una vez más nada.

Quizá no quería contestar. Después de todo, la habitación no era suya. Él podría asumir que toda persona que entrara a la puerta debe estar allí para ver a su tío.

- ¿Robert? - Exclamó ella, llamando de nuevo. Algo crujió, y ella contuvo la respiración.

Luego, nada.

Tal vez él no quería hablar con nadie. Tal vez él se negaba a abrir la puerta porque estaba enojado. Él merecía estar enojado.

- ¡Robert, soy yo! Abre la puerta.- Ella golpeó con la palma de la mano Absolutamente nada.

Se había ido. Sin poder aceptar el silencio, sujetó el picaporte con frustración y presionó la manilla, con fuerza. Esta se deslizó hacia abajo. Ella lo soltó y la puerta se abrió.

Vacía. Avanzó, escudriñando el salón del tío Henry. No hay bolsas, ni desorden, nada que indicara que alguien podría estar empacando para un viaje.

O que alguien en la familia había muerto.

Ella siguió adelante, dirigiéndose al cuarto de Chris. Robert había estado durmiendo allí. Si él ya se hubiera ido, sus cosas habrían desaparecido. Ella abrió la puerta, y se apartó en estado de shock.

Un cuerpo tendido en la cama. Mechones de pelo rubio sobre la almohada. Arrugadas faldas y enaguas subidas alrededor de las medias rotas. Codos pálidos extendidos sobre el edredón. Melony.

Aurelia se quedó mirando sin habla. Incluso cuando era niña, su hermana siempre se vestía apropiadamente: la cara limpia, el cabello peinado, la vestimenta impecable. Aurelia nunca había visto a Melony quitarse sus zapatos a los pies de la cama como estaban ahora, nunca la vio fuera de control, sin modales, siempre lucía perfecta.

¿Qué estaba haciendo Melony aquí? ¿En la sala en la que Robert había estado viviendo?

- ¿En dónde está? - Aurelia preguntó, preguntándose en el fondo de su mente cómo podía permanecer calmada ante la traición de su hermana. Pero esta no era la hermana que Aurelia creía conocer, no era la persona la que había confortado, confiado y amado. Melony había incinerado esos lasos y ahora era una extraña.

La figura arrugada se movió, clavando las palmas en las sábanas, haciendo subir los codos y hombros. Un par de ojos con mirada salvaje se asomaron detrás de la red amarilla de hilos sueltos. - ¿En

dónde está? - Las palabras retumbaron en la sala. - Está muerto.

Chris, Aurelia se dio cuenta. Su hermana había venido aquí a causa de Chris, no Robert. A pesar de lo que Robert había dicho acerca de los sentimientos de Chris por su hermana, Aurelia nunca había imaginado que Melony correspondiera. No su hermana. No la que manejaba a los jóvenes como marionetas y los hacía enfrentarse en un juego interminable.

- No hablo de Chris, sino de Robert. ¿Dónde está Robert?

- ¿Robert?, - la voz de Melony temblaba, - nuestro padre le dejó ir. Se ha ido.

Aurelia quería poner en duda las palabras finales, pero una mirada alrededor de la sala confirma su veracidad. No quedaba nada ahí dentro que indicara que la habitación había sido habitada. Las paredes, el suelo, el armario—todos estaban vacíos. No había espadas, ni ropa, ni las alforjas. Ella se trasladó a la puerta y se dirigió hacia adelante. Tampoco estaba la chaqueta de piel.

- ¡Se ha ido! - La voz de Melony se elevó a causa de la histeria. - Él debería estar encadenado a una pared del calabozo y quedarse ahí hasta morir de hambre, como Chris. ¡Debería estar muerto!

Aurelia retrocedió. - ¿Dónde están las cosas de Chris?

- Padre ordenó quemarlas.

¿Por qué? Aurelia quería preguntar. ¿Por qué su padre le haría eso a Henry? pero la respuesta llegó a antes de que ella formulara la pregunta. El rey le diría al público que Chris tenía la culpa del plan de asesinato, de los hechos inexplicables en el palacio durante los últimos cuatro meses, del jinete muerto en el hipódromo esta mañana. Chris pagaría los errores de mi padre.

- Es tu culpa, tú y tu actitud de justicia, - Melony silbó. Ella se apartó el pelo de la cara y se sentó sobre sus rodillas. - De verdad crees que te convertirás en reina de Tyralt, ¿verdad? Padre nunca pondrá el trono en tus manos. Madre dice que Edward no puede tener hijos. Si él pudiera tener herederos, ya tendría uno, y no eres lo suficientemente lista como para tener un hijo sin él. Aún no eres lo suficientemente brillante para mantener tus sentimientos fuera de esto.

La conversación de Melony fuera del vestidor de Elise cobraba sentido. - Estabas hablando de tu relación con Chris, - le acusó Aurelia, - cuando dijiste que padre nunca aceptaría a un pretendiente sin título.

Melony arrojó la almohada arrugada a su hermana. - Ahora no importa, ¿verdad? - Ella gritó. - Tú has destruido todo. Espero que

Aurelia

Anne Osterlund

Edward te estrangule en tu cama matrimonial.

- No me voy a casar con el rey Edward.

Una risa amarga atravesó la habitación. - Sí, lo harás. ¿Padre no ha dicho aún?

- Sí, ya me lo dijo, - una extraña calma se instaló en el pecho de Aurelia. Ahora sabía que la única manera de escapar de esta locura era renunciando a su poder político. Dejar que su padre y su hermana sufran sus premios dudosos. - Pero yo no voy a Anthone. Tampoco me quedo aquí. Me marchó.

*Capítulo 15**En el jardín.*

La brida se resbaló por la mano izquierda de Robert. Reaccionó instintivamente agarrándola con la derecha para impedir que la cuerda de cuero se deslizara, pero el dolor en su hombro lo sorprendió. Y la brida cayó al suelo del establo.

Escondió su cabeza en la melena de Horizon. Debía irse ya. Sin cuestionar los motivos. El rey le había dado una orden, y era el deber de Robert obedecerla.

¿Obediencia, así es como lo llamas? El constante sube y baja del estomago del semental, no ayudó a tranquilizar la conciencia perturbada de Robert. No debería marcharse sin hablar con su tío.

Quizá su tío Henry había sabido todo este tiempo. Tal vez, también había estado involucrado en la maquinación del asesinato. Robert había pasado por alto muchas pistas, ¿por qué habría de ver esta? pero Chris había dicho que fue idea de su padre mandar a Brian Vantage. El tío Henry escribió la carta. Decidió pedir ayuda.

¿Cómo podía Robert explicar que había pasado? ¿Como podía pedir perdón por haber matado al hijo de un hombre al que amó y respetó? Robert sabía que era demasiado débil para hacerlo.

Se inclinó, y levanto la brida del piso.

—Te digo, muchacho, inunca dejas de sorprenderme! - Una gigantesca mano negra palmeó el hombro bueno de Robert. La brida fue rodando hasta parar en una paca de heno cuando la cara familia de Drew se colocó a su lado. - Hablo en serio, muchacho.- Dijo Drew.- Me considero un juez de carácter. Es un regalo, por así decirlo. La habilidad de ver a través de la superficie de la mayoría de la gente, pero tú, apareces en una feria de caballos, me cuentas una historia, y me preguntaste algo simple. Cuando su alteza arribó, supe que no estaba lidiando con un muchacho interesado en caballos; pero no importa cuántas veces analice tu carácter, sigues sorprendiéndome.

Robert agarró la brida otra vez, quitándole sobras de paja. - ¿Qué quieres decir?, - dijo, esforzándose en adaptar sus sentidos a los de la energía jovial del viejo.

- Me refiero a que te subestimo constantemente. Te veía como un amigo de Aurelia, algo encaprichado con ella, tal vez, pero nada serio. Lo próximo que escuche fue que solicitaste permiso para escoltarla, en presencia de toda la corte. Muchacho, - dijo él, agitando su cabeza con incredulidad, -hubiera pagado varias

monedas de oro para ver tal coraje.

Robert dejó caer su cabeza. El episodio parecía haber ocurrido hace mucho tiempo.

- No era lo que parecía.

- Ese es mi punto. - Drew señaló su espalda.- Y ahora, en las calles se escuchan rumores: la princesa fue encontrada casi muerta en el hipódromo y tú mataste a uno de los mejores esgrimistas del palacio.

Robert se estremeció y volvió a su caballo. No podía soportar la idea de divulgaran sus acciones.

Su compañero ignoró la indirecta; - Vine para oír la verdad por mi mismo; y no sólo para confirmar los rumores, porque también escuche que la propia princesa está embarcada en una expedición fuera del reino. La fecha de salida para este gran viaje no es en un año, ni en un mes, o incluso en una semana, sino mañana a primera hora. Explícame, muchacho, ¿Cómo puede Aurelia tener permiso para ese viaje?

Una vez más, la brida cayó al suelo. - No es posible.- Dijo Robert, mas para sí mismo que para el hombre a lado de él. A menos que ella no tuviera otra opción. A menos que, como Robert, le exijan marcharse. Palmeó el brazo de Drew como disculpa y caminó hacia el palacio.

El fracaso cayó sobre Robert. Había fallado. En todo. Desde la primera noche en el palacio. Aurelia casi había sido envenenada en la fiesta de su hermana, y él no había intentado relacionar los dos eventos. Sin su presencia, ella no hubiese estado en peligro en el Carnaval porque Chris no hubiera visto su disfraz. Y no hubiera estado sola en la arena esa mañana si él no se lo hubiera pedido.

Tenía que haberlo sabido. Debió darse cuenta de que sus sentimientos cuando ella le había sorprendido en la tienda de Drew, cuando ella descubrió que le estaba ocultando algo, cuando huyó de él en la ciudad. Su padre había tenido razón. Robert no servía como espía real. Había permitido a su corazón tomar las decisiones y dejó que lo que sentía por Aurelia afectara su juicio. Necesitaba disculparse.

Como si respondiera a sus pensamientos, el tío Henry lo interceptó. Los dedos del viejo se cerraron al rededor del brazo izquierdo de Robert con una fuerza sorprendente y lo llevo por el patio, después al rededor del exterior del ala oeste, donde el césped cubría toda la tierra. Los estanques grises corrían por el centro, y los arbustos con figuras estaban en una línea. Incluso las plantas eran manipuladas por otros en este lugar.

El tío Henry lo condujo por los jardines principales hacia una alcoba

escondida entre la parte trasera del ala oeste, la sección mas antigua del palacio. Una pequeña fuente se filtraba en la esquina, y los árboles y arbustos cubrían lo alrededores, sus tonos verdes teñidos de amarillos por los capullos de las flores. Robert se sentó en una piedra que rodeaba la fuente y esperó la furia de su tío. Pero el hombre cuyo hijo había muerto solo miraba el pasto mientras la brisa movía hierbas y hojas. Los recuerdos rompían la calma; recuerdos de Chris: construyendo dos torres de madera en la carpintería, moldeando palacios en la arena a la orilla del río, haciendo cosas divertidas, imitando al instructor de esgrima en el patio de práctica.

El tío Henry habló por fin, la resignación ensombreciendo su cara. - Tu padre es un hombre valiente.- Robert empezó a levantarse, pero el hombre lo hizo sentarse. - Me pidió que me fuera con él. Debí haber dicho que sí, pero estaba demasiado a gusto con mi posición y estabilidad. Es irónico, supongo, que su hijo regresara para mostrarme lo frágil que es esa estabilidad.

Robert encontró su voz. - Lo siento tanto, tío Henry. Sé que nada puede borrar lo que he hecho.

- Permití que entraras en el caso. Soy tan culpable como tú. - Henry bajó la mirada para verlo a la cara. - No puedo permitirte estar en el funeral, muchacho. Como he dicho ya, no te culpo. - Una mano temblorosa se apoyó en el hombro de Robert. Por un momento los ojos del hombre brillaron. - Cuida de tu padre.

Las palabras fluyeron como agua en la mente de Robert, limpiando la sangre y la oscuridad. Pero el dolor no desaparecería nunca. Ni la pérdida.

El tío Henry le dio la espalda, sus hombros estaban curvados y sus hombros más doblados de lo que estaban esa mañana. Pero había fuerza en ese cuerpo. En esa mente. Fuerza más allá de lo físico.

- Puedes venir conmigo, - dijo con rapidez Robert. - Estoy seguro de que mi padre te dará la bienvenida.

El canoso sacudió la cabeza. - He servido a este gobernante la mayor parte de mi vida, - hizo una pausa, - tengo intención de seguir vivo para servir a alguien mejor.

¿Henry? Aurelia detuvo su búsqueda alocada por el terreno del palacio. El tío de Robert estaba sentado un una piedra baja, con el sol brillando sobre su cabeza mientras observaba sin parpadear la arena de prácticas. Su primera reacción fue cambiar de dirección, darle espacio. Intentar consolarlo con su presencia no haría más que recordarle la razón por la cual su hijo estaba muerto. Se dio la vuelta...

Después se detuvo, recordando el cuarto vacío de Chris ¿Cuánto sabía Henry sobre lo que había pasado hoy? A lo mejor su padre le

había dicho la verdad a su consejero. Henry debía saber del intento de asesinato. Sabía que Edward deseaba casarse con ella. Ella sospechaba que sabía la verdad del parentesco de Melony. Pero debía hablar con él, asegurarse de que supiera que su hijo no era el único culpable.

Lentamente, se acercó hasta llegar a los hombros del hombre, haciendo que sus pies hicieran ruido sobre el camino de mármol, para no asombrarlo. - Chris hizo esto por Melony, - dijo, un agudo dolor se disparó por su pecho, cuando pronunció los nombres. - Él no lideraba el complot. Era ella.

El hombre agitó una mano para silenciarla. - Lo sé.- Dijo, entonces volvió a quedarse cayado.

Se quedó ahí por un minuto, no sabía que más decir para ayudarlo, pero mientras los segundos pasaban, sus pensamientos regresaron a la búsqueda de Robert. Había encontrado a Horizon en los establos y las alforjas estaban puestas en la esquina de sustentos, pero no tuvo éxito buscando a su dueño. Debía encontrarlo, no podía permitirle que la dejara a la deriva.- ¿Ha...ha visto a su sobrino? Pregunto suavemente, no quería herir a Henry pero estaba lo suficientemente desesperada para arriesgarse.

Frunció el ceño mientras la miraba fijamente. Por un momento pensó que podía empezar a gritar como había hecho su hermana. Pero sus palabras sonaban resignadas, no estaban llenas de ira. - Robert estaba en el jardín amurallado detrás del ala este la última vez que lo vi.

Su pulso se intensificó. No había esperado una respuesta. - Gracias.- Susurró y giró para seguir sus instrucciones.

Una palma le tomó la mano, manteniéndola en donde estaba. - No se lo dije para que tuviera esperanza, su alteza. Dijo él. -Vi a mi sobrino allí a primeras horas del día. Han pasado ya varias horas.

Sus labios murmuraron que comprendía, pero sus pies se movieron rápidamente, aumentando de velocidad en cuanto llegó a la parte posterior del palacio. Los jardines; había buscado allí, pero sólo en el principal, no en el amurallado. Se dijo a si misma que podría no estar allí todavía. Que no tuviera esperanza.

El sol apareció en el horizonte, la luz resplandeció en las hojas haciéndolas naranjas en cuanto entro al jardín. Sus ojos encontraron a Robert. Estaba aquí. En la piedra a lado de la fuente, un pie delante de él, sus hombros caídos, su cabeza estaba inclinada hacia el muro. No se dio cuenta de su presencia.

¿Cuánto tiempo había estado sentado así? Recordando lo que había pasado esta mañana, ahogándose en los horrores de este día

Los nervios revolviéron su estomago. ¿Podría decirle lo que había pensado, de buena manera? ¿De una forma que le facilitara lidiar con el dolor? No para borrarlo. Ni las palabras, ni los actos, podían borrar la visión de ese cuerpo en el suelo, el odio que llenaba la cara de su hermana, la máscara vacía de la debilidad de su padre. Y las palabras no traerían de vuelta a Chris.

- No fue tu culpa.- Permitted que su voz retumbara en la quietud.

Robert levantó su cabeza sin girarse a verla. - Mate a mi propio primo.

-Lo sé. - Dijo, su mirada cayó hacia su hombro herido. - Lo siento.

Aun así, él no se dio la vuelta. Tal vez estaba enojado con ella por no defenderlo de su padre. Recordaba su frustración por el despido de Robert. Pero en el momento, fue una pesadilla más en la mañana llena de revelaciones. Había quedado pasmada al descubrir la malicia de su hermana y el engaño de su padre. Y no pudo hablar en nombre de Robert

- Mi padre no fue lo suficientemente fuerte para tomar la decisión correcta,- trató de explicar. - Debí saber que no la tomaría, pero no lo hice.

- Tenía razón.- Dijo Robert.

- No, no la tenía.- No podía permitir que creyera eso.

- Tenía razón, te puse en peligro. Esta mañana, pensé que lo entendía todo: el plan, el complot, mis sentimientos por ti... - Robert dejó de hablar un momento. - Cuando te vi caer en la carrera y pensé que estabas muerta...- Hubo una larga pausa. - No quiero volver a sentirme así, Aurelia.

Su corazón se descontroló, y dio un paso más cerca.

Todavía no se daba la vuelta. - Y ahora has sido exiliada.- Robert pasó una mano por su oscuro cabello. - Puse tu vida en peligro para nada.

Se quedo mirándolo, confundida ¿Por qué se sentía culpable por su exilio? Bueno, así era Robert, tratando de asumir la responsabilidad de una tarea que ninguno de sus padres habían querido asumir. - No. - Replicó. - Decidí marcharme.- Intentó poner en palabras esa revelación. - Mi padre quería casarme con Edward de Anthone, y eso es un exilio que no puedo aceptar. Estoy cansada de vivir mi vida cumpliendo el sueño de otro, de esperar a vivir el mío. Me voy a una expedición a Tyralt. Dio un paso más cerca.

Robert dejó caer su mano sobre la roca. Su espalda se elevó y cayó.- ¿Que hay con tu padre?

- Mi padre no es lo suficientemente valiente como para detenerme. Le

tiene miedo al escándalo. - Sus palabras estaban cargadas de amargura. - Sin duda dirá que he renunciado a mi derecho al trono y nombrará a Melony sucesora, pero me proporcionará todos los suministros que necesite y una escolta armada para mi expedición porque no quiere que le diga a la población lo que pasó hoy. Viajaré por cada pulgada del reino si así lo deseo. Nadie me dirá a dónde ir o a quién ver.- La determinación recorrió el pecho de Aurelia. - Dejaré a Melony usar su poder de persuasión para evitar casarse con Edward. Conoceré a los ciudadanos del reino, mi reino, con o sin corona.

- Un líder no se elige por una corona, - dijo Robert, - sino por las personas que lo siguen y creen en él.

No tenía ninguna respuesta para eso. Su mente ya intentaba encontrar cómo decir lo que necesitaba decirle. Sus manos se cerraron por el miedo a exponer lo que deseaba su corazón.

- ¿Te irás en la mañana? Preguntó él, con voz hueca.

- Sí... pero tengo un problema.- Estaba muy cerca de Robert ahora, tan cerca que podía oír su respiración agitada. El miedo al rechazo atravesó su pecho. Quizá él preferiría una vida en la frontera, alejado de la política y de su sombra real. Pero aquella noche en el puente, le recordó su corazón, dijo que quería ver cada rincón del mundo. Dejó a un lado su temor y continuó. - Necesito un guía para la expedición.

El silencio reinó después de su declaración.

Pero ya había comenzado, debía terminar. - Un guía en el que confié. - Sus palabras salieron lenta y deliberadamente. - Alguien que conozca el territorio y que no le importe viajar y conocer gente nueva.

Él inhaló bruscamente.

- Tú, - dijo ella, - eres la única persona en la que puedo confiar.

Giró para poder verla, sus ojos azules estaban abiertos ante la posibilidad que le dio. Esa mirada. Había poder en esa mirada, algo que le señaló y celebró. Pero no era constricción. No empujo hacia arriba. Solo fue. Y le dijo que era un buen lugar para estar

- Aurelia. - Su voz vaciló

- Por favor, Robert. - Susurró. - Te necesito a mi lado. - Levantó su mano, y la movió por su rostro. Había restos de lágrimas, de dolor e ira, pero estaban en el pasado ahora, en este momento había una emoción diferente. - ¿Guiarás mi expedición?

La punta de sus dedos le acarició la mejilla con suavidad, y ella se derretió bajo su toque. - Será un honor. - Dijo él.

Epilogo

Parecía que Horizon no se daba cuenta del caos en el patio para la salida. Resopló y estampó sus pezuñas, el polvo subió como una oleada.

Aurelia sintió como se le metía el polvo en sus pulmones. Tosió y se hizo a un lado de Robert. - ¿No puedes convencerlo de que se detenga? - dijo, luchando para ver al guía de su expedición a través de la niebla marrón.

- Se relajará si los demás lo hacen,- argumentó Robert.

Media docena de guardias venían detrás de ellos, aplausos de amigos y gritos de despedida que dejaban atrás. Miembros de la familia recordando de último momento quitarse del camino. Caballos andando, sintiendo la emoción en el aire. Funcionarios públicos fuera del palacio, hombres en los vagones y carteros, y hombres gritando desde arriba pues no tenían cuartos, pero se mantuvieron allí, y el hombre los organizaba y les echaban cosas.

- Esto es ridículo, - se quejó Robert,- cada persona debería llevarse lo suficiente para sí mismo, y nada más. Nos podemos reabastecer más tarde si es necesario. El resto del reino no está incivilizado.

Drew protestó.- Chico, mejor acostúmbrate. Una expedición real es veinte por ciento de cargas y descargas.

Robert gimió.- No si tengo algo que decir sobre eso. - Le entregó a un jinete las riendas de Horizon y bajo al suelo.

- ¡Hey! - Protesto Drew.- ¿Adónde vas? No me dejarás con este camino de polvo.

- Estoy haciendo lo necesario para que Horizon se detenga con el polvo, - y fue hacia los vagones.

Drew volteó para ver a Aurelia con una ceja levantada. - ¿Crees que regresará en una sola pieza?

- No si las criadas de la cocina lo detienen,- se rió y le dio palmaditas a Bianca, después levanto la mirada para ver a Drew desaparecer en otra nube marrón.

- Deseo que vengas con nosotros en todo el viaje,- dijo Aurelia.

- ¡Ha! Empezaba a preguntarme si incluso iría al siguiente pueblo. No te sorprendas si despiertas por la mañana y ven que me he ido.

- No,- protestó ella,- prometiste quedarte con nosotros por lo menos una semana.

- No desperdiciaré una semana viendo a este caballo.

Aurelia se acercó a Drew y le arrebató las riendas del semental del jinete.- No sé por qué no. Estas viajando hasta el borde del reino con la esperanza de ver mas de él.

- ¿Y tú no?

- Voy a ver a personas como a caballos.

Él bufó. - Una pérdida de tiempo.

Ella volteó su cuello para buscar a Robert. Él estaba en la parte superior de un vagón y hacía movimientos con su mano. Lo que le hubiera dicho a esos funcionarios, había parado a los funcionarios públicos y suministros.

- Drew, - dijo ella, regresando su atención al hombre que estaba a un lado. - Tu nombre es la abreviatura de Andrew ¿no es así?

Él vaciló.- ¿Cómo lo adivinaste?

- Escuché una historia interesante el otro día que me recordó a ti.

- Sobre un gran jinete ¿No es así?

- No, el que me la contó dijo que cuando viera a una persona con una estatura impresionante, esa persona era de otro reino ¿es verdad? ¿Eres de otro reino?

Drew pestañeó. Bueno, ahora, su alteza, si quiere saber sobre los otros reinos, tal vez debería hacerlo en su próxima expedición.

- ¿Qué estás diciendo, Fielding? - Robert ascendía a los pies de Aurelia. - No has empezado este todavía, extendió una mano, - mis riendas, su alteza.

Ella lo miró fijamente.

- Aurelia, - se corrigió.

- ¿Tan pronto te das por vencido? - le dijo, dándole las riendas, - creí que tu nos ibas a poner en marcha.

- Lo hará, - replicó él, -ya nos vamos.

Su cabeza vio al rededor. Los funcionarios estaban en dos filas ordenadas al lado de la puerta. Los seis guardias habían montado sus caballos y siguieron adelante. Dos vagones de suministros estaban siendo asegurados en las riendas. Y hasta en el balcón, su padre, su madrastra, y su hermana esperaban para el momento en que se fuera. Listo.

-Otra vez infravalorado, - Drew dijo.

Aurelia volteó hacia Robert. - Entonces, ¿qué estamos esperando?

Él toco con la punta de sus dedos la frente de ella. - Para, que des las órdenes, mi señora,- ella tomó aire y dijo con voz fuerte y llena de

Aurelia

Anne Osterlund

poder, vámonos.

Se escucharon los pasos de las botas. Los llamados retumbaron. Los caballos empezaron la acción. Las ruedas del vagón se escucharon al moverse en los rieles, y las despedidas y los buenos deseos se oyeron desde las ventanas y las puertas. Las riendas y los frenos de las sillas de montar empezaron a moverse cuando Bianca estuvo al lado de Horizon.

Aurelia volteó su cabeza al rededor, para darle una ultima vista al palacio. Entonces se centro en el paisaje que se abría más allá de las puertas. Ella instó a su caballo con la cabeza y sintió la cadena al rededor de su tobillo siendo liberada.

Fin

Aurelia

Anne Osterlund



Anne Marie Osterlund

Nació en el este de Oregón, el cual tiene sol y espacios abiertos. Ella creció en un rancho donde desarrolló su gran amor por la lectura y la escritura creativa.

Anne asistió a una escuela de un pueblo pequeño, en la cual participaba en todas sus actividades: obras teatrales, en una banda (tocaba el clarinete) y practicaba tenis. Luego partió al oeste de Oregón y acudió a la Universidad de Whithworth, donde se especializó en Educación Primaria, específicamente en los campos de español e inglés. Viajó por numerosos países como España, México, Suiza, Italia, Grecia, Francia y Reino Unido en un programa de post-grado.

Después de su graduación Anne volvió al este de Oregón, donde trabajó como maestra. Más adelante retomó los estudios para conseguir un Máster de Educación en la Universidad de Oregón, a partir de entonces se dedicó a la enseñanza. Hasta que decidió tomarse un año sabático para escribir, volvió a su Oregon natal y se pasó ese año revisando el libro de Aurelia y aprendiendo todo lo que pudo sobre edición. Envío el libro a varias editoriales con el fin de que alguna se lo comprara y comenzó con la escritura del segundo libro. Tras finalizarlo y revisarlo recibió la buena noticia de que la editorial Penguin Books le compraba Aurelia. Tras esto firmó un contrato por dos novelas de jóvenes adultos.

Aurelia

Anne Osterlund

<http://purplerose1.com/>

